

REFUNDAR LA POLÍTICA

Desafíos para una nueva izquierda
indoafrolatinoamericana

Isabel Rauber

REFUNDAR LA POLÍTICA

Desafíos para una nueva izquierda
indoafrolatinoamericana

REFUNDAR LA POLÍTICA
Desafíos para una nueva izquierda
indoafrolatinoamericana

Autora: Isabel Rauber

Primera edición: Febrero 2017, Buenos Aires

Segunda edición: Septiembre 2017, Bogotá

Tercera edición: Julio 2018

ISBN:

Diagramación:

Alexandra Deschamps

Impresión:

Editora Búho S.R.L.

Tels.: 809-686-2241 / 809-686-2243

Fax: 809-687-6239

E-mail: editorabuho@yahoo.com

Reservados todos los derechos. Se prohíbe sin autorización escrita del autor, la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reproducción fototipia y tratamiento informático.

Impreso en República Dominicana

Índice

A MODO DE INTRODUCCIÓN	
Latinoamérica en tiempos de reacomodos de la búsqueda de hegemonía absoluta del capital	
PROYECTOS POPULARES: ENTRE EL REFORMISMO RESTAURADOR Y LOS AVANCES REVOLUCIONARIOS	
El agotamiento del tiempo posneoliberal.....	
Democracia, un escenario inédito de lucha de clases.....	
NUDO TEMÁTICO 1:	
MODIFICAR DE RAÍZ LA INTERRELACIÓN	
GOBIERNO-ESTADO-PUEBLO	
De la “recuperación” del Estado a las democracias populares	
De la participación en las instituciones al empoderamiento popular territorial	
Del empoderamiento popular a un nuevo tipo de Estado, comunal o comunitario	
NUDO TEMÁTICO 2:	
CREAR Y DESARROLLAR UN NUEVO MODO DE PRODUCCIÓN Y REPRODUCCIÓN.....	
Un nuevo fundamento económico para un nuevo modo de vida, una nueva civilización	

NUDO TEMÁTICO 3:

RECUPERAR LA CENTRALIDAD PROTAGÓNICA

DE LOS SUJETOS

 Construir la fuerza político-social de liberación

NUDO TEMÁTICO 4:

SALIR DEL CERCO IDEOLÓGICO, POLÍTICO, CULTURAL

Y MEDIÁTICO DEL PODER HEGEMÓNICO.....

 Articular los cambios con procesos de descolonización
 e interculturalidad.....

 Desaprender: Poner en cuestión saberes y poderes dados.....

 Aprender de las prácticas emancipatorias de los pueblos

 Por una nueva mentalidad, un cambio cultural,
 epistemológico y político.....

 Disputar la subjetividad.....

NUDO TEMÁTICO 5:

APOSTAR A LA CREACIÓN DE UNA NUEVA IZQUIERDA

POLÍTICA, SOCIAL Y CULTURAL.....

 Una nueva izquierda emerge entre los sujetos de las luchas
 sociales populares y sus modalidades de organización,
 representación y acción políticas

 Construir la ofensiva estratégica popular

REFLEXIONES A MODO DE CIERRE.....

 Repensar la transición... ..

 Crear y construir otra geometría del poder anclada
 en la participación de los pueblos

ANEXO

PROYECTO ESTRATÉGICO Y PROGRAMA POLÍTICO

 Diferenciar entre proyectos de entrada y proyectos “de salida”

BIBLIOGRAFÍA CITADA

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Latinoamérica en tiempos de reacomodos de la búsqueda de hegemonía absoluta del capital

La racionalidad construida por el capital se agota aceleradamente devorada por el crecimiento desenfrenado de su irracionalidad [Hinkelammert]. Esto caracteriza el tiempo de crisis y decadencia civilizatorias del tiempo actual. El mundo construido desde los cimientos del mercado se derrumba devorado por sus contradicciones. En un descomunal nuevo ciclo de acumulación a nivel global, el capital especulativo financiero devora su componente productivo y acelera su vertiente destructiva del trabajo y los trabajadores/as, de la naturaleza, de las relaciones sociales, del hábitat, de la vida...

La salida (relativa) del Reino Unido de la Unión Europea y el triunfo de Trump en las presidenciales de EEUU son expresiones de este fracaso. Aunque algunos simplifiquen la situación con un supuesto “fin de la globalización”, la dimensión de la crisis es rai-zalmente espeluznante: evidencia el agotamiento total de la civilización construida en torno a la ganancia, la especulación, el saqueo, la exclusión, la destrucción y las guerras. Pero esto no puede interpretarse como el fin del sistema mundo creado y construido por el capitalismo globalizado.

El fracaso de la estrategia globalizadora construida por los 3 ejes articulados del imperialismo colectivo [la *tríada*, según Samir Amin]: Japón-este asiático, Unión Europea y EEUU, para lograr en corto plazo la construcción de un mundo unipolar bajo su hegemonía global (globalización), se patentizó con el avance de la coalición ruso-china que -en alianza con Irán y otros estados de la región-, cuestiona de raíz la estrategia del poder imperial para lograr la hegemonía global. Ante esto reaccionan dos de sus cabezas más sobresalientes: El Reino Unido y EEUU. Fomentan -por derecha-, cuestionamientos de lo alcanzado hasta ahora en materia de hegemonía global, y proponen el retorno a ciertas modalidades de proteccionismo nacionalista (en sus territorios cabeceras), conjugándolo con el libremercado (para sus expansiones internacionales), según lo requiera el actual proceso de acumulación a escala global del capital y sus proyecciones estratégicas de hegemonía global.

En términos políticos, el proteccionismo nacionalista resulta una suerte de cortina de humo que le permite al sistema -proclamándose “antisistema”-, ganar tiempo y oxígeno para sus economías maltrechas, recomponer su legitimidad a lo interno y, a la vez, hacer los ajustes necesarios para una nueva escalada por el control del planeta. Un elemento clave de este tiempo de reacomodo y recomposición del poder -según el propio Trump lo anunciara-, consiste en lograr algún tipo de asociación con Rusia que la aleje de China o, al menos, frene el avance de esa coalición euroasiática verdaderamente peligrosa para las ansias de dominio unipolar del mundo por parte de los imperialismos asociados en la globalización. El triunfo del Brexit y el de Trump sintetizan este giro actual del poder global, que -con nuevos formatos, contenidos y alcances marcan un punto de inflexión para una nueva arrancada...

Es un circuito repetitivo y sin salida que afianza el agotamiento civilizatorio del capital y que nos amenaza a todos de muerte e instala la contradicción *vida-muerte* como la disyuntiva que carac-

teriza el problema fundamental de nuestra época. A través de ella se expresan hoy las contradicciones de clases y otras a ella directa o indirectamente articuladas. Todas encuentran ahora, en este ámbito, nuevas dimensiones y aristas de existencia y expresión.¹

En su locura destructiva desenfrenada el capitalismo pone a la humanidad al límite respecto de sí misma, y la desafía -como nunca antes- a pensar prioritariamente en la sobrevivencia. Tener esto en claro es decisivo para los pueblos, para no equivocarse el rumbo, ni las tareas, ni los horizontes de sus resistencias, luchas, creaciones y construcciones de lo nuevo. Y, simultáneamente, asumir la impostergable ofensiva cultural en *defensa de la vida*, orientada a fortalecer y cohesionar en un horizonte común a los procesos de creación y construcción colectivas que los pueblos desarrollan desde abajo en pos de un mundo de coexistencia de las diversidades (diversos mundos) en base a paradigmas de justicia, solidaridad y paz para toda la humanidad en armónica convivencia y reencuentro con la naturaleza, so pena -en caso de no hacerlo-, de extraviarse en los laberintos de la compleja telaraña de los tentáculos hegemónicos de cooptación infinita del capital.

La *defensa de la vida* conforma el eje central primero de toda acción de resistencia de la clase obrera y los pueblos frente al avance de los apetitos irracionales destructivo-agresivos del capitalismo neoliberal global y también, por tanto, de las luchas por la transformación raizal de la sociedad, encaminadas a superar la lógica de funcionamiento destructivo del capital, quebrándola y construyendo otra *desde abajo*, es decir, desde la raíz.²

¹ La contradicción vida-muerte contiene a las de clase y las caracteriza y proyecta de un modo específico: lo defensivo adquiere un carácter predominante. Esto replantea la concepción (la posibilidad y la necesidad) de la ofensiva de la clase obrera (trabajadores) con modos y grados diferentes de conformación, organización y desarrollo respecto de la correspondiente a la época del capitalismo predominante en los siglos XIX y XX.

² El concepto “desde abajo” es polisémico. En la definición que propongo y empleo, se refiere al fundamento de lo existente que se quiere transformar o sobre lo que

Esto se anuda cada vez más claramente con la posibilidad de conformar un mundo basado en la armonía de la dimensión cósmica-humana. Y requiere de nosotros –urgentemente- un profundo cambio de mentalidad y de actitud ante la vida; la superación crítica de los paradigmas del siglo XX vigentes es ineludible, por ejemplo, en temas relativos a los sujetos del cambio, al desarrollo, el progreso social, la revolución social, la liberación... junto con la creación y construcción de nuevos paradigmas histórico-culturales de pensamiento, organización y funcionamiento metabólico socio-natural, articulados con la construcción de un mundo diferente. Coincido por ello con lo que señala el analista brasileño Vladimir Safatle: “Estamos en un momento de triple agotamiento: de una época histórica, de un modelo de desarrollo y de la izquierda...” [Machado 2016:1]

Los paradigmas nacidos y desarrollados bajo la hegemonía de la cultura y el modo de vida de las sociedades occidentales del siglo XX, están en crisis. Y esto abarca también a los paradigmas emancipatorios socialistas del siglo XX, marcados por el eurocentrismo, el antropocentrismo patriarcal masculinocéntrico, el economicismo... permaneciendo –por esa vía, empantanado en una estéril competencia con el capitalismo-, dentro del circuito del capital.

se quiere influir; señala procesos que (llegan y) parten desde la raíz de todo fenómeno, problema, situación. A la vez, indica que, simultáneamente, “desde abajo” también –en el propio proceso de transformación- va naciendo lo nuevo, construyéndose día a día. La expresión, poco tiene que ver con la ubicación geométrica del problema, de los actores, de las propuestas o las esferas sociales en las que se actúa, aunque cierto es que -en el lenguaje político corriente- se emplea frecuentemente como sinónimo de “desde las bases”, o para indicar que una instancia, sector social o persona está por debajo de otras que estarían “arriba”. En otro tiempo podría asimilarse con lo “estructural” de la sociedad, pero es mucho más que eso porque contiene a los actores sociopolíticos que transforman, a su conciencia y modalidades de organización y acción: en la sociedad toda, fuera de las instancias gubernamentales y en ellas, en el gobierno y el Estado. Define una lógica de construcción social y política

La experiencia demostró crudamente que “dar vuelta la tortilla”, ser “la otra cara” de la moneda, puede parecer –al inicio– una vía de cambios sociales, pero a mediano plazo evidencia que los cambios quedan atrapados y anulados por lo anterior que se pretendía negar (la misma moneda). Reflexionar crítica y auto-críticamente sobre aquellas experiencias emancipatorias simultáneamente con la construcción de las alternativas es también, por tanto, parte central del quehacer actual del pensamiento y la práctica de los movimientos sociopolíticos populares.

En sus prácticas cotidianas, en sus territorios y lugares de trabajo ellos van creando y construyendo lógicas diferentes a la que rigen el funcionamiento del capital. Son lógicas –aunque todavía dispersas–, orientadas a la superación del metabolismo social del capitalismo, que posibilitan a la humanidad –al decir de Mészáros–, ir más *allá del capital*, en busca de su supervivencia. Así entendida, la supervivencia solo podrá alcanzarse conjugada con la construcción de alternativas liberadoras, alternativas construidas por y para cada sociedad, pero ubicadas en una perspectiva común de liberación de toda la humanidad. Es en este momento histórico que el socialismo, como ideal de posible alternativa civilizatoria, vuelve al centro de las reflexiones.

Recuperar el ideario socialista como perspectiva civilizatoria, implica resignificarlo, reconstruirlo como utopía de liberación a partir de las experiencias de lucha y creaciones de los pueblos de las últimas décadas, articuladas con las enseñanzas que arrojan las experiencias revolucionarias del siglo XX y lo que va del XXI y con los avances del conocimiento humano. En este empeño, la articulación de lo político, lo cultural y las subjetividades aflora a un plano primero, y convoca a concentrar miradas y reflexiones en las propuestas de superación del capitalismo que cotidianamente realizan quienes protagonizan las transformaciones en sus comunidades, comunas, barrios, lugares de trabajo...

Un tiempo para crear, construir y transitar nuevos caminos

No basta con criticar teóricamente al capitalismo, no basta con reconocer los errores del socialismo, ni con ser crítico y autocrítico en relación con los procesos actuales de cambios sociales. Es indispensable -además de ello-, identificar pistas, propuestas y caminos concretos que apunten, contengan o propongan vías de superación de las lógicas de funcionamiento del metabolismo social en uno y otro caso.

La importancia de actuar

Es tiempo de crear, construir y transitar nuevos caminos a partir de la participación protagónica de los pueblos. Y es bueno, en tal afán, además de quitarse las anteojeras de los viejos prejuicios y paradigmas y prejuicios, reconocer con humildad que “el pueblo” no es aquel sector afín al grupo partidario al que se pertenece, sino el conjunto diverso -no pocas veces disperso, fragmentado y contrapuesto-, de sectores populares explotados por el capital, sean parte del viejo criterio de proletariado, sean nuevos pobres, nuevos proletarios, movimientos indígenas, movimientos ecologistas, de mujeres, de campesinos, por la identidad sexual, contra el hambre, por la paz... etcétera.

En este sentido, resulta central tener presente que el proceso de superación del capitalismo es parte de un proceso histórico-cultural de creación-aprendizaje de los pueblos del mundo de un nuevo horizonte histórico, anclado en los principios del *buen vivir* y *convivir* entre nosotros y con la naturaleza.

En esta perspectiva se inscriben las reflexiones acerca de los gobiernos populares, progresistas o revolucionarios que ahora comparto, con la intención de tributar a un necesario balance crítico colectivo de estas experiencias, con la esperanza de contribuir a la identificación de nudos epistemológicos, culturales y políticos presentes (o ausentes) del pensamiento crítico latinoa-

americano, con el propósito inexcusable de asumirse como parte de los actuales procesos colectivos descolonizadores, interculturales. Ello supone abrirse a la diversidad de sujetos constituyentes de la dimensión “pueblo”, haciendo visible los pensamientos (y las identidades) históricamente negados (pueblos indígenas originarios, afrodescendientes, mujeres...), ampliando el horizonte de las alternativas, nutriéndolo también con las reflexiones críticas de las experiencias, creaciones y luchas cotidianas que los pueblos construyen, sostienen y elaboran desde abajo, desde el presente, enfrentando las enormes dificultades que emanan de la realidad de tener que atravesar territorios objetivos-subjetivos minados por el capitalismo. Esto enriquecerá y dinamizará el pensamiento y las prácticas emancipatorias. Posibilitará también identificar y visibilizar las múltiples interrelaciones de poder que lo atraviesan y vehiculizará los debates acerca del poder hegemónico internalizado en el campo popular (descolonización crítica).

En el laboratorio vivo de la experiencia cotidiana mujeres y hombres del pueblo desafían al poder y sus personificaciones y, con ello, van desactivando las minas culturales, políticas y económicas del mundo del capital y asumiendo los riesgos que ello implica: equivocarse, chocar con limitaciones, dejar temas irresueltos, dimensiones diferidas o no contempladas en sus quehaceres; avanzar en todo lo que sea concretamente posible y tensar los procesos hacia lo que parece coyunturalmente imposible... De ahí que el aprendizaje y la devolución-retroalimentación crítica de estos procesos resulten claves.

Contribuir a ello motivó el presente trabajo. No pretendo poseer toda la verdad, sino compartir reflexiones con la aspiración de abonar el intercambio de ideas de un necesario debate estratégico colectivo, indispensable para la reconstrucción del movimiento de emancipación de los pueblos, que -a la vez- sea la construcción de una nueva izquierda en indoafrolatinoamérica.

Proyectos populares: entre el reformismo restaurador y los avances revolucionarios

El agotamiento del tiempo posneoliberal

Los gobiernos populares, progresistas o revolucionarios que se constituyeron en Latinoamérica en los últimos veinte años han sido y son una resultante de las gestas de resistencias, luchas, creaciones y construcciones colectivas de nuevas propuestas de vida de los pueblos: en las comunidades indígenas, en las comunas campesinas o urbanas y en los de movimientos sociales diversos; ellas respaldan y fortalecen las búsquedas hacia un nuevo mundo, hacia una nueva civilización, anclada en nuevos paradigmas histórico-culturales de pensamiento, organización y funcionamiento metabólico socio-natural superadores del predominio del capital.

Sin embargo, el recuento crítico de los acontecimientos políticos vivido en Latinoamérica en las últimas dos décadas revela que los ejes de las propuestas políticas que definieron el quehacer de los gobiernos populares estuvieron marcados por la urgencia de responder a los desafíos impuestos por la catástrofe neoliberal y sus democracias “de mercado”. Esto imprimió a tales gobiernos el sello “posneoliberal” como característica predominante; definió tareas y sujetos. En ese sentido, los gobiernos populares fueron, a la vez, una respuesta y un paso en la exploración de *caminos*

posibles hacia los nuevos horizontes civilizatorios en búsqueda y construcción populares.¹

Pero el tiempo posneoliberal no sería eterno; puede afirmarse que se agotó al finalizar la primera década.

Un nuevo tiempo de posibilidades y definiciones germinó en su seno y planteó a dichos gobiernos –y las fuerzas populares y de izquierda participantes-, interrogantes claras en torno a los rumbos posibles de su quehacer sociopolítico, económico y cultural: ¿Quedarse en los límites del capitalismo, constituyéndose –de hecho- en su salvador o reciclador, o conjugar las tareas del momento con aquellas orientadas a la superación del capitalismo (poscapitalista), abriendo espacios a las búsquedas, nuevas creaciones y construcciones de los pueblos encaminadas en esta dirección?

Un vértice de bifurcación política: ¿Conservar logros o profundizarlos y ampliarlos?

Todo ello reconfiguraba el quehacer político, social y económico gubernamental y, particularmente, su relación con los pueblos. Nuevos desafíos se perfilaban y ponían tensiones –que pueden considerarse revolucionarias- a los procesos iniciados por las sendas posneoliberales, planteando claramente a sus referentes políticos y gubernamentales la posibilidad de arriesgarse a reajustar el rumbo hacia el horizonte poscapitalista o quedar atrapados en la lógica del capital.

Como señala Houtart, estudioso del proceso de la “Revolución ciudadana”, “...no se trata de ignorar los logros obtenidos por una política pos-neoliberal, pero no se puede tampoco cerrar los ojos frente a la realidad de un proyecto que, a pesar de su discurso, no abandona la lógica del capitalismo. Sabemos que no se puede

¹ Teniendo en cuenta el desenlace actual de algunos de estos gobiernos, la definición: “camino posibles” abre puertas, precisamente, a la formulación de interrogantes claves para el quehacer político en el presente y el futuro de los pueblos del continente y también de la izquierda.

establecer un “socialismo instantáneo” y que frente al poder del capitalismo de monopolio generalizado (Samir Amín) debemos definir transiciones y aún no temer la palabra “reformas” (Samir Amín), pero no veo tampoco porque el papel de la izquierda sea el de ser el *redentor* del capitalismo senil.” [Houtart, 2016]

Envueltos en estas tensiones, al evaluar las dinámicas de la nueva coyuntura, dos tendencias marcaron su predominio:

- Una, mayoritaria, visualizó la recuperación y reorganización política de las fuerzas locales del poder del capital y definió ese nuevo tiempo como el inicio de una etapa de ofensiva de la derecha. En virtud de ello prefiguró su respuesta -a la defensiva-, entendiendo que esta situación inauguraba un tiempo donde lo principal sería *conservar lo logrado*. Esto se tradujo rápidamente en inmovilismo y *retroceso*: defensa y acentuación de políticas posneoliberales (estatismo, centralismo innecesario, relegamiento o exclusión del quehacer político de los actores sociales, extractivismo, rentismo, rechazo a toda reflexión crítica proveniente de la militancia, intelectualidad orgánica, organizaciones sociopolíticas, etcétera.)
- Otra, minoritaria -aunque compartiendo la caracterización anterior acerca de la reanimación de las fuerzas adversas a los procesos populares-, entendía y entiende que la respuesta política ante tal amenaza requiere *profundizar los cambios* iniciados, ampliar los campos de acción y decisión del poder popular construido desde abajo, buscando impulsar procesos democratizadores encaminados a desmontar -de mínima- el soporte cultural de las aristas sociales, económicas y jurídicas de la pirámide del poder institucional (instituido) del capital y sus personeros locales; es decir, abrir caminos hacia un horizonte poscapitalista.

Esas dos lecturas acerca de la coyuntura actual derivaron en conclusiones y posiciones políticas muy diferentes: *conservar o profundizar*.

Está claro que los gobiernos populares han tenido y tienen la decisión de *torear* la actual coyuntura y enfrentar la avanzada ideológica, económica y cultural de los poderosos. Esta es una primera definición política importante. Pero las opciones de cómo hacerlo y con quiénes, varían según sea el posicionamiento ante lo anteriormente mencionado.

Entre aquellos que buscan *conservar* el gobierno. En aras de ello fructificaron incluso pactos de *governabilidad* con actores del poder del capital (que buscó y busca derrocarlos). Pero no hay atajos. Como señaló Zizek, “...tarde o temprano, por lo general después de un par de años, se topan con el dilema fundamental: ¿se atreven a tocar los mecanismos capitalistas, o se deciden a “seguir el juego”? Si uno perturba los mecanismos, uno es muy rápidamente “castigado” por las perturbaciones del mercado, el caos económico y el resto.” [Zizek, 2015]

En función de la *conservación*, los gobiernos populares optaron también por frenar el protagonismo popular y –con ello-, el proceso de cambios. Esto abre paso a tres elementos (entrelazados) que pueden destacarse –entre otros-, como debilidades:

⇒ **Fortalecer los acuerdos de cúpulas aliándose con sectores del poder económico y político considerados “moderados”... (co-gobernar).**

Se observa una tendencia fuerte a tratar de mantener la gobernabilidad ateniéndose a los cánones establecidos por la jurisprudencia del capital, pactando con sectores del poder económico y político que se aspira derrotar. Paradójico, pero real. Se pasa por alto que estos sectores son parte del guión de desestabilización económica y política diseñado y ejecutado por el “poder detrás del trono” para generar la “ingobernabilidad”.

Tales acuerdos suelen lograrse porque cada uno de los bloques políticos contendientes necesita ganar tiempo para fortalecer sus posiciones en pos de lograr sus objetivos. O sea, no se trata de acuerdos estables y ambas partes lo saben. El tema es cómo se

prepara cada una de ellas para sostener la pulseada y transitar ese tiempo en función de “ganarlo” para sus objetivos y no “perderlo” actuando en función de los otros. Para ello no basta solo con tener “la intención de”... Es vital prever las jugadas del adversario, anticiparse, para evitar ser políticamente funcional a sus intereses (error muy frecuente en gran parte de la izquierda político-partidaria latinoamericana).

⇒ Aferrarse a la *institucionalidad* caduca y sus bases jurídicas, apostando a hacer “buena letra” para demostrar la “buena voluntad” democrático-institucional.

Detrás de la escena, invisibilizados, quedan los intereses de clase que representan y defienden tanto las instituciones como sus estructuras y funcionamiento, el andamiaje jurídico-legal que las justifica y regula, y el sistema político-partidario que las afianza social y culturalmente. Estos son factores del poder colonial del capital que configuran el sistema jurídico-político-institucional de los Estado-Nación dependientes que responden a las necesidades del modo de producción y reproducción capitalista global, con todo lo que ello implica social, política, ideológica y culturalmente. Al atenerse a dicho sistema económico-jurídico-político-institucional como si respondiera a un mandato universal abstracto –*cuasi* divino-, los gobiernos populares se tornan -lo quieran o no-, en un puente hacia el reciclaje del sistema.

Pese a la buena fe de los gobernantes populares que se empeñan en hacer una “buena gestión” -honesto y ajustado al “derecho” público-, esperando convencer a los poderosos que son “buenos gobernantes”, los sectores del poder global y sus representantes locales han centrado y centran sus políticas en hostigar, acorralar y criminalizar jurídica o culturalmente a los gobiernos populares y sus representantes, formateando una opinión pública desfavorable a ellos con la acción sistemática de los grandes grupos mediáticos empresariales, abriendo el camino hacia el derrocamiento

“constitucional” de los/las gobernantes o buscando la próxima la derrota electoral de los representantes populares.

Ambas modalidades son parte de un engranaje golpista institucional e institucionalizado que actúa en la región contra los procesos de cambios sociales populares y sus gobernantes. *No hay peor cuña que la del mismo palo*, dice un refrán. Pues la actual estrategia de los poderosos busca que sean amplios sectores del pueblo –manipulados–, quienes se encarguen de hacer la tarea “sucias” de los dueños del capital y sus representantes locales: derrocar o derrotar a sus gobernantes.

⇒ **Ajustarse a la *democracia propia del sistema democrático-burgués* existente y su sistema jurídico, mostrándose inofensivos ante los poderosos, esperando tal vez no caer en su mira criminalizadora.**

Pero las democracias existentes son parte del modelo sistémico excluyente del poder político institucional del capital, al cual responden y tributan. Esto es: hay que entender a las democracias como parte de una gran red de generación de consenso social; no reducirla al ejercicio electoral. Y es bajo ese paraguas de la red democrática que coexisten y se interdefinen gobierno, Estado, poderes legislativo y judicial, y el modo de producción; y viceversa. A este sistema político-económico-social y cultural corresponde también una modalidad de gobierno (y de gobernar) que se asume cuando se ganan elecciones.

Si no se encara una transformación integral y sistémica de las bases de la democracia, de su funcionamiento y de los sujetos socio-políticos a los que responde, el círculo del poder irá cerrándose, primero “dulcemente” hasta que pueda volver a sacar a relucir toda la agresividad ofensiva que lo ha caracterizado históricamente para provocar el derrumbe de los gobiernos (golpes “blandos” o institucionales, la modalidad de este tiempo en el siglo XXI) o la derrota electoral de los gobernantes. En realidad ambas opciones actúan combinadamente, pues la derrota electoral de los

candidatos progresistas o populares es una resultante de múltiples maniobras desestabilizadoras potenciadas con la guerra mediática y cultural. Al igual que las guerras preventivas, estas buscan la destrucción moral y el aislamiento social local e internacional del adversario antes de del momento de confrontación “definitivo”.

En tal situación, el ciclo del gobierno popular, con su fracaso, será funcional a los intereses del poder: apuntalará la idea políticamente nefasta para los pueblos, de que no queda otra opción que aceptar el modelo excluyente e injusto del capitalismo porque “no es posible” construir ni sostener otra cosa. Y así, el *sistema democrático del capital* termina reciclado y revitalizado nuevamente en contra del mundo del trabajo -léase de la justicia social y la redistribución de las riquezas que se generan en el país-, y redobla la exclusión política, cultural y social de amplios sectores sociales, además de la exclusión económica.

Está claro que la *resignación* es el triunfo ideológico mayor del capital sobre la humanidad.

Se entiende que luego de la hecatombe neoliberal de los noventa, los gobiernos populares que asumieron debieron abocarse a tareas que caracterizaron sus primeros años como un tiempo posneoliberal, pero esto no puede considerarse como una “etapa” aislada del proceso de cambios. Es decir, las tareas posneoliberales deberían haber coexistido con la transformación simultánea de las bases jurídico-institucionales del gobierno, el Estado y de los otros poderes constituidos; y todo ello anclado en el potenciamiento de la participación popular en la toma de decisiones. Tareas yuxtapuestas y no pocas veces contradictorias, que marcan las tendencias al cambio raizal de la sociedad y no a la conservación-reciclaje del *status quo*. Al respecto podrían señalarse dos factores claves, mayormente ausentes o secundarizados en los procesos populares del continente:

- Convocar y llevar a cabo *asambleas constituyentes*. Ello resulta central e insoslayable, aunque si se las concibe de forma aislada respecto de las transformaciones en el aparato

estatal y su funcionamiento y respecto del sistema de representación política e institucional, resultan insuficientes para salir del estrecho marco político-partidario y del funcionariado y *construir un sistema democrático popular participativo*.

- Abrir paso al *protagonismo político* de los sectores populares; no limitar la gestión social gubernamental al logro de mejoras económicas para el pueblo. Si estas no transforman de raíz la situación de vida de quienes “las reciben”, resultan transitorias y terminan fortaleciendo prácticas clientelares que no construyen sujetos autónomos, ni en lo político, ni en lo social, ni en lo cultural. Al contrario, por esa vía la dependencia se acentúa y las capas populares terminan siendo objeto del chantaje o la manipulación de los poderosos. Y esto se entrelaza con el segundo factor -y principal- de las deficiencias políticas medulares presente en la mayoría de los gobiernos populares: Transformar a los pueblos en *espectadores* de lo que debió ser “su historia”... desplazar a los sujetos populares de la toma de decisiones políticas, sustituirlos por funcionarios y relegarlos a ser –además de espectadores- clientes del proceso político que construyeron e hicieron posible con sus resistencias, luchas y propuestas. Esto significó también, en muchos casos, dar la espalda a innovadoras experiencias sociales de base, cerrando el paso a los cuestionamientos al poder contenido en ellas, limitando el alcance de sus espacios de intercambio y debate e incluso, en algunos casos -escudados en el pensamiento binario polarizador excluyente-, descalificando políticamente toda posibilidad de crítica proveniente del campo popular.

En resumen: Lo expuesto –aunque sintético-, arroja elementos suficientes para comprender que:

- El conservadurismo reformista constituyó y constituye el centro de las mayores debilidades políticas de los gobiernos

populares: Regirse por los códigos establecidos por las *democracias burguesas* (de mercado y para el mercado); concentrar la política en pocas manos (partido/s ganador/es de las elecciones); no profundizar la democracia y no abrir las puertas del Estado y el gobierno a la participación protagónica de los sectores populares, de las comunas, de las comunidades, de los movimientos sociales, del feminismo... propiciando su empoderamiento; profundizar las economías extractivistas; asumir las tareas posneoliberales sin articularlas con aquellas encaminadas a un horizonte poscapitalista.

Estas debilidades, donde crecieron, abrieron una brecha político-social entre el pueblo creador constructor de lo nuevo y el gobierno popular, favoreciendo la germinación de contradicciones insospechadas entre el poder popular naciente (construido desde abajo por los pueblos) y el viejo poder constituido, paradójicamente personificado por representantes del gobierno popular. “No se trata de hacer un juicio moral contra personas, sino de un sistema, de una lógica, de una concepción del desarrollo. Sin duda hay también intereses económicos del nuevo “capitalismo moderno” que han tomado un peso siempre más grande en el gobierno. Sin embargo, este modelo posneoliberal y no poscapitalista está creando contradicciones crecientes con las partes más vulnerables de la población, precisamente la que se pretende defender.” [Houtart, 2016]

Estas contradicciones han contribuido al desgaste político de los gobiernos, han creado fisuras sociales y políticas con sectores populares, abonando las condiciones para que estos -conjugando disgustos y una gran ingenuidad política-, miren hacia la derecha y apoyen la restitución de los poderes institucionales y simbólicos a sus dueños históricos: los grandes grupos empresarios, la banca y el sector financiero trasnacionales. Vale recordar que la *lucha de clases* no es un concepto abstracto, sino una realidad concreta. No explica todas las contradicciones, pero con la expansión de la dominación del capitalismo globalizado, invade todos los do-

minios, incluyendo aquellos de la cultura y las mentes. al tiempo que los sectores del poder desplazado del ejercicio del Ejecutivo, reacomodaron sus mecanismos y herramientas de producción de hegemonía y consensos sociales a las nuevas realidades. Con el despliegue de la guerra mediática legitimaron sus nuevas acciones desestabilizadoras, de guerra económica, ideológica y psicológica y relanzaron su estrategia injerencista.

El golpe “parlamentario” ocurrido en Honduras en junio de 2008, anunció claramente el fin del período de reacomodo y supuesta aceptación de las reglas democráticas por parte del poder hegemónico, y la apertura de una nueva era de acciones desestabilizadoras, destituyentes y golpistas en el continente.

Pero tales acontecimientos fueron –hoy se ve- subestimados, tal vez por otorgar excepcionalidad al “caso hondureño”, como antes también al proceso separatista que buscaba derrocar a Evo Morales (2007), o el ataque a Correa (2010), o la destitución de Lugo (2012), hasta que llegó el turno a los “grandes” como Brasil, Argentina, Venezuela... Está claro hoy que la “convivencia” democrática de proyectos diferentes es pura fantasía; que países soberanos con un modo de vida diferente al que requiere el colonialismo imperialista no serán tolerados por el imperio y sus lugartenientes locales en su “patio trasero”. Hoy, inaugurando “la era Trump”, los tentáculos del secular poder imperialista se revuelven, *aggiornados*, contra los pueblos del continente con renovada furia y ensañamiento. La disputa es prácticamente cuerpo a cuerpo, pero centrada en las mentes, factor clave -ayer y hoy-, para la dominación.

- Los gobernantes que tomaron la decisión de profundizar los procesos populares de cambios iniciados; radicalizándolos -cada quien a su manera-, asumieron y asumen un camino lleno de incertidumbres y contradicciones. En tanto lo nuevo es inédito es y será obra de la creación y empeño colectivos de los pueblos. La prueba y el error atraviesan estas experiencias; en ellas se configuran elementos del

nuevo poder popular y van madurando los nuevos saberes acerca de él.

Optar por este camino de búsquedas habla de una definición política a favor de la vida enlazada con la determinación de la conciencia y la voluntad colectivas de los pueblos para conformar una nueva izquierda indoafrolatinoamericana, para organizarse y constituirse en sujeto (político-social) popular articulado, para ir transitando –en medio de diversas contradicciones y conflictos–, el camino de la creación y construcción del poder popular desde abajo, orientado hacia lo que un día podrá llegar a ser una nueva civilización.

Esta perspectiva estratégica revolucionaria –aunque algunos pretendan invisibilizarla tras el discurso del “fin de ciclo”–, late hoy también en el continente, en los procesos de Bolivia, Venezuela, El Salvador, Ecuador, Nicaragua... y aguijonea la pulseada constante con los poderosos y sus apéndices locales. Contradicciones y amenazas florecen por doquier y convocan a los pueblos, a las organizaciones sociales y políticas y a los gobiernos populares, revolucionarios o progresistas, a hacer un alto en el camino, analizar las políticas actuales y la correlación de fuerzas, reflexionar críticamente acerca de lo realizado y definir –colectivamente– un camino a seguir: *ceder para conservar (retroceder) o profundizar para avanzar* (continuar los procesos de cambio iniciados afianzando su orientación poscapitalista).

En virtud de tal posicionamiento se reinterpretará el alcance de lo que se ha logrado y sus limitaciones; los sujetos sociales y políticos plantearán las nuevas tareas y se identificarán como tales a partir de ellas, en tanto las definirán, concretarán y sostendrán con sus prácticas. La adopción de uno u otro enfoque arrojará conclusiones muy diferentes para el quehacer político actual. Ellas configuran, por tanto, un punto neurálgico de *bifurcación* política de los procesos populares, progresistas o revolucionarios del continente: mantener (y defender) el *status quo* alcanzado, abonando un camino de reformas restauradoras del capitalismo, o profundi-

zar los *avances revolucionarios*² iniciados, apostando a la creación y construcción raizal de *otra geometría del poder* (popular) anclada en la participación protagónica de los pueblos, abriendo cauces a la *refundación de la política* desde abajo.

Democracia, un escenario inédito de lucha de clases

La democracia no es anodina, ni inocua, ni incolora, ni insípida, ni descafeinada; en las contiendas políticas entre mayorías y minorías se expresan intereses de clases. Estos atraviesan y se posicionan -particularmente en el caso de los gobiernos populares-, en el debate político institucional, económico, social, cultural, jurídico, ideológico y mediático.

La experiencia de los primeros años de gobiernos populares significó, tanto para los gobernantes como para los pueblos, deslumbramientos, caída de vendas ilusorias, logros, desengaños, cooptaciones, dogmas puestos en cuestión, vacíos teóricos, creaciones colectivas, conflictos, aprendizajes y desafíos. Rápidamente fue tangible que *gobierno y poder no son sinónimos*, que no es posible enfrentar los cimientos del poder directamente, al mismo tiempo ni del mismo modo en todas las realidades, pero tampoco desconocer las contradicciones que ello introduce en los procesos de cambio, ni las exigencias que implica, tanto para aquellos con vocación revolucionaria como para los de orientación reformista-populista.

Para los poderosos de siempre, el primer período de los gobiernos populares ha implicado una “adaptación” a las nuevas reglas del juego, pero una “adaptación” que no fue -ni es- “aceptación” del nuevo estado de cosas, sino un tiempo de preparación activa de condiciones (desestabilización, guerra mediática, económica y cultural), para retomar el mando del rumbo político-económi-

² Aquellos procesos que sin proponerse un horizonte socialista, abren las perspectivas para sobrepasar al capitalismo. [Samir Amin, 2009]

co-cultural de las sociedades latinoamericanas en favor de sus intereses de clase. Y esto habla de las nuevas condiciones en las que han tenido y tendrán lugar las luchas sociales y políticas en este tiempo.

En tal situación, pretender que solo con el apego a la legalidad (pre)existente y la repetición de los ciclos electorales un gobierno popular puede garantizar la continuidad de los procesos transformadores en “democracia” es, cuando menos, una ingenuidad. En este punto confluyen varias confusiones y simplificaciones.

Por un lado, como señalé anteriormente, se reduce la democracia a los procesos electorales, aislándolos del sistema jurídico, político, económico y cultural al que pertenece y al que tributa; es decir, sin comprenderla como parte de una red constructora y soporte de los concesos sociales que garantizan la repetición de sus ciclos, acorde con los intereses de las clases a las que responde. Esto se anuda, a la vez, con otra simplificación: creer que la observancia de la ley (del capital) es garantía de estabilidad y continuidad, cuando está claro en la historia del continente que no ha sido (ni es) así. En este sentido, vale recordar las palabras de Luis Britto García: “La mayoría de los procesos progresistas latinoamericanos bajo asalto son intentos de abrir pacíficamente el camino hacia una transformación revolucionaria respetando las reglas de los adversarios que no respetan regla alguna.” [“Disparen contra los progresistas”, 27/08/2016] Por otro lado, este “respeto” evidencia un peligroso desconocimiento del carácter de clase de todo el andamiaje jurídico-constitucional-institucional que sirve de base a la conformación y funcionamiento de las instituciones gubernamentales y estatales de un país.

En tercer lugar -y siempre articulado a lo anterior-, este desconocimiento -que se traduce en apoyo acrítico a la legislación vigente-, conduce a menospreciar el protagonismo político de los pueblos desplazándolos del centro del escenario político, extirpando con ello a la política del centro neurálgico del proceso de cambios. Se pretendió anclar la estabilidad y continuidad de los

gobiernos en el respeto a las reglas del juego del poder que los adversa. Esto implica, de hecho, poner un freno a los procesos de cambio social ya que saca del escenario del conflicto político central a los actores populares. Y, a la vez –quizá pretendiendo dar muestras de su “confiabilidad”–, no pone en cuestión las bases jurídicas del Estado, ni se plantea su modificación raizal con Asambleas Constituyentes (tantas como lo demande el proceso). Deja de lado entonces, de hecho, la verdad históricamente comprobada de que la soberanía de los pueblos está anudada a los procesos raizales de cambio social. Y estos al cambio de toda la institucionalidad política (el poder constituido) y sus bases jurídico-constitucionales junto con las económicas y culturales.

El funcionamiento de los mecanismos institucionales (jurídico-normativos) heredados, impone –naturalmente– a quien gobierne sus lógicas y fundamentos. Quedarse encorsetado en sus límites coloca a los gobiernos y los Estados en una dimensión jurídico-administrativa, supuestamente al margen del escenario concreto de los conflictos políticos; desplaza los movimientos sociales y la ciudadanía popular del quehacer político y promueve la desmovilización popular. Así, poco a poco, transforma a los otrora protagonistas en clientes espectadores de su historia. De conjunto, esto constituye el primer paso inequívoco hacia la derrota. Como dijo García Márquez refiriéndose al golpe de Estado contra el gobierno de Allende, en 1973: No se puede hacer revolución administrando un sistema “apolillado y podrido”; y quienes lo hagan, estarán condenados a hundirse con la misma estructura corrupta que pretenden defender en aras de un ficticio “Estado de derecho republicano”. Esta es una ley de la historia y es importante tenerla presente.

No son las instituciones, ni los funcionarios, ni las leyes, ni los partidos políticos, los *sujetos del cambio*, sino los *pueblos*.

El territorio revolucionario está en las calles, en los barrios, en las comunidades, en las comunas, en las fábricas, en el campo. Es decir, donde habitan los trabajadores informales, los obreros,

las mujeres, los jóvenes, los trabajadores del campo, los pequeños campesinos, los comuneros, las poblaciones indígenas originarias, los pobladores urbanos de barrios históricamente marginados... y sus organizaciones sociales. El nuevo poder popular instituyente nace y crece allí, en la creación y construcción de lo nuevo por los protagonistas sociopolíticos del proceso: los pueblos. Este proceso constituye, simultáneamente, la base material que posibilita la articulación intersectorial popular hacia la (auto)constitución de sus integrantes en sujetos políticos de los cambios. Atender constantemente a ello es uno de los desafíos políticos centrales de todo el proceso de cambios y no puede obviarse o secundarizarse.

Entre las responsabilidades políticas de gobernantes y funcionarios progresistas o revolucionarios está la de *abrir las instituciones* y su funcionamiento a la *participación popular protagónica*; favorecer el empoderamiento del pueblo y el desarrollo de sus nuevas modalidades democráticas de participación y representación, con sus nuevas institucionalidades e instituciones.

Si no se abren las compuertas del poder institucional estatal y gubernamental a la información, participación y control de los pueblos, no hay posibilidad de cambio revolucionario ni de reformas de fondo; el reciclaje se impone y los intentos revolucionarios terminan o terminarán ahogados –en el mejor de los casos–, por el reformismo restaurador. Esto lo revelan muy claramente, por ejemplo, las palabras de Lorena Peña, Diputada del FMLN y Presidenta de la Asamblea Legislativa del El Salvador, cuando –frente a los intentos de desestabilización del gobierno del FMLN desde el ámbito del Tribunal Supremo de Justicia de ese país–, afirma: “Lo nuestro está en las calles y no en la guerra institucional.” (Entrevistada por mi; inédita)

Las experiencias enseñan que es insuficiente tener “buenos gobernantes” en cargos institucionales; hay que transformar también las instituciones y las bases sociales, jurídicas, económicas y políticas de su funcionamiento. Y ello reclama la articulación de empeños desde “arriba” con la participación protagónica de

los “de abajo”, abriendo procesos integrales de empoderamiento popular. Los hechos del último año evidencian, por si quedara alguna duda, que la posibilidad de la soberanía de los pueblos está anudada a procesos raizales de cambio social y a la construcción y reconstrucción constante del sujeto popular colectivo.

Las autodenominadas *revoluciones democráticas* no son sinónimos de la otrora “vía pacífica”, suponen la profundización del conflicto político-social. Un *nuevo escenario de lucha de clases* se configura y expande: a la histórica *lucha de calles* se suma la *construcción de poder popular* en los territorios (comunal, comunitario, laboral...). Aunado a ello, la necesidad de asumir activamente la *lucha de las ideas*, para enfrentar las llamadas *guerras culturales*, la guerra global por el *dominio de las mentes* que se aúna al quehacer de jueces y tribunales de Justicia que pretendiendo ser “independientes” –con el aval de los grandes medios de (in)comunicación masiva-, actúan en favor del poder del capital global, sin escrúpulos ni sonrojos (Brasil, El Salvador, Ecuador...)

Hegel se hace nuevamente presente en la escena política del continente sirviendo de fundamento a políticas reaccionarias: Si *todo lo racional es real*, la tarea entonces consiste en hacer racional(izable) todo lo que se quiere *instalar como real* (creíble y aceptado por la población). Y para ello están: el aparato jurídico de cada país, las “maniobras” económicas y las cañoneras mediáticas en manos de los grandes grupos empresariales y financieros del mundo.

Entre las responsabilidades políticas de los movimientos sociales están: atender a la batalla cultural y la lucha por la hegemonía popular; organizarse, construir propuestas para el cambio social y exigir participar protagónicamente en las decisiones de Estado y gobierno y prepararse para ello; salir a las calles para reivindicar tomar parte en la definición de las políticas públicas, para ampliar los derechos del pueblo transformando raizalmente la democracia. No se trata pues, solo de mirar críticamente a los que gobiernan o gobernaron, sino, simultáneamente, interrogar a las propias prácticas. Tal vez se descubra, por ejemplo, que hubo un cierto

acomodamiento a las nuevas condiciones creadas con la instauración de los gobiernos populares -como si fueran estáticas-, como si los poderosos hubiesen abandonado definitivamente el escenario político y restara solo disputar con los nuevos gobernantes para mejorar las condiciones de vida y lograr un mejor “pasar”. Esta disputa, obviamente, es parte del proceso; lo erróneo fue –en todo caso-, centrarse unilateralmente en aspectos sectoriales (que confluyen fatalmente hacia lo corporativo), olvidando o descuidando el reconocerse y reubicarse como actores políticos en las nuevas condiciones, identificando los nuevos núcleos de convergencia sobre los cuales asentar y promover nuevas articulaciones reconstituyentes del sujeto político popular colectivo en el nuevo tiempo político.

La reflexión crítica y autocrítica es imprescindible. Y no se limita a los movimientos sociales, partidos políticos de izquierda o gobernantes; abarca también a una parte de la intelectualidad de izquierda y progresista del continente.

Cuando los movimientos sociales tuvieron que moverse en las nuevas condiciones, con gobiernos populares, hacerse cargo de algunas áreas de gobierno, la nueva situación que los propios movimientos habían construido de modo directo o indirecto, los sorprendió; tantos años, décadas o siglos de exclusión, de resistencia y lucha por sus derechos, formó en ellos una arraigada cultura de oposición a lo establecido que se tradujo en desconfianza y rechazo a todo lo gubernamental o estatal y, de ahí, en conciencia antigubernamental o antiestatal.

En las nuevas condiciones políticas, aquellas prácticas sociopolíticas coadyuvaron -en algunos actores sociales-, por un lado, a la sobrevivencia del rechazo a toda relación con el Estado y gobierno, bajo el fantasma de la cooptación. Por otro –y anudado a lo anterior-, obstaculizando que los actores sociopolíticos se reconozcan y replanteen a sí mismos como sujetos de este nuevo tiempo, re-articulándose acorde con la realidad y las tareas del nuevo tiempo, asumiendo las tareas e interrelaciones sociopolíti-

cas que ello implica. Por ejemplo, disputa ideológico-política con los sectores (desplazados) del poder histórico; reorganización y fortalecimiento de las organizaciones sociales y su articulación; replanteo de sus relaciones con el Gobierno y el Estado... Es decir, era imprescindible pasar *de opositores a participantes*; aprender a moverse y actuar en tiempos de “baja” conflictividad social, “baja” en lo que hace a la interacción gobierno-Estado-pueblo, pero no en relación con los nuevos conflictos que se abrieron (y se abren), relacionados directamente con la disputa de poderes por la hegemonía, y la posibilidad de traccionar el proceso de cambios hacia su profundización, anclado en la participación popular, en la lucha ideológico-cultural, etcétera.

¿Qué ocurrió? El peso de la anterior –prolongada- cultura de oposición, traducido en pensamientos y conductas, le ha jugado al conjunto del campo popular una “mala pasada”. Ya sea, impidiendo identificar (a tiempo) las nuevas realidades, posibilidades y potencialidades del nuevo tiempo, o analizando lo nuevo con el viejo raserio analítico y práctico, lo cual –de hecho- terminó convergiendo con conductas políticas -en el fondo- iguales al factor anterior supuestamente negado o superado.

¿Y el pensamiento crítico comprometido?, ¿y los intelectuales? ¿Y la izquierda partidaria?

En el ámbito intelectual tuvo lugar algo similar a lo que ocurrió con los movimientos sociales. Una parte de la intelectualidad reconocida de la izquierda latinoamericana quedó atrapada también en la vieja cultura de oposición. Esto es: excelentes críticos de los Estados neoliberales, con capacidad para contribuir a identificar rumbos políticos para su superación, luego, en tiempos de los gobiernos populares, evidenciaron manifiestas incapacidades para posicionarse críticamente, tanto en su interrelación con los gobiernos (y los gobernantes) como con los movimientos sociales. ¿Qué ocurrió?

Además de las dificultades que se desprenden del peso de las viejas prácticas de oposición y desconfianza en lo institucional, la

llegada de los gobiernos populares encandiló a muchos obstaculizando su capacidad crítica, tornando -no pocas veces-, su analítica y discurso en obsecuencia hacia los gobiernos amigos. Se pueden consultar escritos de hace poco tiempo, de muchos de ellos y se constatará la pobreza de sus contenidos; la crítica constructiva necesaria, fue desplazada por una secuencia de justificaciones de lo hecho por los gobiernos o por sus políticas de Estado...

Estar comprometidos con los pueblos y sus búsquedas de liberación es fundamental punto de partida. E implica, a la vez, posicionarse desde -y en- el proceso de cambios sin perder la visión crítica, vital para el aporte constructivo que la intelectualidad -en tanto orgánica- puede hacer a los procesos de transformación, conjuntamente con los sujetos. Diagnósticos actualizados de la correlación de fuerzas, identificación de los principales focos de conflictividad auspiciados por los poderosos desde la sombra, identificación de los cambios producidos en las propias fuerzas del cambio: sociales, políticas y de gobierno, y su interrelación para contribuir a la reconstitución y rearticulación de los sujetos populares en actor colectivo, sujeto político acorde con las nuevas condiciones creadas colectivamente en luchas y resistencias.

En el nuevo tiempo abierto con la llegada de los gobiernos populares, el tablero de las fuerzas en disputa se reconfiguró con nuevos protagonistas y nuevas dinámicas. Esta realidad exigía de los sujetos, análisis y propuestas actualizadas para revalidarse como tales sujetos en las nuevas condiciones; es decir, para (re) constituirse en la fuerza político social de liberación del nuevo tiempo, capaz de marcar el rumbo de los acontecimientos en los ámbitos parlamentario y extraparlamentario y construir la conducción política del proceso de cambio.

Sin absolutizar, hay que reconocer que entre el valioso caudal de intelectuales progresistas o de izquierdas del continente, se cuentan también algunos que -lejos de contribuir con sus reflexiones críticas a la sostenibilidad, continuidad y profundización de los procesos populares de cambio social-, sostuvieron una

actitud de *falso compromiso* basado en la aceptación absoluta de las políticas y el quehacer gubernamental-estatal.

El pensamiento binario: “O esto, o lo otro”, inculcado históricamente por la ideología del poder marcó también aquí su predominio, configurando un pensamiento y conductas que respondieron al: “Si no estás conmigo, estás en mi contra”. Esta actitud fue potenciada y reforzada políticamente por algunos sectores partidarios de las izquierdas, quienes -cerrando filas con los entornos gubernamentales-, promovieron entre sus pares -a través de sus medios de difusión y áreas de influencias-, la aceptación monolítica de las políticas oficiales de los gobiernos, definiéndolas -además- como signo de “fidelidad política” y “fortaleza ideológica”. Esto contribuyó también a invisibilizar experiencias de base que construían territorialmente poder popular y que, por tanto, suponían -para esos sectores- una amenaza potencial para -lo que entendían eran- sus posiciones de poder en municipios, departamentos, estados, provincias... Tales prácticas fomentaron actitudes acrílicas en las filas partidarias y alentaron el silenciamiento o consentimiento oportunista ante fallas o errores visibles, en el entorno cercano de quienes así actuaban. De conjunto, la reiteración sostenida de estas conductas abonó el empobrecimiento cultural, político y social de los procesos populares, y estimuló la retracción política de gran parte de sus protagonistas de base popular.³

³ “Contradicciones en el seno del pueblo”, las llamaba Mao Zedong. Con el declive de su personalidad y la pérdida de influencia de sus ideas, los planteamientos que elaboró sobre la “revolución cultural” fueron desplazados de los debates y del quehacer político de la izquierda. Todo quedó colocado y organizado externamente a los sujetos, simplificado y binarizado: lo bueno y lo malo, lo uno y lo otro, lo positivo y lo negativo, los capitalistas y el proletariado, los que apoyan y los que se oponen... Los espacios de disputa correspondientes a la internalización de los códigos del poder del capital y sus mecanismos de funcionamiento, fueron desconocidos y rechazados. Se mimetizaron entonces tras frases engañosas como, por ejemplo: estar a favor del proceso o en contra; tener fortaleza o debilidades ideológicas. La posesión de la verdad, siempre presente en toda disputa, volvió a hacerse presente entre pares de la izquierda, pero en este contexto las disputas -disfrazadas

La visión crítica incluye naturalmente el reconocimiento de los avances, lo positivo, pero esto no requiere de una retórica triunfalista. La fusión de lo analítico con lo propagandístico fortaleció el empobrecimiento teórico. Y en tanto existe correspondencia entre teoría y práctica, el empobrecimiento teórico se tradujo en empobrecimiento práctico.

La dinámica binaria reforzó las políticas de polarización, frenó o limitó la posibilidad de acumulación de fuerzas populares con autonomía (que no significa estar “en contra”) de los gobiernos (y sus gobernantes), allanó el camino para la uniformización política mediática del campo popular, condición subjetiva que fue utilizada por los poderosos en función de sus intereses: Sobre esa base –apoyados en estigmatizaciones y criminalizaciones continuas de los principales referentes de los gobiernos populares y su proyecto político–, construyeron la derrota moral de sus adversarios (y con ellos, del campo popular), allanando el camino para la restauración neoliberal.

de tolerancia-, buscaban esclarecer en “los hechos” quien poseía verdaderamente la verdad verdadera. Esto puede parecer quizá un juego de palabras, pero no lo es. Vale recordar la fuerza que aún tiene entre nosotros el axioma lógico-formal que admite una sola verdad y descalifica a las demás; y en cuestión política, al interior de las fuerzas populares, esto se expresa con mucha fuerza. “Tener razón” se asimila con la posesión de la verdad, y en tanto “poseer la verdad” implica “saber”, esto es “tener poder”. ¿Será acaso un hecho sin importancia que determinados planteamientos se asuman como decisiones colectivas en una asamblea o en un debate interno, o en determinadas decisiones gubernamentales? Ganar discusiones, debates, ser portadores de propuestas que resultan seleccionadas como proyectos políticos, hacer la síntesis de los encuentros, etc., significa “saber”, y esta *posesión del saber* es, a la vez, *poder*. Razón suficiente para comprender que tras toda disputa de saberes, de conocimientos, de lo que se puede o no considerar “verdad” acerca de acontecimientos o procesos sociales, implica siempre y en todo lugar una disputa de poderes, en este caso, en el seno del campo popular. Rechazarla, negarla o invisibilizarla solo hace el juego al saber-poder hegemónico que, mimetizado como “lo habitual y natural” supervive como *lo único verdadero posible* (y permitido) para el sentido común de las mayorías, previamente moldeado precisamente para ello.

El triunfo ideológico-cultural del poder hegemónico ha sido condición previa al voto en las urnas o a los procesos destituyentes parlamentarios. Sin embargo, este factor ha sido abordado sin mayor relevancia por los “expertos” de las batallas mediáticas, tal vez por considerar que el eje de la batalla ideológico-cultural pasa por desmentir a los principales medios de comunicación masiva, en vez de promover modalidades de acción política diferentes en el campo popular: amplias, participativas, plurales... construyendo paso a paso la *unidad* del campo popular (o más exactamente indoafropopular), respetando la diversidad de los posicionamientos, de las cosmovisiones, de las identidades diversas... en vez de buscar un encolumnamiento absoluto y vertical tras líderes o gobernantes.

La disputa de las mayorías, la lucha de ideas por el fortalecimiento de la conciencia política de los pueblos, articulada con la participación y organización para la creatividad y el crecimiento colectivo de los pueblos quedó frecuentemente desplazada a un segundo o tercer plano. Y si algo está claro hoy es que las fuerzas del poder dedicaron grandes empeños a la batalla de ideas, a la disputa de la subjetividad de las mayorías para ponerlas en función de sus intereses. No es una casualidad que logren ciertos consensos populares hacia posiciones de derecha en el continente, particularmente en las recientes expresiones electorales. Estas pudieran catalogarse como coyunturales, pero siempre representan una síntesis de la proyección estratégica en disputa.

Vale nuevamente reiterar aquella sabia sentencia de John W. Cooke: “...la teoría política no es una ciencia enigmática cuya jerarquía cabalística manejan unos pocos iniciados, sino un instrumento de las masas para desatar la tremenda potencia contenida en ellas. No les llega como un conjunto de mandamientos dictados desde las alturas, sino como un proceso de su propia conciencia hacia la comprensión del mundo que han de transformar.”

Está claro que las izquierdas de ayer, las del presente y las nuevas del futuro, en cualquiera de sus variantes, si tienen vocación

de poder, para cambiar la realidad tienen que estar ancladas a las mayorías populares, ser parte de ellas para -con ellas- construir las políticas, reconstituyéndose permanentemente en mayoría; es decir, no solo hay que construir la mayoría, sino conservarla y ampliarla. Esto es: atreverse a crecer, a ampliar los espacios de participación, de creatividad y toma de decisiones, a ceder espacios de poder que se pretenden propios para tener colectivamente, como pueblo organizado, como sujeto colectivo, más poder, creando y construyendo día a día las confianzas colectivas, las coordinaciones, articulaciones y propuestas de acciones compartidas que vayan definiendo un horizonte común en cada momento, cimentando el empoderamiento colectivo, expresión y avance del nuevo poder popular. La intelectualidad orgánica tiene mucho que aportar en este sentido.

¿Tendrían que romper o distanciarse de sus partidos o de los gobiernos populares para aportar críticamente? De ninguna manera. Basta con asumirse como lo que cada uno es (o podría ser): *intelectual orgánico del movimiento popular* sociotransformador, conscientes de que la mirada crítica es indispensable tanto para la recuperación de lo aprendido en las experiencias colectivas de creación y construcción de lo nuevo, como para reevaluar continuamente el quehacer de los gobiernos y Estados populares en materia de participación popular, un bastión central del nuevo poder, clave para la sostenibilidad de los procesos, para -de conjunto-, revitalizar-actualizar en cada momento los nexos internos que dan existencia y sustento sociopolítico al sujeto popular colectivo y a los procesos de cambios sociales que protagonizan y animan, transformando permanentemente las democracias desde la raíz popular, fortaleciendo también las capacidades políticas e ideológicas de los sujetos que las hacen posibles y las definen *a imagen y semejanza...*

Reconocer esto es importante para dejar en claro que la autocrítica y el aprendizaje no atañen solamente a los gobernantes, ni a los partidos de izquierda, ni a los movimientos

sociales populares, sino también a los intelectuales de izquierda y progresistas. No vale pretender ubicarse “fuera” de los acontecimientos; no es desde allí que se consigue la “objetividad” tan inculcada por las academias. En política revolucionaria la objetividad se logra ubicándose adentro del proceso del cual se opina, pensando críticamente con la diversidad de los actores del campo popular, para actualizar constantemente la conciencia política y el pensamiento sociotransformador en las condiciones concretas, en el tiempo concreto, con los sujetos concretos, de modo que el proceso de cambios pueda también aprender de sus errores y nutrirse continuamente de las experiencias cotidianas de creación de lo nuevo por parte de los pueblos, las comunidades, las comunas, los movimientos... aprender y enriquecerse con sus empeños en la construcción de lo que se llama *contrahegemonía* popular, aportando claramente a la construcción de un *nuevo pensamiento crítico* popular colectivo. Esto es también parte de los desafíos del presente.

En tanto la nueva civilización es producto de la creación de los pueblos, es inédita; es decir, no puede ser copiada de ningún texto ni lugar. La primera y principal fuente de aprendizaje que tenemos es la experiencia colectiva de los pueblos y reflexionar críticamente a partir de ellas es fundamental. Al decir de Houtart: “Ver-juzgar-actuar, constituye la base de nuevas esperanzas que puedan reconstruir la adhesión de nuevas generaciones, actualmente muy despolitizadas.” [2016]

La creación-construcción de la nueva civilización supone un proceso permanente y articulado de acción y reflexión, la definición de nuevas metas y los análisis críticos sistemáticos de los empeños concretos. Reflexionando a partir de ello he identificado un conjunto de nudos temáticos que –en alguna medida– son parte de los debates actuales acerca de los gobiernos populares y del quehacer político presente y futuro de los movimientos sociales populares y la izquierda indoafrolatinoamericana en aras de reconstruir el movimiento de emancipación de los pueblos:

- Modificar de raíz la interrelación Gobierno-Estado-Pueblo.
- Crear y desarrollar un nuevo modo de producción y reproducción.
- Recuperar la centralidad protagónica de los sujetos.
- Salir del cerco ideológico, político, cultural y mediático del poder hegemónico.
- Apostar a la creación de una nueva izquierda política, social y cultural.
- Replantearse la transición hacia la nueva civilización.

NUDO TEMÁTICO 1:

Modificar de raíz la interrelación Gobierno-Estado-Pueblo

Las contradicciones, crisis, amenazas y situaciones crecientes de *reversibilidad* de los procesos democráticos populares en Latinoamérica colocan nuevamente en el centro de las reflexiones una interrogante histórica: ¿Es posible transformar-superar la sociedad capitalista *desde adentro*, o es necesaria una ruptura drástica mediante la *toma del poder*?

La pregunta -como las respuestas-, condensa un largo debate presente en el pensamiento y la acción sociotransformadoras desde antes de los tiempos de Marx hasta la actualidad. Pero cualquiera sea el posicionamiento político, las respuestas no pueden obviar reconceptualizar lo que significa hoy “capitalismo”, “socialismo”, “revolución social”, “toma del poder”, “¿cuál poder?”, construcción de poder “desde abajo”, “democracia”, “hegemonía”, “lucha de clases”, entre otros.

En dependencia de las respuestas, el mundo político de la izquierda del siglo XX se dividía –*grosso modo*-, entre *reformistas* (cambios graduales) y *revolucionarios* (toma del poder). Eran centralmente diferencias político-ideológicas que, invisibilizadas tras una supuesta “cuestión de métodos”, planteaban –en síntesis- dos concepciones estratégicas:

- Hacer *reformas* para mejorar el capitalismo (“desarrollarlo”, para lograr que maduren las premisas señaladas por Marx)¹, y luego “pasar” al socialismo (reformistas).
- Hacer la *revolución* con un acto de ruptura -toma del poder-, para luego implementar los cambios propios de la *transición al socialismo* dirigiendo la administración del Estado (leninismo: estatización como medio de control total del metabolismo social).

Ambas concepciones coincidían en un punto: tanto las reformas sociales como la revolución se producirían *desde la superestructura* político-institucional (arriba).

Marcando un punto de inflexión respecto de tal posicionamiento político-cultural, los sujetos populares que protagonizaron y protagonizan las resistencias y luchas sociales enfrentando los embates neoliberales a fines del siglo XX e inicios del siglo XXI, fueron construyendo otras respuestas a las anteriores interrogantes acerca de la transformación del poder del capital y del cambio social, incorporaron también otras preguntas y, de conjunto, germinaron una concepción integral del poder, recuperando en gran medida la mirada marxiano-gramsciana: social, económica, política y cultural.

La vieja disyuntiva *reforma o revolución* -aunque está presente transversalmente en todas las propuestas y acciones políticas de los procesos populares en el continente-, hoy resulta insuficiente para analizarlos y aportar a los temas puestos en debate: Sujetos, poder, independencia, desarrollo, conducción política...

Resignificando el concepto marxiano de revolución social, los movimientos sociales develan otras dimensiones, aristas e intersecciones de los procesos de transformación de la sociedad capitalista encaminados a su superación civilizatoria: en vez de apostar

¹ Ver: Rauber Isabel (2012). *Revoluciones desde abajo. Gobiernos populares y cambio social en Latinoamérica*. Ediciones Continente-Peña Lillo, Buenos Aires; pp. 56-62.

a la desgastada y derrotada concepción de una revolución superestructural, partidista y jerárquica (desde “arriba”, propia del siglo XX), apuestan a la creación y construcción del poder popular, participativo, comunitario, a partir de su protagonismo, reconociéndose sujetos sociopolíticos del campo popular. Así, desde sus prácticas concretas, en procesos como los de Bolivia y Venezuela ha venido germinando un nuevo poder popular desde “abajo”, comunitario y comunal que, en tanto tal, es –a la vez- un proceso de empoderamiento (conciencia, organización, gestión...) de sus protagonistas. Lo mismo ocurre también en las luchas y construcciones de movimientos sociales en Brasil, en Uruguay, en México, en El Salvador...

La perspectiva revolucionaria de los procesos políticos populares en curso y está íntimamente ligada a la acción de los pueblos y a la posibilidad de reflexionar críticamente acerca de sus experiencias, recuperando sus luchas y empeños en crear y construir poder popular. Se trata de un poder diferente a todo lo existente-heredado, que es a la vez: destituyente del viejo Estado (Gramsci), y constituyente e instituyente de un nuevo Estado en marcha hacia una nueva civilización. En caso contrario, por mucho que se pregone la revolución, esta quedará aprisionada y anulada por las tenazas de la legalidad e institucionalidad del poder constituido-heredado, por sus normas (el *saber hacer*) y por hábitos (el *dejar hacer*...).

Reformas hay y habrá en cualquier posicionamiento estratégico, pero ¿cómo se definen?: ¿mediante la participación protagónica de los pueblos o dictadas “desde arriba” y anunciadas luego como logros de “benefactores revolucionarios” (dávivas asistencialistas)? Al ganar las elecciones y llegar al gobierno de un país, las fuerzas progresistas o de izquierda se hallan ante la tarea de recuperar el Estado, sacarlo de la esfera neoliberal; la interrogante es: ¿Se busca que el Estado esté “al servicio del pueblo” o convertirlo en una *herramienta del pueblo* para transformar la sociedad y transformarse a sí mismo en ese proceso, en sujeto protagonista de su historia?

La respuesta a esta interrogante es medular. Define las tareas, los actores sociopolíticos y los horizontes en disputa de los gobiernos populares, las posibilidades de profundización de sus tendencias revolucionarias, o su anulación reformista socialdemócrata que -atenuada tras una retórica de cambios-, hace que gobernantes y funcionarios públicos se limiten a cumplir las normas propias de la gobernabilidad establecida por el poder hegemónico del capital, allanando el camino hacia la restauración.

En virtud de ello, lo que constituye el *parteaguas* real de la respuesta a la pregunta *reforma o revolución* es: Si las decisiones se toman “desde arriba” (superestructuralmente) por un grupo iluminado de “vanguardia”², o si se toman colectivamente convocando a la participación e iniciativa populares, informando, formando y promoviendo la autoorganización y el empoderamiento de los pueblos, estimulando procesos formativos-educativos, potenciando su voluntad de crear, construir y constituir(se) en un nuevo poder, el poder comunal, comunitario, popular, construido “desde abajo”.³

En los procesos de cambio social abiertos por los gobiernos populares, progresistas o revolucionarios esta cualidad ha estado

² *Vanguardia* no es sinónimo de organización ni conducción políticas. Ha sido y es el predominio cultural del pensamiento binario el que construye la simplificación: vanguardia=organización y conducción políticas, y *desde abajo*=desorganización, espontaneísmo. Sobre esa base los coloca en posiciones enfrentadas y lleva a la falsa conclusión de que la propuesta de construcción de poder popular *desde abajo* es apenas una improductiva secuencia de experiencias espontaneístas, basistas, sin perspectivas sociotransformadoras puesto que –siempre según dicho esquema-, rechazan la organización y la conducción políticas. Se oculta así el debate de fondo: ¿Protagonismo de élites o de pueblos?

³ Desde abajo=desde la raíz. Reitero el significado de este concepto dada la difundida interpretación vulgar que lo simplifica e identifica con un indicativo de lugar: “lo que está abajo” y, consiguientemente, lo contrapone a “lo que está arriba”. La construcción de poder popular desde abajo expresa una lógica de transformación raizal protagonizada por los sujetos sociopolíticos del campo popular en proceso histórico social de reconstrucción de su poder y no un lugar para hacerlo.

presente, pero no siempre con la centralidad política que estos requieren para ser irreversibles. Este desplazamiento o secundaria- rización del eje político del protagonismo popular se tornó debilidad político-social y se expresó, por ejemplo, en el revés que obtuvo la propuesta popular-gubernamental en las elecciones, en Argentina; en la movida reaccionaria contra Dilma, en Brasil; en los resultados del referendo, en Bolivia; en la desestabilización desatada virulentamente en Venezuela -para solo nombrar algunos ejemplos. Voceros del poder rápidamente trataron de calificar y clasificar tales acontecimientos como propios de un “fin de ciclo” progresista en el continente; afirmando con ello la idea de que no es posible construir procesos políticos populares irreversibles, ni hacer sostenibles sus proyectos de justicia social, equidad, derechos para todos y poner fin a la exclusión: fin del hambre, del analfabetismo, de las enfermedades curables...

Simultáneamente, los voceros del poder histórico de las oligarquías introdujeron el concepto de “alternancia” como una cualidad *sine qua non* de las democracias. Es decir, si no hay cambio de gobierno, no hay democracia. Enfilaron directamente sus cañoneras para revertir las conquistas y logros obtenidos con los gobiernos populares, siendo, un objetivo central, para ello, poner fin a tales gobiernos: impulsando proyectos desestabilizadores, guerra económica, política, cultural y mediática; destruyendo a los principales referentes políticos, por vías de su desacreditación, esgrimiendo impedimentos jurídicos a reelecciones, o -combinadamente-, levantando acusaciones de delitos que viabilicen la realización de golpes “suaves”, “parlamentarios” o “constitucionales”, sin descartar la eliminación física -si fuera necesario-, de quienes consideran -no su *adversario*, como dicen, sino- su *enemigo*.

Es vital entonces, hacer un alto en el camino, aprender de lo realizado y compartir -en apretada síntesis-, algunas reflexiones a modo de enseñanzas de este tiempo de atrevimiento colectivo de los pueblos, capaces de desafiar al poder hegemónico del capital para crear y construir sus destinos.

Me referiré aquí a un grupo de pasos diferenciados de este proceso, pero ello solo responde a los rigores de la exposición analítica, pues en la vida social no existen pasos lineales secuencialmente organizados. La conquista de un paso posibilita otro a la vez que lo define, condiciona y habilita, y viceversa... interdefiniéndose todos en la movediza realidad social, en tanto todo proceso creativo de lo nuevo es parte de otros de adecuación-transformación de lo existente. Una suerte de “todo mezclado” contradictorio con el que hay que aprender a convivir, construyendo en cada momento la dirección política colectiva en sintonía con las dinámicas de los procesos sociales y la direccionalidad del horizonte civilizatorio buscado.

De la “recuperación” del Estado a las democracias populares

Entre tantas situaciones, problemáticas y propuestas a procesar en tiempos de la arremetida revanchista restauradora, se abren paso aquellos planteamientos y prácticas políticas que centran las fortalezas de los procesos de cambios y su irreversibilidad, es decir, la continuidad de gobiernos populares revolucionarios, en la participación popular: en el gobierno, el Estado, la economía y las dimensiones político-culturales de los procesos.

Es la participación de los pueblos la que impulsa procesos de creación colectiva de lo nuevo y, a la vez, sienta las bases para la superación de lo establecido (Estado neoliberal, democracia burguesa). Sobre esa base, se van abriendo compuertas institucionales político-sociales que van transformando la característica posneoliberal inicial de los gobiernos populares hacia gobiernos de *democracias populares* (revolucionarias). Vale desgranar –a continuación–, aspectos claves de esas tareas, sus tiempos político-sociales y sus actores.

Desmontar el modelo neoliberal y recuperar el Estado como agente de acción social

Marcados por la necesidad de superar la herencia neoliberal, una tarea común –e ineludible- de los gobiernos populares, progresistas o revolucionarios ha sido, inicialmente, la de desmontar el andamiaje neoliberal, y buscar vías para recuperar-recomponer el Estado en virtud de ponerlo en función de políticas públicas que se hagan cargo de los derechos sociales del pueblo, en toda la diversidad en que ellos existan o se presenten. En tal sentido, en el período posneoliberal, la tendencia predominante de estos gobiernos ha sido: reconstruir al Estado como actor sociopolítico central, administrado por la fuerza política gobernante y sus funcionarios de cabecera. Esto puede reconocerse como un punto de partida ineludible, pero ¿es suficiente?, ¿es el horizonte del cambio?

En tanto el Estado-nación es -en el sentido gramsciano del concepto-, un sistema social integral, la recuperación de la centralidad del Estado como agente impulsor de políticas públicas populares se anudó con una suerte de neodesarrollismo keynesiano “de izquierda” que concentró el eje de los cambios sociales en el accionar económico-social del Estado y el gobierno. De ahí que, en ese tiempo, en la mayoría de estos procesos, la apuesta productiva predominante no estuviera encaminada a estimular la creación y desarrollo de alternativas económicas superadoras del modelo propuesto por el orden global del capital, que conminó a nuestras economías a ser proveedoras de materias primas, apostando por diversas modalidades de extractivismo y rentismo.

Cabe pensar que, tal vez, el tareísmo contingente que emergió de las coyunturas de crisis del neoliberalismo, nubló la visión de la importancia de impulsar –simultáneamente con la búsqueda de soluciones a problemas urgentes-, procesos de creación y construcción de caminos de transformación productiva que sentaran bases para un nuevo modo de producción y reproducción en el

continente, sustrato de un horizonte común sostenible de integración, diferente al del capital.

Esto quedó –de hecho- fuera de agenda. Y también el protagonismo popular (de movimientos indígenas, movimientos sociales, de mujeres...). Ambos factores pasaron a una dimensión secundaria, consideradas de “poco peso” ante las cuestiones urgentes “de Estado”. En algunos casos se trató de buscar el apoyo político de los movimientos populares otorgando a algunos de sus referentes determinados cargos públicos en aras de sumarlos a las tareas del momento, pero -en lo fundamental- el protagonismo popular fue desplazado y suplantado por el funcionariado, considerando –de hecho-, que si el Estado es administrado por militantes revolucionarios, es –automáticamente- revolucionario.

Confundidos tal vez por el hecho de asumir cargos y responsabilidades hasta ahora vedados para el campo popular, algunos sectores de la izquierda gobernante olvidaron o subestimaron el origen clasista del Estado y sus tentáculos de subordinación y sujeción –por diversas vías-, de los ciudadanos al ámbito de la hegemonía del capital y su *estatus quo*. Al dejar de poner esto en el centro de los debates y el quehacer político cotidiano, fomentaron un *posicionamiento acrítico* de los pueblos y sus organizaciones sociales respecto de los procesos gubernamentales en los que participaban. Esto evidencia que se pueden ganar elecciones, administrar el Estado y tener un gran discurso revolucionario, pero sostener -en la práctica-, un programa reformista, socialdemócrata, que contribuye –quíerese o no-, a la restauración del *viejo* poder.

¿Qué significa en este sentido, ser *socialdemócrata*?: Que se renuncia al cuestionamiento raizal del poder; que se plantea –en los hechos- ser *la izquierda del capital* y, en tanto tal, solo se proponen reformas de coloretos buscando instalar un ilusorio capitalismo “bueno”, populista, de bienestar...

Esta situación no podría calificarse, en principio, como positiva ni negativa porque:

- A) Podría encaminarse a la consolidación de una opción reformista, con la esperanza de recuperar un “capitalismo de bienestar”, sin poner en cuestión el contenido y el papel de clase del Estado, ni las bases jurídicas que configuran su institucionalidad.
- B) Podría convertirse en una puerta de acceso a procesos de cambios sociales profundos, reconvirtiendo al aparato estatal –a partir de anclarlo en la participación popular-, en un instrumento político-institucional para apoyar (y promover) procesos de cambios revolucionarios protagonizados por movimientos y organizaciones sociales, apostando a transformar las bases, el carácter, los contenidos y el papel social de dicha institución e institucionalidad (*proyectos de entrada*)⁴.

No cabe pretender que cada paso esté previamente definido y clarificado. Pero tener un horizonte clarificado es una referencia importante porque, ¿hacia dónde se encaminan los gobiernos populares luego del empeño de los primeros años de su agenda pos-neoliberal? ¿Tienen los pueblos posibilidades reales de construir una alternativa sostenible de justicia y derechos sociales hacia la equidad, o son solo un oasis, un paréntesis, en la historia de la dominación global del capital?

Abrir las compuertas del Estado a la participación popular

Recuperar el papel social del Estado es apenas un primer paso en el inmenso océano de las transformaciones sociales. La más dura y contundente prueba de ello ha sido el socialismo del siglo XX. Mayor estatización que aquella resulta difícil de imaginar, sin embargo, no logró resolver temas medulares como: participación y empoderamiento popular, desalienación, liberación, plenitud humana...

⁴ Ver Anexo.

Es lícito pensar entonces que fue precisamente por centrar los ejes del cambio social en el quehacer del Estado y su aparato burocrático de funcionarios, por concebir al Estado como un “actor social” central y no como una herramienta político-institucional en manos del pueblo, que aquel proyecto socialista derrapó de sus objetivos estratégicos iniciales y un grupo de burócratas, suplantando el protagonismo popular, terminó anulando al sujeto revolucionario. Y así el horizonte revolucionario terminó desdibujado, aprisionado por la lógica del poder al que –a la postre– tributa.

Lo que define y diferencia a una propuesta reformista restauradora de una perspectiva raizalmente democratizadora, revolucionaria, lo que posibilita tornar irreversibles los procesos de cambio, radica en la participación popular: *Abrir gradual y ascendentemente el Estado a la participación* de los movimientos sociales populares en la toma de decisiones, en la realización y la fiscalización de las políticas públicas y de todo el proceso de gestión de lo público, trabajar intencionalmente en la formación y educación abriendo cauces a la pluralidad que demande y defina la diversidad de sectores y actores sociales populares participantes.

Abrir las compuertas del Estado, las políticas públicas y la gestión de lo público a la participación de los movimientos populares, indígenas, sindicales, campesinos... es también, habilitar una dimensión de articulación colectiva que posibilita a esos actores asumirse como protagonistas con derecho –y obligación– de participar en la toma de decisiones políticas que marcan el rumbo, el ritmo y la intensidad de los procesos político-sociales de cambio. En este sentido, hay yuxtaposición de tareas y procesos. Es así que, simultáneamente con las tareas propias del desmontaje neoliberal propio del tiempo posneoliberal, pueden habilitarse canales, formatos e instancias que posibiliten a los pueblos ser parte del quehacer de *recuperación* social del Estado o del Estado herramienta social. Esto, siempre y cuando no se conciba a la *recuperación* como una “vuelta atrás”, algo así como *recuperar* un

terreno (y un tiempo) que se ha perdido. Se trata de una “recuperación-ocupación” para disputar un territorio creado y ocupado históricamente por el mercado, en aras de arrancarlo de su hegemonía y transformarlo mediante la participación de los pueblos en la toma de decisiones del quehacer estatal.

Instalar e impulsar este protagonismo, raizalmente democratizador, constituye –o debería constituir– una de las tareas distintivas de los gobiernos populares o progresistas desde sus primeros pasos. Y marca –o marcaría–, desde el vamos, la instalación de un camino de superación del tiempo posneoliberal hacia la construcción de **democracias populares**, cuya cualidad central es la participación protagónica de los pueblos. A ella se articula el *control popular* y la *transparencia* en la gestión de lo público.

La participación tiene interpretaciones diversas, pero aquí se refiere a participar en la toma de decisiones. Y ello reclama organización de la sociedad, acceso a la información, debates, conclusiones y construir procesos para la toma de decisiones colectivas. Implica una relación biunívoca, no solo recibir información y responder “Si” o “No”. No es una encuesta, aunque ciertamente las encuestas son también parte de las consultas a la ciudadanía que constituyen formas de participación. Modalidades y métodos hay muchos; lo que se busca definir acá es que se trata de una participación política popular en la toma de decisiones; un paso hacia el cogobierno y un factor esencialmente democratizador del poder.

Control popular y transparencia

Igualmente democratizador resultan el *control popular* y la *transparencia* en la gestión de lo público; ambos muy interconectados. La transparencia es fundamental para decidir qué, cómo y quiénes. Es la base para el control popular y la participación. Garantiza que la participación en la toma de decisiones siga el curso acordado –o se modifique si varían algunos factores intervinientes en el proceso–; que la ciudadanía, particularmente la de los sectores populares, cuente con toda la información necesaria

antes y durante todo el proceso; que tenga participación también en el proceso de ejecución de las decisiones.

La *transparencia* se da, en tales casos de hecho, como fundamento y alimento informativo en todo el proceso; sin ella es imposible decidir, ejercer instancias de control, ser parte de la ejecución. Pero además de esto, que podría considerarse dentro de lo “técnico”, sobresale su alta incidencia política. No solo es democratizadora, sino que abre caminos hacia el empoderamiento popular respecto de lo público y las políticas públicas, desarmando las intrigas palaciegas y mediáticas acerca de hechos de corrupción –además de impedirla-, de prebendas, clientelismo, etcétera.

No hay posibilidad de engaño cuando se tiene la información para decidir y se decide a conciencia; no hay posibilidad de que las campañas difamatorias de gobernantes tengan éxito cuando es el pueblo el que decide y gobierna conjuntamente con “sus” gobernantes elegidos. Pueden hacerse obviamente las campañas, desatarse intrigas e intentos desestabilizadores. Está claro que cada solución destapa nuevas contradicciones y abre nuevos camino para buscar defectos y huecos negros a la legitimidad popular. Pero estos se irán minimizando a partir de la propia participación popular, en un camino de empoderamiento-aprendizaje crítico respecto del poder y de construcción de la hegemonía popular.

La lucha político-ideológico-mediática, la batalla de ideas, tienen en la transparencia, la participación y el control populares un anclaje social popular clave. Las “ideas”, en este caso, no son algo etéreo “flotante”, sino certezas que emanan de las prácticas. De conjunto fortalecen la conciencia popular colectiva y construyen una coraza frente al ataque constante de los adversarios de la democracia y, particularmente, de las democracias populares con rumbos revolucionarios.

Se trata de una modalidad democrática transicional

Las democracias populares constituyen una base sociopolítica indispensable para promover el empoderamiento popular. Y son

también parte de un proceso de aprendizaje colectivo, en primer lugar, encaminado a **desaprender** lo viejo, a superar las barreras excluyentes propias del elitismo de clase de la democracia burguesa, conviviendo con la creación de nuevas modalidades de participación, de gestión y control populares, aprendiendo lo nuevo en la misma medida que se va creando y construyendo el nuevo poder popular, la nueva democracia, el nuevo mundo... Ello no se producirá de golpe. Se requiere de procesos jurídicos que la habiliten y de procesos político-educativos de los funcionarios públicos, de los movimientos sociales, de los partidos políticos de izquierda y de la ciudadanía popular en general. En ese proceso los sujetos van cuestionando-reconceptualizando las políticas públicas, la gestión de lo público y el quehacer de los funcionarios, en función de sus realidades, identidades y modos de vida, sus cosmovisiones, sabidurías y conocimientos, y –articulado a ello-, van redefiniendo el alcance de “lo estatal” y lo propio de “la ciudadanía”, particularmente de las ciudadanías populares.

En las experiencias concretas de construcción de poder comunal o comunitario, como las que se desarrollan en Venezuela y Bolivia, se observa lo contradictorio de los procesos vivos de cambios... Emergen en ellos soluciones y contradicciones nuevas, entre lo que el pueblo crea y aprende transformado su viejo *saber hacer*, y sus viejos “fantasmas” culturales; entre nuevas modalidades de representación del pueblo organizado en sus territorios y algunos funcionarios estatales y /o partidarios que -en vez de estimular estos procesos-, sintiéndose tal vez amenazados por el protagonismo popular autónomo pujante, tienden a frenarlo, acorralarlo, acotarlo, subordinarlo o asfixiarlo. La disyuntiva es, en este sentido, ¿ocupar o transformar el Estado?

La tarea revolucionaria no la hacen *sujetos* subordinados, dependientes o prebendarios de las estructuras institucionales tradicionales, ni de los partidos políticos gobernantes y sus líderes. La realizan sujetos autónomos del campo popular: movimientos sociales, movimientos indígenas, partidos de izquierda, organi-

zaciones territoriales, referentes de comunas y comunidades... A ellos corresponde crear, construir, sostener y profundizar otro poder, el poder popular.

Esto como parte de un macro proceso integral de transformación del Estado, entendiendo que el Estado no se reduce al “aparato estatal”, sino que es parte del sistema social en permanente movimiento e interdefiniciones. Esta interdefinición alcanza también a la rearticulación de todos los factores concurrentes. En este sentido, el tipo de interacción-articulación marca y define también el tipo de ciudadanía, el tipo de democracia y sus horizontes.

Limitarse a hacer una buena administración abona el camino de restauración de la hegemonía del poder

La proyección revolucionaria de los gobernantes no puede evaluarse a partir de los cánones tradicionales de calidad de su gestión institucional; es política. Se relaciona directamente con sus capacidades para poner los espacios de poder en función de la transformación revolucionaria.

La tarea titánica de los gobernantes revolucionarios no consiste en sustituir al pueblo, ni en “sacar de sus cabezas” buenas leyes, mucho menos intentar demostrar que son más inteligentes que todos, que tienen razón y que, por ello, “saben gobernar”. Impulsar procesos revolucionarios desde los gobiernos pasa por hacer de estos una herramienta política revolucionaria: desarrollar la conciencia política, abrir la gestión a la participación de los movimientos indígenas, de los movimientos sociales y sindicales, de los sectores populares, construyendo mecanismos colectivos y estableciendo nuevos roles y responsabilidades para *cogobernar el país*.

Se trata de abrir las puertas del gobierno y el Estado a la *participación* de las mayorías populares en la toma de decisiones, en la ejecución de las mismas y en el control de los resultados, para **construir colectivamente un nuevo tipo de institucionalidad**, de legalidad y legitimidad, conjuntamente con procesos de articulación y constitución del pueblo en sujeto político. De ahí el

papel central de las **asambleas constituyentes** en estos procesos (en cada momento en que sea necesario).

Las asambleas constituyentes son una herramienta indispensable de los pueblos

En este sentido, vale destacar que en los procesos de Venezuela y Bolivia, entre las primeras decisiones políticas gubernamentales, estuvo la convocatoria y realización de *asambleas constituyentes*. Son síntomas que indican voluntad de trasgresión del *stablishment* y definen el arribo de un tiempo de *democracias populares*.

Cada momento-dimensión-acción de profundización de las transformaciones raizales de un proceso revolucionario genera y generará nuevas articulaciones e interdefiniciones sociales que reclaman y reclamarán nuevas bases constitucionales, nuevas asambleas constituyentes, o el nuevo poder que va siendo creado y construido irá quedando en los márgenes del poder instituido (funcional al capital).

Sin *asambleas constituyentes* poco puede modificarse de modo sostenible, pero su sola realización resulta insuficiente; necesitan estar articuladas con procesos de cambios raizales en curso, legalizando las creaciones y construcciones populares preexistentes y las nuevas, afianzando lo hecho y orientando el camino hacia un horizonte superador; es decir, abriendo paso a las transformaciones en curso que los pueblos van sedimentando día a día desde abajo, en sus comunas y consejos comunales, con su organización autónoma territorial y sus parlamentos; en las fábricas recuperadas; en las empresas con control obrero; en las comunidades indígenas con sus históricas modalidades democráticas (no modernas) de existencia y funcionamiento; etcétera.

Es en el proceso de las fuerzas sociales vivas, en movimiento, con todas sus contradicciones, donde toma cuerpo la pulseada con el poder: el histórico concentrado en sus personificaciones e instituciones, y el que sobrevive en las mentalidades colectivas producto de siglos de colonización y dependencia cultural.

Salir de ese cerco, proponerse crear y construir modalidades y caminos diferentes en rumbo hacia una nueva civilización, es lo que da cuerpo –en apretadísima síntesis-, a procesos de descolonización. Esta es parte –intrínseca- del proceso de cambio revolucionario que aspira a superar, a salir, de las redes de la hegemonía milenaria de mercado y el capital (en lo económico, político, cultural, social, identitario...), construyendo un modo de vida nuevo, basado en el buen vivir y convivir para la plenitud humana.

De la participación en las instituciones al empoderamiento popular territorial

El *empoderamiento de los pueblos* constituye el tercer signo, factor o componente, que indica la existencia de un proceso revolucionario encaminado a fortalecer las *democracias populares* (segundo signo), a la vez que va sembrando, buscando y abriendo caminos que posibiliten ir más allá de la administración del viejo Estado o de la participación del pueblo en las instituciones existentes, creando nuevas institucionalidades y afianzando el nuevo poder popular que va siendo creado y construido desde abajo.⁵ En estos procesos los pueblos desarrollan sus capacidades de gestión y administración de lo propio (autogobernarse).

Aprendiendo de sus prácticas y en sus prácticas van construyendo poder propio y lo van ejerciendo. Es decir, hay una dialéctica permanente entre *construir, ejercer y apropiarse* del poder.⁶ Es una vía concreta de *empoderamiento*⁷ creciente de los diversos

⁵ Estos signos, entre otros, no constituyen pasos ni etapas; son parte de procesos continuos y yuxtapuestos de empoderamiento popular que se van abriendo cauces en el contradictorio y sinuoso proceso de luchas contra el orden establecido y la creación-construcción de un nuevo orden social.

⁶ Esto fortalece la toma de conciencia acerca de que la *capacidad de poder* es inherente al ser humano para luchar por su vida, y acerca del poder (propio) construido.

⁷ Apropiación consciente, con sentido de pertenencia.

actores sociopolíticos –reflexión crítica de su realidad mediante-, respecto del curso y los destinos de sus vidas. Sus lógicas marchas y contramarchas e van conformando una interdialéctica constante entre nuevo poder popular construido, el nuevo poder popular ejercido conscientemente (empoderamiento) y el nuevo poder popular en desarrollo. Por ello afirmo que *se toma (apropia) lo que se construye*. Porque hacer una revolución no significa “tomar el poder” que existe, salvo que se pretenda seguir sus reglas.

“Dar vuelta la tortilla” no es el camino...

El poder de lo nuevo que emerge, el poder popular revolucionario, no es el resultado de un acto de “toma del poder” del capital, que expulsa a los capitalistas de las empresas y a sus representantes en el Estado, para colocar en su lugar a funcionarios revolucionarios. “Dar vuelta la tortilla” no resuelve los problemas, por el contrario, garantiza la continuidad del dominio de la lógica del capital enmascarada tras nuevas fachadas políticas.

Formar una nueva cultura, crear y construir una nueva civilización, anclada en los modos de vida comunitario y comunal autogestionarios, implica no solo luchar contra el capitalismo anterior, contra los rezagos y lastres del pasado, sino también dar cuenta de la influencia del capitalismo contemporáneo y sus modos de acción mundialmente contaminantes y contagiosos, así como también de las enseñanzas de las experiencias socialistas del siglo XX.

La construcción de hombres y mujeres nuevos, la construcción de una nueva civilización, de un nuevo modo de vida (humanidad-naturaleza), es –a la vez que un empeño local- parte de un proceso transformador universal, que tiene su centro en la conformación de un sujeto revolucionario global, expresión de una humanidad que –conscientemente-, quiera vivir de un modo diferente al hasta ahora creado e impuesto por el capital, y se decida a construirlo y sostenerlo.

En las comunidades indígenas originarias o indígenas campesinas de Bolivia, por ejemplo, el empoderamiento comunitario, histórico, se ha desarrollado y consolidado al fragor de las luchas para poner fina a las relaciones excluyentes del poder del capital propio de la modernidad.⁸ Estas comunidades tienen identidad, cultura, modo de vida, modalidades productivas, sabiduría, saberes, pensamiento, historia, cosmovisión y cosmopercepción propias, que sobrevivieron a la avalancha de la modernidad llegada con la colonia -conquista, crimen, exclusión y colonización mediante-. Tienen formas, que pueden denominarse democráticas para facilitar la comprensión, pero que en realidad son formas comunitarias de convivencia colectiva, ancladas en la consulta, la toma de decisiones horizontal (en el sentido que se decide en común), y la sistemática devolución a la población por parte de las autoridades de turno. La rotatividad de los cargos, por ejemplo, garantiza la preparación de la mayoría para ejercer funciones de organización y conducción de la comunidad. Tal vez fue por una necesidad de sobrevivencia, pero lo cierto es que la rotación en los cargos de responsabilidades, que en la sociedad contemporánea resulta traumática, en las comunidades indígenas es parte del proceso natural de la vida.

Aisladas de las dinámicas centrales del poder dominante hegemónico, las formas “democráticas” comunitarias de organización y convivencia, el modo de vida de las comunidades, no representaban una “amenaza” al poder constituido. Pero, ¿qué ocurre cuando los pueblos de las comunidades se constituyen en gobierno o en parte de un gobierno que los representa, que los reconoce y promueve el reconocimiento político, económico y cultural de la diversidad que estas comunidades representan, que reconoce

⁸ Las categorías de modernidad, lo moderno, premoderno o posmoderno, útiles en el plano analítico, no suponen la existencia de compartimentos estancos entre actores sociales diversos. Todos interactúan y se interrelacionan; llevan siglos conviviendo bajo el dominio del capital y su lógica de mercado y todos, en diferentes intensidades, magnitudes, etc., han sido permeados por su hegemonía y su lógica.

su justicia comunitaria, los códigos de convivencia y todo lo que ellas representan como baluarte civilizatorio?

La asamblea constituyente, reconoció 36 nacionalidades indígenas originarias. No tiene caso ahora entrar en que si realmente son 36, si son más o son menos, lo central es que a partir de entonces Bolivia se reconoce como un Estado Plurinacional.

La plurinacionalidad es, desde los cimientos, un reto al poder uninacional y monocultural implantado a sangre y fuego por la colonia todos los órdenes de la vida social, particularmente, en las subjetividades. Su reconocimiento político, jurídico, económico y cultural implica la apertura de un tiempo en el que se visibiliza la pugna de poderes históricamente invisibilizados por el abigarramiento social, como definió sobresalientemente Zabaleta Mercado. [1986: 21] Ese abigarramiento permitía disimular *capas geológicas sociales* y mostraba engañosamente una Bolivia única, pero en tiempos de crisis esas capas afloraban y la desigualdad se manifestaba en toda su diversidad, plenitud y contradicciones.

La pulseada con el poder se da en todos los órdenes, en todas las dimensiones

El tiempo de cambios revolucionario es –por excelencia- un tiempo de debate entre los poderes constituidos del capital y el nuevo poder popular naciente, instituyente. Ahora bien, ¿qué significa esta afirmación para la acción política?

Que las contradicciones pululan. No solo entre los polos sociales históricamente enfrentados (pueblo-oligarquía), sino también en el seno de la multiplicidad de sectores y actores sociales que componen la diversidad del pueblo. Esta diversidad, es también cultural, identitaria, económica, de modos de vida... y se expresa en las percepciones, el diagnóstico, las propuestas, creaciones y construcciones.

¿Cómo imaginar, por ejemplo, que en la nueva situación política que viven los pueblos de Bolivia, que pone en cuestión (crisis)

los valores hasta hace poco considerados universales y reconoce el poder (saberes, normas de convivencia, culturas, identidades...), de aquellos /as a los/as que siempre les fue negado, no acarreará roces, disputas y hasta batallas encarnizadas –aunque sordas- por conservar el predominio y uso exclusivo del poder y el saber -de una parte-, y –por otra-, para visibilizar, afianzar y ampliar el poder ancestral ahora amplificado hacia un poder compartido en convivencia con múltiples culturas e identidades, que pretende llegar a ser intercultural?

Se trata de una interculturalidad anudada con procesos de descolonización para la construcción de un horizonte común que contribuya a organizar y traccionar las luchas hacia la convergencia colectiva de un objetivo estratégico compartido (conducción sociopolítica y cultural de las luchas).

La descolonización intercultural articulada con la batalla político-cultural deviene en cualidad constituta del núcleo central de los procesos de cambio sociales y creación del nuevo poder popular. En virtud de ello, Bolivia ha definido a su proceso revolucionario como “democrático intercultural en descolonización”. En Venezuela, ello es parte de lo que el Presidente Hugo Chávez conceptualizó como “socialismo del siglo 21”.

La descolonización es un enfoque, una perspectiva, un posicionamiento colectivo omnipresente. No se propone como revancha contra los conquistadores europeos, ni contra los “blancos” aunque, ciertamente, estos sectores son los que mayores beneficios han extraído de los estados monoculturales.

Habrán intensidades diferentes en los procesos descolonizados, de ahí que la interculturalidad caracteriza, atraviesa y alimenta el proceso. Pero no basta con enunciarla; ella misma está bajo la égida de la colonización del capital y sus modalidades de existencia y por tanto es parte también de la descolonización. Alejándose de cualquier intento fundamentalista al respecto, la propuesta de descolonización e interculturalidad se enriquece y se retroalimenta en todo momento histórico a partir de las experiencias y pro-

yecciones de los sujetos propios de cada tiempo, interactuando mutuamente para abrir nuevos horizontes a los actores sociales que protagonizan el proceso vivo de cambios raizales.

Del empoderamiento popular a un nuevo tipo de Estado, comunal o comunitario

El poder popular que germina en los territorios, en las comunas, en las comunidades indígenas, campesinas, urbanas, en los sindicatos de nuevo tipo, en las empresas recuperadas... es la base de la existencia y posibilidad de constituir *otra geometría del poder*. Ese poder que, en el caso de las democracias populares, nace de ciertos ámbitos de cogobierno, pero -poco a poco o a saltos-, va asumiendo autónomamente responsabilidades de autogobierno en sus territorios, modificando las tradicionales funciones de “lo estatal” nacional, a la vez que va constituyendo las bases de una nueva institucionalidad anclada en el poder popular. Este sería el signo característico de las *democracias revolucionarias*.

En arduo tránsito hacia ella se encuentra hoy, por ejemplo, el proceso bolivariano de Venezuela, donde el pueblo ha venido creando y construyendo –con el impulso inicial de las ideas y el apoyo institucional y moral del Presidente Hugo Chávez-, las bases del nuevo poder popular, el poder comunal (rural y urbano).

La construcción de nuevas relaciones de poder, en el caso de las comunas bolivarianas, son las simientes de un nuevo poder popular en proceso estratégico instituyente de un nuevo Estado, el Estado Comunal. Esto replantea las relaciones preexistentes establecidas con el Estado instituido y sus aparatos estaduales, municipales, etc. Se replantean también las relaciones con otras personificaciones políticas, ya que el crecimiento del poder popular territorial reclama relaciones de horizontalidad en la toma de decisiones que hacen a su vida en las comunas y consejos comunales y esto genera resistencias en algunos sectores del funcionariado estatal, provincial (estadual), departamental, incluso en las filas

del partido gobernante en algunas instancias de su representación en los ámbitos territoriales. La lucha de poderes en el seno del pueblo entre lo nuevo que germina y crece y remueve a su vez las anquilosadas estructuras de lo viejo que se resiste a ser desplazado, se hace evidente.

Nacen nuevas contradicciones entre poderes y se plantean encarnizadas disputas entre lo viejo y lo nuevo. Esto, lejos de ser una debilidad es un signo de vitalidad revolucionaria de los procesos de cambio y sus sujetos. Es parte de una batalla política, ideológica y cultural entre poderes en pugna. De ahí que, apoyar los procesos de empoderamiento popular que germinan desde abajo está –o debería estar- entre las tareas políticas de quienes se posicionan como conducción política de los procesos revolucionarios: no sustituir al pueblo organizado, sino convocarlo y escucharlo, apoyar sus iniciativas para construir el presente y el futuro conjuntamente, contribuyendo a consolidar y potenciar el protagonismo y empoderamiento creciente de los pueblos.

No se trata de un camino gradualista...

Al abordar este nudo temático he recorrido varias dimensiones de la relación Estado-participación ciudadana-empoderamiento popular. Para ello he seguido un orden lógico expositivo que podría sugerir que se asume una perspectiva lineal-gradualista: primero un paso, luego el otro... Pero no es así; al contrario. Se trata de una secuencia interarticulada y yuxtapuesta de procesos y factores concurrentes que hace que cada uno de ellos sea posible por -y en- su interacción con otros. Se puede distinguir analíticamente tal vez un tiempo de inicio, pero en realidad todos los signos que caracterizan uno u otro momento del proceso, se auto-gestan uno en el otro, potenciándose entre sí. Es así como algunas de sus características que, en un inicio, parecían secundarias o intrascendentes van adquiriendo predominio -entre contradicciones, tiranteces y dudas-, y van alterado su relevancia, su centralidad... aunque sin desaparecer.

NUDO TEMÁTICO 2:

Crear y desarrollar un nuevo modo de producción y reproducción

El Estado como “regulador” social es una creación del mercado en el proceso de su emergencia y consolidación (Estado-nación); no existió siempre y no tiene razón de ser fuera de la civilización del capital. De hecho, al actual expansionismo del mercado en proceso de globalización universal de su dominio, le resultan innecesarios los estados, salvo que se sometan a ser administradores de sus intereses y necesidades de saqueo y especulación con las fuentes de vida y generadores de exclusión, de diferencias y carencias de todo tipo entre los productores de las riquezas de los capitalistas.

A través del “contrato social”, de las constituciones y las leyes sociales y ciudadanas, etc., los capitalistas elaboraron y asentaron las bases jurídicas para construir un aparato superestructural –obviamente separado de la participación de la ciudadanía-, destinado a organizar y garantizar el control sobre la sociedad, la regulación de los conflictos, el disciplinamiento social o la represión (según sea la necesidad del poder). A ello articuló -con la finalidad de fortalecer su dominación y hegemonía-, la educación, el manejo cultural ideológico y propagandístico acerca de la vida social, pretendiendo que el Estado es una institución “natural” de la humanidad, sin la cual no se podría convivir.

El capital engendró el mal: el mercado y sus dueños. Y luego se aprestó a invisibilizar los orígenes de la desigualdad social, la genealogía histórica de la exclusión, la desigualdad y las injusticias y creó los instrumentos para sostenerlo, entre ellos, el aparato estatal. De ahí que el debate del Estado no puede limitarse a la disputa por el aparato estatal, sino que, a la vez, contiene a la economía (modo de producción) y ésta a las interrelaciones sociales todas, incluyendo el vínculo humanidad-naturaleza.

La observación empírica tiene necesariamente que poner de relieve en cada caso concreto, (...) la relación existente entre la estructura social y política y la producción. La estructura social y el Estado brotan constantemente del proceso de vida de determinados individuos (...) tal y como *realmente son*; es decir, tal y como actúan y como producen materialmente y, por tanto, tal y como desarrollan sus actividades bajo determinados límites, premisas y condiciones materiales, independientes de su voluntad. [Engels, F., en: Marx y Engels, 1974 (I): 20] (Cursivas de los autores)

Un proceso de cambios sociales con proyección revolucionaria está trabado desde el primer paso si se establece sobre la base de la administración del aparato estatal para “otorgar” beneficios al pueblo, anclando estos “beneficios” al crecimiento económico para garantizar al Estado los recursos necesarios que posibiliten al gobierno asumir los programas de lucha contra la pobreza, contra el hambre, abordando ítems elementales de la distribución de las riquezas.

Un Estado benefactor cuyos inquilinos-representantes consideran que su misión progresista o revolucionaria consiste en “dar” viviendas, planes sociales, bonos, derechos... en realidad, abona un camino incompatible con la posibilidad de empoderamiento social, más aun, lo frenan desde dentro. Incluso si la propuesta del Estado benefactor fuera planteada con modalidades participati-

vas, resultaría insuficiente para abrir procesos revolucionarios si se plantea los cambios económicos desarticulados de los procesos de transformación sociopolítica, educativa, cultural e ideológica. A esto se anuda la temática de los recursos naturales como fuente principal de ingresos de los gobiernos populares del continente. Bajo modalidades de estatización o nacionalización, estos gobiernos utilizaron los recursos naturales para financiar programas sociales y combatir la pobreza, el analfabetismo, la exclusión.

Obviamente, habiendo asumido los gobiernos populares en sociedades destruidas por la acción neoliberal, es comprensible que inicialmente se hayan abocado a gestionar los recursos existentes para salir del *bache social* que se encontraron. Esto se corresponde con el primer período de estos gobiernos caracterizado por su labor “posneoliberal”; cualidad que indica claramente que su accionar está marcado por la negación-superación del período anterior.

Así fue como en ese periodo los gobiernos populares sostuvieron e incluso algunos fortalecieron la base socioeconómica productiva-reproductiva de la sociedad anudada al mercado y sus leyes de funcionamiento. Aunque esto puede justificarse por la necesidad de disponer de recursos económicos y financieros en el corto plazo, si ello implica descuidar la dimensión política de la economía, de un modo u otro termina encauzando y conteniendo los procesos en los marcos del modo de producción capitalista, es decir, sin poner en cuestión estratégica el circuito de destrucción, exclusión y muerte del proceso productivo social del capital. Ciertamente no puede pretenderse que se cambie todo en corto plazo, pero hay políticas públicas que fortalecen o no determinados rumbos estratégicos: profundizar la dependencia extractivista-consumista o abrir caminos que articulen un presente neodesarrollista con cambios raizales (de fondo) en la transformación del Estado también en lo que hace a la explotación de los recursos naturales como sostén de las políticas públicas y del metabolismo social en su conjunto; este es el punto analítico central.

La situación inicial impuso determinadas tareas, pero ellas no eras permanentes. Prolongarlas más allá de lo necesario generó confusión y desgaste al interior de las fuerzas progresistas y revolucionarias, mientras la restauración neoliberal emprendía su camino de recomposición de fuerzas para arremeter contra los gobiernos populares y sus representantes. Estados que han recompuestos las economías y saneado las finanzas públicas, resultan un botín demasiado tentador como para que los adversarios históricos no se dispongan a *echarle el guante*.

Tan importante como emprender los cambios políticos democráticos y democratizadores, y encontrar respuestas económicas inmediatas para enfrentar los problemas inmediatos, lo es también articularlas con procesos de creación-construcción de un *nuevo modo de producción*, superador del modo de producción capitalista, que posibilite ir creando y construyendo los fundamentos económicos, sociales y culturales para el florecimiento de una nueva civilización, a favor de la vida humana articulada con la de la naturaleza; es decir, a favor de la vida en todas sus manifestaciones. No existen aisladamente, la economía por un lado, la administración estatal por otro, la educación y cultura por otro, los movimientos sociales por otro...

La escasa o ausente participación popular en la toma de decisiones y en la implementación y control de las políticas públicas, fue abonando al crecimiento de un gigante con pies de barro: el poder popular en vez de fortalecerse fue limitándose y disminuyendo. La participación de movimientos indígenas, movimientos sociales, sindicales, de mujeres... a la vez que va construyendo políticas colectivas, contribuye en cada momento a la convergencia y articulación de actores sociopolíticos sostén del proceso de cambio, y su motor de tracción también ante posibles momentos de estancamiento o acomodamiento de gobernantes. En las definiciones políticas, económicas y culturales como en la administración del Estado, son los sujetos y su participación la clave de la sostenibilidad del proyecto democrático revolucio-

nario de cambio. Sin ellos es imposible. Esto quiere decir que si no apoyan y estimulan los procesos de las economías populares, por ejemplo, que apelan a una nueva relación e interacción con la naturaleza, que se hacen cargo de los ciclos reproductivos, no se abren caminos de búsqueda hacia un nuevo modo de producción. Este no está esperando en “alguna parte”, para ser “aplicado”; hay que crearlo y construirlo, experimentar, sacar conclusiones, multiplicarlo, expandir lo nuevo, y las nuevas articulaciones irán generando nuevas e inimaginadas posibilidades en lo productivo-reproductivo económico (y social). Por ello, la participación popular es clave también en economía. Son los sujetos populares, en sus comunas rurales y urbanas, en las comunidades indígenas, en las organizaciones fabriles recuperadas, quienes van creando y construyendo alternativas al modo de vida del mercado; y por muy fragmentadas o acotadas que puedan resultar en el presente, apoyarlas es fundamental para el gran laboratorio de creación del nuevo mundo. Los gobiernos populares, atrapados también por el pensamiento binario (dicotómico), extractivismo o no extractivismo, asumieron posturas defensivas a favor de lo primero. La realidad actual pone de relieve, nuevamente, la falacia destructiva del economicismo: O es raizal el proceso de transformación social o es apenas un toque de maquillaje del sistema.

Un nuevo fundamento económico para un nuevo modo de vida, una nueva civilización

Los gobiernos populares hicieron “poco caso” o desestimaron la importancia estratégica de las economías populares y sus procesos creativos de economías alternativas, ecológicamente sustentables, explorando una base material de sustentación de una perspectiva superadora del circuito reproductivo del capital. La presión por obtener recursos en el corto plazo desplazó a un segundo plano un elemento central de las democracias populares que se ubican en un horizonte de transformaciones revoluciona-

rias: articular los procesos políticos democratizadores con transformaciones raizales en la economía. Esto es: que los gobiernos populares apoyen explícita y concretamente a las experiencias productivas alternativas que desarrollan los pueblos en comunas, comunidades, fábricas recuperadas, cooperativas de producción, distribución y consumo... promoviendo mancomunadamente – abajo y arriba-, la búsqueda, creación y construcción de nuevas bases económicas que se constituyan a partir armonizar los ciclos de producción y reproducción social para romper el cerco reproductivo del capital y abrir paso a una civilización cimentada en la custodia integral de la vida. El desafío era y es: enraizar la democracia popular, la participación y el empoderamiento populares en construcción con la creación-conformación de un sistema productivo nuevo, que sea socialmente responsable del ciclo reproductivo que genera (Franz Hinkelammert lo definió hace tiempo como “racionalizar lo racionalizado”, esto es: crear y construir una nueva racionalidad económico-social). [1984]

En el caso del Estado Plurinacional de Bolivia, por ejemplo, la tarea central en esta materia pasa por la articulación de los modos productivos ancestrales en el sistema económico predominante, poniendo en cuestión su centralidad absoluta heredada, a la vez que se abre camino a otras concepciones y prácticas económicas que emergen de la comunidades, cimentadas en el reconocimiento de la integralidad de la vida (humanidad-naturaleza), como base para la creación colectiva de un nuevo horizonte social civilizatorio, anclado en la convivencia de diversas cosmovisiones, modos de vida, identidades y culturas, articuladas a partir de principios universales del *buen vivir* y *convivir* para el *bien común* compartido (colectivo) promotor de la defensa de la vida en todas sus expresiones.

En una perspectiva convergente, en Venezuela, el Presidente Hugo Chávez proyectó, propuso e impulsó la creación de los *consejos comunales* y las *comunas* como base para la construcción de un *Estado comunal*: el objetivo a mediano plazo era –y es- el de-

sarrollo de un nuevo poder popular, creado y construido desde abajo por los actores sociales que habitan los diversos territorios (urbanos y rurales), en todos los órdenes, enfatizando en el desarrollo de economías comunales como sustento territorial para el desarrollo de un nuevo modo de producción. A ello se articularían -desde la raíz-, en cada territorio y centro productivo, las transformaciones políticas, económicas, culturales e identitarias encaminadas al cuestionamiento sistemático de los viejos poderes constituidos, en aras de liberar las potencialidades múltiples del nuevo poder popular comunal instituyente, sustrato de un nuevo poder, germen de un nuevo Estado (en el sentido gramsciano del concepto), y simiente de un nuevo Estado continental integrado sobre bases nuevas de interrelación, interactuación e interacción productiva y reproductiva. Ciertamente, comunas bolivarianas están en una fase inicial de creación y desarrollo de un modo productivo alternativo, pero lo destacable cualitativamente es que están abocadas en ese empeño, por vocación y también aguijoneadas por la presión de la guerra económica a que se ve sometido el pueblo venezolano debido a la todavía gran dependencia alimentaria importadora, heredada del rentismo petrolero aún omnipresente, para expresarlo resumidamente.

Los empeños revolucionarios de las comunas y los consejos comunales que pueblan las diversas latitudes de Venezuela; de las comunidades indígenas originarias que pueblan Bolivia y otros territorios del continente, se anudan en un eje: aportar a la creación de un *nuevo modo de producción-reproducción* sociales cuyo funcionamiento responda a una *lógica circular*. Esta reconoce y articula horizontalmente todas las dimensiones de la vida social, a diferencia de la *lógica vertical*, subordinante y unilateral del capitalismo que subordina todas las dimensiones de la vida humana y de la naturaleza a la especulación del mercado en aras de la obtención creciente de ganancias, base de los afanes desenfrenados de los personeros del capital para absolutizar su dominio, hegemonía y poder global.

La creación revolucionaria raizal de *un nuevo modo de producción y reproducción* de la vida social es, a la vez, la creación de un nuevo *modo de vida* e interrelacionamiento social, que presupone un nuevo modo de interrelación entre la humanidad y la naturaleza a favor de la vida. Este principio cosmovisivo constituye la base del nuevo horizonte civilizatorio.¹ Marx lo descubrió al analizar la genealogía del capital y las claves sociales de su reproducción:

El modo de *producir* los medios de vida de los hombres depende, ante todo de la naturaleza misma de los medios de vida con que se encuentran y que hay que *reproducir*.

Este *modo de producción* no debe considerarse solamente en el sentido de la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya, más bien, un determinado modo de la actividad de estos individuos, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado *modo de vida*. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con **lo que producen** como con el modo de **cómo producen**. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción.² [Engels, F. y Marx, C., 1976 (I): 16] (Cursivas de los autores. Negritas de IR)

En su crítica al capitalismo Marx articuló producción económica con reproducción social y puso al descubierto que las *con-*

¹ Lo económico no es solo económico, sino –a la vez– social, cultural; el *modo de producción* es a la vez un modo de interrelación con la naturaleza y con los seres humanos: relaciones sociales regidas por reglas del mercado (tanto tienes, tanto vales), individualismo y competencia creciente, objetivación en aras de esa competencia y vendibilidad. Por eso para Marx, el *modo de producción* es en realidad un *modo de vida*, concepto que emplea pocas veces, como todo lo que consideró una obviedad dialéctica, puesto que se encuentra resuelto y contenido en el concepto de sistema social o totalidad social.

² Nótese que el concepto *producción* no se refiere a lo estrictamente económico, sino a todas las interrelaciones de la vida social y espiritual de los seres humanos entre sí y con la naturaleza.

diciones de producción constituyen a la vez las de reproducción. En tanto la reproducción social forma parte de la reproducción económica, garantiza -en el capitalismo- la reiteración ampliada de su sistema de clases sociales y sus interrelaciones sociales, afianzando-profundizando en cada ciclo la condición de *vendibilidad*³ de la mano de obra y también de la naturaleza (transformada por el mercado en objeto, en materia prima, etc.), y ampliando la acción material-espiritual del dominio de los mecanismos del mercado (hegemonía).

Superar la civilización signada por el capital implica cambiar la raíz de su vertiente existencial: Su modo de producción y reproducción de la vida social y de interrelación con la naturaleza. No habrá nueva civilización, ni liberación, ni vida posible, si los cambios se limitan a sustituir a los patrones de los centros del poder de mando del capital, pero dejan intactos sus mecanismos de funcionamiento, que son los de su producción y reproducción.

Esta hipótesis perfila uno de los grandes desafíos culturales, económicos, políticos y sociales del proceso de sustitución-superación del capitalismo: **transformar de raíz el modo de producción** económico-social. Y esto conlleva un proceso histórico-cultural de creación-aprendizaje de la humanidad, orientada en su quehacer hacia un nuevo horizonte histórico, anclado en los principios del *buen vivir* y *convivir* entre nosotros y con la naturaleza.

Esta propuesta raizal no es equiparable, por tanto, con proyectos coyunturales que, por ejemplo, se proponen cambiar la “matriz productiva”, como ocurre, por ejemplo, en Ecuador. A pesar de las buenas intenciones que puedan tener quienes los sustentan, estos proyectos no construyen alternativas superadoras del modelo extractivista de saqueo y destrucción del planeta (y de la

³ *Vendibilidad* es la capacidad de *transformar cualquier ente en objeto vendible*. Y esta es la lógica del mercado: transformar todo lo existente en objetos vendibles, en mercancías. Lo que no se puede comprar y vender no existe para el mercado, carece de sentido y, peor, no merece existir.

humanidad); terminan apuntalando, en los hechos, la modernización del modo de producción capitalista, con lo cual los otrora procesos de cambio terminan convergiendo –de un modo u otro–, con las demandas actuales de la globalización del capital y sus poderes fácticos.

Construir los caminos que hagan posible la *no-sujeción* de los trabajadores al capital, es precisamente una de las claves raizales de la *liberación* humana, esclavizada, enajenada y *cosificada* por el mercado que hay que atender. La identificación entre *enajenación* y *cosificación* (reificación), es parte del proceso de formación del mercado capitalista, el fundamento constituyente de la sociedad capitalista.

El centro del mecanismo de funcionamiento del capital radica en que los seres humanos son cosificados a través del mercado, convertidos en *objetos vendibles*, en *mercancías*. La condición de *vendibilidad* no conoce de límites ni barreras. A lo largo de siglos el mercado ha ido perfeccionando la formación de condiciones para incrementar la *cosificación* humana y su *vendibilidad*.

La *transformación del sujeto en objeto que vive para el mercado, es parte del proceso de hegemonía global del capital*. Tal la dimensión destructiva y deshumanizadora de la civilización del capital. Y tales las claves materiales, ideológicas y culturales a tener en cuenta para buscar caminos para su superación a favor de la vida (liberación).⁴

Encarar con fuerza la búsqueda, construcción o profundización de propuestas orientadas al desarrollo de un nuevo modo de

⁴ La búsqueda y creación de alternativas ecológicas a la vida es, a la vez, la búsqueda de alternativas para construir un modo de interrelacionamiento social y un modo de vida diferentes: no consumista, sino productor y reciclador, siempre atento a la reposición de aquello que se emplea... Que apuesta a la lógica de la vida por sobre la del consumo. Que aborda integralmente “lo ecológico”, a sabiendas de que no se reduce a “lo verde”, sino a la defensa integral de la vida. De ahí que articula: bioeconomía, biopolítica, bioética... la solidaridad y el equilibrio en la sociedad y en la naturaleza y en su interacción permanente.

producción y reproducción, fundamento para un modo de vida superador del impuesto por el capitalismo, se torna pues entre las primeras tareas políticas y culturales del proyecto civilizatorio de emancipación. En este empeño la economía debe llegar a ser un problema de los pueblos, no de expertos, y mucho menos de empresarios o del mercado bursátil y la banca, los grandes depredadores y destructores del planeta, de la vida de la naturaleza y de la humanidad

Esto es parte del debate teórico práctico que hoy llevan adelante los pueblos de Latinoamérica en sus comunas y comunidades, en sus campos, en sus barrios, en las fábricas, en las universidades... en lo económico, lo político, lo social, lo cultural. La sociedad es un sistema integral; del mismo tono han de ser también las búsquedas de alternativas, soluciones, creaciones...

No hay garantías de éxito, pero está claro que la esperanza late en la terquedad de los pueblos que sin doblegarse se atreven a crear lo nuevo y a experimentar los sinuosos –y no pocas veces dolorosos- caminos de su búsqueda.

Fortalecer y desarrollar, en esta perspectiva estratégica, las articulaciones regionales y continentales

En este mundo globalizado ningún proyecto nacional puede realizarse aisladamente; sin contar con insertarse en una proyección de articulación regional y continental. Pero traspasando el ámbito de lo comercial, hacia lo económico, apostando a la articulación de las economías de la región, a la conectividad de infraestructura terrestre, marítima y aérea, a la búsqueda de nuevas modalidades productivas encaminadas a conformar –regionalmente- un nuevo modo de producción y reproducción social, superador del pesado lastre del capital.

Esto supone también la creación conjunta de espacios de encuentro, intercambio y coordinación de organizaciones sociales, culturales y políticas populares del continente, de carácter regional

y en el ámbito de cada país. Por ejemplo, el espacio ALBA de los movimientos.

El objetivo estratégico no consiste solo en contar con un bloque económico, sino en crear y construir nuevas bases económico-sociales y culturales en función de la construcción integral de los horizontes colectivamente identificados. Y para ello, la articulación política es clave.

NUDO TEMÁTICO 3:

Recuperar la centralidad protagónica de los sujetos

Las revoluciones sociales son idénticas a la participación protagónica de sus pueblos; directamente proporcionales a ella. Conclusión: El nudo gordiano estratégico de los procesos revolucionarios no radica en la pertinencia de las resoluciones gubernamentales ni en la sabiduría de los gobernantes y su entorno, sino en la voluntad popular, en su conciencia y organización para participar en las decisiones, las soluciones y sostenerlas, reconstituyéndose permanentemente en ese proceso -los actores sociales y el pueblo todo-, en fuerza sociopolítica articulada, capaz de traccionar e impulsar el proceso, desarrollándolo y radicalizándolo desde sus prácticas.

El proceso político transformador es un camino abierto, lleno de incertidumbres y obstáculos, que tiene una (trinchera) de posibilidades para avanzar creando y construyendo la nueva civilización: la (auto)construcción -permanente- del *sujeto político popular revolucionario colectivo*, capaz de ir definiendo las tareas, los caminos, los métodos y los instrumentos a emplear o crear, etcétera. En esto, el lugar y papel protagónico de los movimientos sociopolíticos populares es central.

Los representantes políticos del capital y sus acólitos pueden prescindir del protagonismo popular porque se apoyan en la hegemonía histórica del poder y sus aparatos ideológicos, económicos y extraeconómicos. Pero las fuerzas populares, si llegan al gobierno y cometen el error de dejarse encandilar por el poder y sus mecanismos tentaculares de dominación, si optan por acomodarse a los cargos o hacer acuerdos por arriba con los poderosos, haciendo concesiones de todo tipo esperando –a cambio– perpetuarse en el gobierno, difícilmente lo logren; más bien ocurre lo contrario. Tampoco se avanza en el sentido de los cambios sociales raizales apelando solamente a medidas superestructurales, por muy justas y razonables que estas sean.

Los derechos no se “dan”; se conquistan y construyen por sus destinatarios o no serán aprehendidos por estos como suyos. Solo el protagonismo organizado y consciente de los pueblos que construyen poder popular es la base política (auto)constituyente del sujeto político colectivo. Y esto se logra forjándolo a cada paso y en cada paso.

Si de superación raizal del poder-saber colonial se trata, toda *construcción-apropiación de poder* por parte de sectores populares está mediada por la destrucción/superación del viejo poder-saber colonial del capital y sus tentáculos hegemónicos, simultáneamente con la construcción de un *poder nuevo, popular*, raizalmente diferente, revolucionario, descolonizado e intercultural. Esto abre cauces a *procesos de empoderamiento colectivos* (y a la vez particularizados) de los actores sociopolíticos.

La interdialéctica *poder propio construido--poder apropiado* es liberadora y abona el camino de liberación si es resultante y síntesis del empoderamiento pleno (multifacético) y protagónico de los actores sociales y políticos que lo construyen. Implica la conformación de un complejo proceso colectivo social, cultural, ideológico y político, articulado y orientado a la superación del sistema colonial del capital y sus instituciones, sobre la base de una (nueva) ética y una (nueva) lógica del metabolismo so-

cial construida desde abajo por los diversos actores articulados en cada momento acorde con las tareas y demandas sobre la base de la descolonización e interculturalidad que también –como el proceso revolucionario transformador-, irán desarrollándose históricamente.

La ideología no es un dogma apriorístico establecido desde fuera de las luchas de los pueblos; es parte de la conciencia política, se forja y crece en los procesos de resistencia, lucha y construcción de alternativas por parte de los sujetos. Las definiciones, como los rumbos y objetivos estratégicos, las van construyendo (y modificando) los sujetos a partir de sus modos de vida y sus experiencias de lucha y sobrevivencia, que son diversos en cada sociedad, en cada comunidad.

Construir la fuerza político-social de liberación

La profundización de las democracias en tiempos de gobiernos populares y progresistas reclamó y reclama asumir el decisivo imperativo político del *protagonismo del pueblo*, tanto para definir, sostener como para profundizar las transformaciones, entendiendo que ellas anudan, simultáneamente, los derroteros políticos de estos gobiernos con los diversos procesos de *construcción y afianzamiento de poder popular desde abajo* que los pueblos desarrollan en cada país. Pensar que lo popular, de izquierda o progresista resulta de un *aggiornamento* de la agenda pública a tales posiciones, dejó a los gobiernos populares limitados o desprovistos de su fuerza social central a la que transformó en espectadora del proceso, quedando a merced de la voracidad política de los opositores.

La disputa político-electoral por conquistar el gobierno nacional ha sido planteada por los pueblos y sus organizaciones sociopolíticas como parte de los procesos de cambios que impulsan. Pero esta opción –que no puede considerarse como *el camino electoral* para la “toma del poder”-, implica otro modo de concebir

(y realizar) la transformación social y de protagonizar la política. Reclama -como eje vertebrador- la conformación del *sujeto sociopolítico* o *actor colectivo*, *fuerza social y política de liberación* capaz de traccionar permanentemente el proceso sociotransformador hacia objetivos superadores. Para ello esta fuerza colectiva necesita actuar con pertenencia protagónica y, a la vez, con autonomía política respecto del aparato gubernamental-estatal, en los ámbitos parlamentario y extraparlamentario articuladamente, construyendo y fortaleciendo, poder popular, comunal, comunitario, desde abajo, en cada territorio o ámbito de la vida social. Estas afirmaciones constituyen o deberían constituir una brújula para el quehacer político en las actuales condiciones, sobre todo, para la constitución de la conducción política de los procesos, conducción que se basa en la articulación del colectivo de actores sociopolíticos-populares a la vez que la promueve, actualiza y revitaliza permanentemente- Sin acción política dedicada a esto, las fuerzas otrora sectoriales recuperarán su sectorialismo y de allí las prácticas corporativas defensivas que amenazan con fragmentar y aniquilar el sujeto sociopolítico colectivo, el sujeto político del proceso de cambios.

Las realidades objetivas-subjetivas están en continuo cambio e interacción e interdefinición; a tono con ello, también las subjetividades políticas de los sujetos participantes de los procesos de cambio. Los pueblos organizados reclaman nuevos y mayores protagonismos al unísono con la conquista de objetivos propuestos, y cuando se ven frenados o discriminados del proceso de cambio, la atomización sectorial recurrente y defensiva que anida en la memoria histórica popular, recupera el terreno perdido abriendo cauces al corporativismo y los enfrentamientos sectoriales.

Las formas, modalidades y personificaciones organizadas de los diversos actores sociopolíticos que lograron constituir una *identificación totalizadora* aglutinante de los protagonistas de las luchas sociopolíticas colectivas que hicieron posible los triunfos electorales y la constitución de gobiernos populares, resultan lue-

go, una vez logrado este objetivo, cuando menos, insuficientes. Y esto se debe a la dinámica “natural” de los procesos sociales. Estas dinámicas hacen que -como advirtió Zavaleta: “...incluso lo que se ha hecho general, tarde o temprano tiende a convertirse en el símbolo conservador de lo particular. La intersubjetivación debe, por tanto reproducirse de un modo constante.” [Zavaleta Mercado, 1986:27] Es decir, que entre las tareas políticas del nuevo tiempo abierto por la llegada de los gobiernos populares, es vital, en primer lugar, reconocer los cambios ocurridos en la realidad constitutiva y conductual de todos y cada uno de los actores sociales y políticos, para -en segundo lugar y a partir de lo anterior-, asumir (colectivamente) entre las tareas políticas claves del proceso revolucionario, la reconstrucción -constante- del “campo popular” como totalidad y del sujeto popular colectivo como protagonista clave del proceso.

Los protagonismos sociales populares se replantean en función de tareas y metas propias de cada momento. A tono con ello, necesitan replantearse, reorganizarse y rearticularse para conformar nuevas confluencias de los quehaceres de la militancia social y política, dentro y fuera de lo institucional, actualizando el horizonte estratégico de los cambios. Esta es una tarea insoslayable porque resume el corazón de la disputa por la hegemonía popular o nueva hegemonía: sostenerla, afianzarla, ampliarla, profundizarla. Y no se logrará espontáneamente; constituye un desafío común del accionar político de todos los actores sociales y políticos, particularmente de aquellos que han asumido y asumen las responsabilidades de conducción política en cada momento.

El obstáculo para ver, comprender y asumir esta realidad radica fundamentalmente en el peso de la vieja cultura, en las miradas y lecturas lineales de los procesos históricos que, en vez de reconocer sus marchas y contramarchas, suponen que la historia sube por una escalera -generalmente solo ascendente- y, con cada peldaño que se “adelanta”, se “superan” contradicciones y se “pasa” a otra etapa. En tal caso, la emergencia de nuevas contradicciones

-por ejemplo, sectoriales-, suele ser rechazada, considerada un “defecto” y no parte del normal proceso de cambios; no se reconoce ni se asume que este, lejos de terminar con las contradicciones, las aviva. Y que ello exige ampliar-modificar rearticular el sujeto colectivo anteriormente constituido, identificando las claves para su rearticulación en cada momento, en las dimensiones política, programática y orgánicas. En tanto el proceso de cambios es permanente, es importante pensar en formas flexibles, abiertas a sus dinámicas y contradicciones.

Teniendo a la vista las experiencias de más de una década de gobiernos populares y algunos de sus recientes “desenlaces”... vale reiterar que no son los discursos, ni los programas, ni las metodologías, ni los “buenos” gobernantes, ni los propósitos, los que hacen viable los procesos revolucionarios o revolucionarios a los procesos. Son los sujetos, los hombres y las mujeres del pueblo que sueñan y anhelan un mundo mejor y crean las alternativas para ello en sus prácticas cotidianas, proyectándolas desde ahí hacia la dinámica social toda. Sin concitar, promover y desarrollar su protagonismo, su conciencia y organización, las perspectivas revolucionarias empuñan o se obstruyen.

La participación protagónica consciente de los pueblos (auto) constituidos en sujetos revolucionarios no es garantía de triunfo, pero su no-participación sí lo es de su fracaso. En tal sentido, puede afirmarse que los procesos de (auto)construcción-constitución del sujeto político, expresan –en este momento-, la principal debilidad –o fortaleza- (interna) de los gobiernos populares. Constituye, por ende, el principal reto para las fuerzas de izquierda que a ellos aportan y de ellos se nutren.

Apostar a la *construcción del protagonismo colectivo* de los pueblos para construir la *fuerza político-social de liberación* es el factor neurálgico que marcará el rumbo y las dinámicas políticas del presente y el futuro inmediato en los procesos populares en curso en cada país y en la región. Es vehículo, también, para la construcción de *la unidad* de los pueblos.

¿Conducción colectiva o liderazgos individuales?

Reconocer a la *participación popular orgánica* como un factor clave para el afianzamiento y la profundización de los procesos de cambio en curso, no está reñido con el reconocimiento del papel de los liderazgos individuales. Pero esto no significa aceptar que la continuidad de los líderes a la cabeza de los gobiernos populares sea el factor que da estabilidad y solidez a los procesos. Al contrario, cuando hay líderes que sustituyen el protagonismo político de los pueblos, en realidad, lejos de garantizar continuidades, anuncian el cortoplacismo del camino emprendido.

La sostenibilidad de los procesos de revoluciones democráticas populares está directamente interarticulada con la participación popular en la toma de decisiones políticas, sociales, económicas, culturales. Nadie reniega de lo que construye voluntaria y conscientemente; nadie se deja engañar por mentiras acerca de realidades en las que es protagonista.

Por eso, aunque los liderazgos son importantes, no es en ellos que descansa el presente y futuro de los procesos populares que embanderan los gobiernos populares o progresistas; en los pueblos constituidos permanentemente en sujeto colectivo articulado, radica el respaldo espiritual y material de los cambios, la avanzada presente del futuro que ellos van creando, construyendo, sosteniendo y profundizando.

Pueblos sin autonomía y auto-convencimiento poco pueden hacer para sostener y /o profundizar procesos que en realidad no sienten como propios. Por ese camino, el distanciamiento de los mismos anidará silenciosamente entre las filas populares, transformará a los otrora protagonistas en espectadores y abrirá cauces a previsibles derrotas. Esto no es: "Sí o no"; hay muchos matices. En no pocas coyunturas se ha visto que los pueblos y sus organizaciones concentran mayor madurez y responsabilidad que sus dirigentes y si bien no logran a veces evitar el desenlace negativo, con su presencia protagónica en las calles lo aminoran conside-

rablemente. Los líderes son importantes y en algunas coyunturas decisivos, pero nunca para sustituir la participación protagónica de los pueblos, sino para desencadenarla y potenciarla.

Hugo Chávez, ejemplo de líder carismático y gran creador y conductor del proceso revolucionario bolivariano de Venezuela, no centró el proceso revolucionario en su persona. Tenía claro que el pueblo autoconstituido en sujeto revolucionario es el protagonista creador, constructor y sostén del poder popular de nuevo tipo que germina desde abajo en los consejos comunales y en las comunas. En ellos la revolución bolivariana abre cauces hacia la creación de una nueva civilización, al orientarse -vía empoderamiento colectivo- hacia la construcción del Estado comunal. Tan claro lo tenía que su lema fue (y es) “comuna o nada”.

¿Mandar obedeciendo?

En el terreno político está claro que *saber es poder*. Los pueblos avanzan según toman conciencia del fracaso o celebran el triunfo, y ello depende -reitero- de su participación en la toma de decisiones; cuando fracasan sin conciencia de lo que estaban haciendo, la frustración es profunda.

En tanto el saber procedente de técnicos y expertos es restringido, reducido a élites y minorías, su poder también es escaso y reducido, acotado a cargos y funciones, a lo que se denomina comúnmente “trabajo profesional”. Por ello, sin negar el valor del trabajo de expertos y asesores, los resultados y las propuestas de sus estudios necesitan siempre ser reevaluadas (cuando no construidas) con el pueblo, con los movimientos indígenas, sindicales y sociales, con el campo popular todo. Solo en un proceso articulado, conjunto, es posible transformar las propuestas de funcionarios, especialistas o técnicos en decisión política revolucionaria de gobierno y pueblo. En procesos político-revolucionarios como los que se disputan en Bolivia, Venezuela, Ecuador..., la administración pública -que es la administración de lo público-

no puede quedar atrapada en los papeles de los escritorios de los funcionarios; es tema y tarea de la militancia socio-política de los pueblos en las calles de las ciudades, en los campos, en las minas...

Los que tienen la responsabilidad de gobernar tienen la prerrogativa de proponer cambios y la obligación de que sus propuestas tengan fundamentos sólidos. Esto no está puesto en discusión. Pero la otra pata del proceso, la fundamental, la que le da sentido y proyección revolucionaria, consiste en lo siguiente: para que el *saber* producido arriba sea a la vez *poder* abajo, tiene que construirse *con los de abajo* y constituirse en *saber/poder de pueblo*. Esa es la tarea política por excelencia de quienes tienen responsabilidades de gobierno para hacer de este un vehículo capaz de estimular y potenciar procesos revolucionarios. Son los pueblos organizados e interarticulados en su diversidad de identidades, nacionalidades y culturas, quienes tienen el poder de cambiar la historia y construirla a la imagen y semejanza de sus anhelos de justicia, de paz, y equidad en la convivencia humana y con la naturaleza.

Reflexionando, precisamente, acerca de las enseñanzas de las experiencias de las revoluciones sociales del siglo XX, teniendo siempre como brújula que el problema principal de la revolución es la liberación humana de las cadenas económicas, políticas, culturales, subjetivas, espirituales del capital encaminándose a la creación y construcción de una nueva civilización, resulta indudable que la transformación de la sociedad nunca será posible si esa liberación (lo nuevo) no comienza a construirse desde y por los propios sujetos (enajenados) con la voluntad y los deseos necesarios para forjar en ellos la determinación a salir del campo magnético del mercado y la competencia individual, y emprender el camino hacia la superación de su estado de sujeción al mercado (objetos de consumo).

El nuevo mundo, la nueva civilización late en los procesos de desenajenación que los sujetos libran desde la raíz en sus modos

de vida, labor que comienza en el seno de las sociedades capitalistas en el presente, en las resistencias, las luchas y las construcciones cotidianas en los diversos ámbitos de la vida social, laboral, política, familiar, en lo colectivo e individual.

NUDO TEMÁTICO 4:

Salir del cerco ideológico, político, cultural y mediático del poder hegemónico

Articular los cambios con procesos de descolonización e interculturalidad

La recuperación-transformación del Estado en su apertura a la participación de los pueblos, reconociendo la diversidad de sus identidades sociales, culturales, de sus cosmovisiones, saberes, sabidurías y modos de vida diversos... es parte de un interarticulado proceso de profundización democrática intercultural que configura procesos de descolonización en los que se proyectan y profundizan los horizontes estratégicos de los gobiernos populares con afán revolucionario. Esto se relaciona directamente con la definición de los perfiles sociopolíticos de lo que hoy podría entenderse como *procesos de transición* hacia una nueva civilización, superadora del capitalismo. Y tiene como elemento constitutivo central a la participación popular. En ella radicó la posibilidad de conformación de los gobiernos populares de la región y radica hoy su sostenibilidad y continuidad.

En tiempos de disputa de poder como ocurre hoy en Bolivia, Ecuador, Venezuela... florecen las luchas de pueblos y comunidades indígenas, de campesinos/as y diversos sectores sociales por

participar plenamente de la democracia, ampliándola, es decir, luchando por extender *la igualdad y la libertad* a sus relaciones sociales, económicas, culturales y políticas. Esto es parte de las luchas políticas y culturales de los pueblos encaminadas a la **transformación raizal de la democracia**, rompiendo el paradigma neoliberal que considera a la democracia (y al Estado) como un terreno carente de conflictos, un *ámbito neutral* de competencia de intereses.

Poniendo fin a las relaciones de poder instauradas por la democracia excluyente y elitista del capital, los pueblos vienen construyendo desde abajo otra democracia, un nuevo poder (popular), un *nuevo Estado* para el *Buen Vivir y Convivir*, otra hegemonía: la de los pueblos. La misión de los gobernantes, en este sentido, no consiste en convocar a escuchar, sino en generar ámbitos donde los diversos actores puedan crear, proponer, decidir y ser parte del proceso de realización, reapropiándose críticamente de sus experiencias en un proceso dinámico que contribuirá al empoderamiento colectivo.¹

Es aquí donde la *eficacia*, la *participación* y la *democracia* se entroncan con la *descolonización* y la *interculturalidad* en una interrelación compleja y perfilan los actuales procesos políticos que tienen lugar en tierras latinoamericanas, que pueden considerarse como parte de una larga *transición* hacia el nuevo mundo. En ellos destaca el protagonismo de sectores históricamente discriminados y marginados, hoy (auto)reivindicados como ciudadanos de pleno derecho.

¹ La ausencia de estos espacios colectivos de reflexión aunada al debilitamiento o inexistencia de labor política del MAS en aras de encontrar los nuevos ejes o factores que posibilitan la rearticulación del sujeto político colectivo en el nuevo tiempo, termina replegando a los actores otrora constituyentes de ese sujeto hacia posiciones sectoriales corporativas. Un claro ejemplo de ello fue el levantamiento de los mineros cooperativas de Bolivia, en agosto pasado. Manipulación política aparte, este aberrante hecho desnuda también el peor horizonte del corporativismo y, en tal sentido, es un llamado de atención y un recordatorio de que la labor política y la reconstitución del sujeto es permanente.

Desaprender: Poner en cuestión saberes y poderes dados

Interculturalidad y *descolonización* interactúan en varias dimensiones: Llamam a dejar atrás el eurocentrismo negador de los pueblos indígenas, afrodescendientes, mestizos; a dejar atrás todo tipo de discriminación; a pensarse todos y todas como sujetos-ciudadanos con plenos derechos y capacidades. Llamam también a abrir espacios políticos a las mujeres con sus pensamientos despatriarcalizadores y a promover la participación plena de todos/as los marginados/as o excluidos/as acorde con sus experiencias, sus capacidades, sus identidades culturales, sexuales, etc. En resumen, llaman a abrir el ámbito de “lo político” al terreno *intercultural* para reconfigurarlo desde este lugar, imprimiendo una visión que –aunque colectiva- dé cuenta de los disímiles intereses de los diversos actores y sectores que conforman el llamado “campo popular”, que abra espacios para su expresión y articulación (multiidentitaria, multiorganizacional, multicosmovisiva, multipositiva...).

Esto supone hacerse cargo también de las diferencias y pugnas de poder que tienen y tendrán lugar entre los diversos sectores y actores del campo popular, en proceso de debate, ruptura y superación de la hegemonía de la colonización.

Teniendo en cuenta que -genocidio mediante-, la conquista y colonización de América implantó el capitalismo en estas tierras, los actuales procesos de descolonización comprenden el período histórico desde tiempos de la llegada del capitalismo a nuestras tierras, como así también todo lo referente a la liberación del jugo del capital en lo económico-social y cultural, en el modo de vida, de percepción, de conocimiento, de interrelacionamiento humano y con la naturaleza. Por ello, interculturalidad y descolonización constituyen pilares claves promotores de la nueva civilización, anclados en la equidad, la solidaridad y la búsqueda de armonía en la convivencia humana y con la naturaleza y, todo ello, sustentado en un nuevo modo de producción y reproducción social, cuyo ciclo garantice la reproducción de la vida humana y de la naturaleza.

Aprender de las prácticas emancipatorias de los pueblos

El aprendizaje -como la enseñanza- comienza en las prácticas cotidianas. Educar en lo nuevo comienza por desarrollar nuevas prácticas, dando el ejemplo, un componente *pedagógico clave* y vital de las revoluciones.

Son las *pedagogías de la esperanza*. Aquellas con que los sujetos oprimidos transforman día a día sus realidades de exclusión y discriminación, abonando al proceso colectivo de construcción de los intersticios interculturales claves para transformar la sociedad actual, creando y adelantando en sus prácticas elementos de la nueva civilización, fortaleciendo lazos solidarios, relaciones de equidad entre etnias, géneros y clases diversos en búsqueda de su equiparación en el único calificativo universalmente pleno: el “género humano”.

Pedagogías de la esperanza son todas aquellas que alimentan y cultivan la conciencia y creatividad colectivas, las que se construyen y fortalecen a partir de la confianza en la vitalidad epistemológica, política y cultural de los pueblos, con voluntad y fe en que es posible cambiar el mundo abriéndolo a la justicia, la equidad, la convivencia solidaria en diversidad, la complementariedad, la armonía, la paz y la felicidad.

Lo central, el nudo gordiano de la nueva civilización y la vitalidad y proyección estratégica que puedan alcanzar las luchas y creaciones colectivas en el presente, reside en los hombres y las mujeres del pueblo. Ellos resisten los embates del capital y van creando lo nuevo. Y haciendo realidad los cambios se autoconstituyen *sujetos de su historia*.

Por una nueva mentalidad, un cambio cultural, epistemológico y político

La construcción de un nuevo mundo implica **crear** colectivamente una **nueva racionalidad** del metabolismo social. En tanto se trata de procesos inéditos, la *participación* de los actores sociales resulta –una vez más– entre las claves sociopolíticas y culturales fundamentales.

La creación cotidiana de los pueblos es clave. Por ello, entre las labores revolucionarias de intelectuales “orgánicos” comprometidos, está la recuperación crítica de las experiencias concretas de los movimientos indígenas, de trabajadores, de mujeres, de pobladores, de los sin tierra, etc., para reflexionar –en conjunto-, acerca de las enseñanzas de lo que colectivamente van creando y construyendo.

En revolución, los pueblos construyen su presente y su futuro cotidianamente, la democracia del pan, de la vivienda, del trabajo, de la educación y la cultura, de la igualdad, de la justicia, de la solidaridad y el reencuentro con la naturaleza, en resumen, del *Buen Vivir*; ello es fuente fundamental de vida y pensamiento. Un punto de partida (y llegada) indispensable.

La recuperación y sistematización de las experiencias locales de los pueblos, donde germina lo nuevo -aunque fragmentado o balbuceante-, es labor importantísima, parte del laboratorio del futuro. Para ello resulta fundamental la investigación acción participativa articulada con procesos de educación popular.

Esto habla de la importancia actual que reviste para las ciencias sociales romper con la tradicional mirada “cientista-objetivista” acerca de los estudios sociales, sus dinámicas y problemáticas. Se trata, en síntesis, de asumir el camino de la *ruptura epistemológica* con el viejo “saber hacer” y “saber pensar”, para reconstruir una nueva epistemología, desde los pueblos, con los pueblos, construyendo integral e interculturalmente nuevos saberes (colectivos) con los sujetos.

Integrar estas diversas aristas a la batalla ideológica y cultural por una hegemonía popular

Combinar la labor político-ideológica con el quehacer territorial comunitario es fundamental. Ello posibilita desarrollar formas, modalidades y vías diversas de comunicación efectiva de lo que los pueblos van creando, fortaleciendo la confianza en que se puede vivir de otro modo, que es posible cambiar el actual estado

de sometimiento de los/as trabajadores/as a la lógica destructiva del capital, evidenciándolo en logros y éxitos. Esto defenderá también la autoestima de los pueblos, históricamente sometidos, excluidos y denigrados por los poderosos, culpabilizados por su situación de pobreza, analfabetismo y salud precaria.

Puede parecer tal vez a algunos que esto es un tema secundario. Pero si así fuera, el poder no emplearía tantos recursos y empeños –como lo hace-, para mantener y profundizar el aplastamiento cultural y moral de los pueblos. No hay mayor fuerza que la de las ideas. Lo saben, por eso apuntan su artillería mediática y cultural a destruirlas. Un pueblo desarmado, atomizado y entregado es un pueblo sin ideales. Y por eso es importante tener presente la sabia sentencia de José Martí, cuando señaló (y orientó) a sus a sus compatriotas: “De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace: ganémosla a pensamiento.” [1895]

Disputar la subjetividad

En el debate político acerca de las alternativas de nuestra época, la disputa de la *subjetividad* es clave. Si no se construyen subjetividades ajenas a la hegemonía destructiva del mercado, es decir, subjetividades alterhegemónicas, no habrá posibilidades de salir de las garras de muerte del mercado del capital.

En el ámbito de la subjetividad está la conciencia. La conciencia no es solamente lo consciente racional, es todo lo que hace que uno tenga una determinada concepción del mundo y de su lugar en el mundo. Por eso abocarse a cambiar la *subjetividad* construida por el mercado capitalista no es “perder el tiempo” con necedades, ni confundir (nuevamente) subjetividad con “lo subjetivo”.

El debate de la subjetividad es ante todo la pelea contra la *cosificación* y *vendibilidad* de los sujetos, dando la batalla ideológica y cultural para que los sectores populares descubran en sus realidades, en sus modos de vida, cómo el capital los va transformado

cada vez más en objetos que viven para el mercado, convencién-dolos de que la felicidad radica en el consumo.

En este sentido hay que volver a discutir los caminos y contenidos de la revolución, la re-construcción del sujeto, la construcción del poder popular en pos de la liberación.

La extensión universal de la *vendibilidad*, o sea, la transformación de todas las cosas (y seres humanos) en mercancías, implica la *cosificación* de las relaciones humanas. Por eso, según Marx, el mercado cosifica en relaciones mercantiles lo que ha construido a partir de las relaciones humanas enajenadas y cosificadas. La fragmentación del cuerpo social en individuos aislados que persiguen objetivos particulares entregados por la servidumbre de la necesidad egoísta, hace una virtud de ese egoísmo en el culto de la vida privada (egoísta).

De ahí se deduce que si alguien trata de liberarse solamente de una cara de la oposición, su solución resultará ficticia y enajenada. Y esto, por supuesto, se aplica a ambas caras tomadas separadamente. La simple abolición de lo ‘privado’ es tan artificial y enajenada como la ‘fragmentación’, ‘atomización’, ‘privatización’ de lo ‘público’. La absolutización de cualquiera de los dos lados significa o que el hombre está privado de su *individualidad* y convertido en un productor público abstracto, o que, privado de su *sociabilidad*, se transforma en un ‘consumidor privado’ igualmente abstracto. Ambos son ‘hombres mercancía’, con la diferencia de que mientras uno define su propia esencia como ‘productor de mercancías’, el otro encuentra su autoconfirmación en ser un ‘consumidor de mercancías’ autocontenido. [Mészáros, 1978: 172-173]

La *vendibilidad* en realidad lo que esta expresado es cómo se produce la enajenación en el capitalismo, cómo se produce la transformación de los sujetos en objetos, como se produce el acto de *cosificación*, la conversión de los seres humanos en *cosas para*

el mercado y del mercado. Porque el mercado, en tanto y en cuanto decide quien puede comer y quien no, se transforma en el determinante de la vida. Ese ha sido su objetivo, ese ha sido su logro, la clave de su hegemonía. Y hasta ahí hay que llegar en la analítica crítica en búsqueda de caminos para la superación de la enajenación.

En tal sentido, el concepto *vendibilidad* resulta insoslayable para comprender el mundo en su integralidad objetivo-subjetiva; un planteamiento dialéctico materialista fundamental que ha sido prácticamente ocultado o negado por el dogmatismo marxista mecanicista que, incapaz de aprehender la naturaleza dialéctica del movimiento social, pretendió ser “científico” separando lo objetivo de lo subjetivo. Así, su “ciencia social” construyó realidades enfrentadas: una “realidad objetiva”, y una “realidad subjetiva”, como si fueran mundos diferentes, paralelos. En virtud de ello consideró -y aun considera-, que en la sociedad existen –separadamente-, “condiciones objetivas”, y “condiciones subjetivas”.

Existe una abrumadora literatura marxista del siglo XX, donde pueden leerse tesis acerca de la existencia de “condiciones objetivas maduras” enfrentadas a “condiciones subjetivas inmaduras” o rezagadas a las que, para resumir, se identificó como “factor subjetivo” o el estado de la “conciencia” social. El peor desenlace de ese presupuesto marxista-kantiano, ocurrió cuando las auto-proclamadas vanguardias políticas consideraron que ellas eran las únicas que tenían conciencia plena (verdadera) de las condiciones objetivas, diferenciándose (y separándose) de los trabajadores y el pueblo todo, a quienes consideraron “enajenados” por el capitalismo y, por tanto, “retrasados” en el desarrollo de su conciencia.

En una nueva oleada de acumulación política, el presente se perfila como un tiempo de búsqueda, creación y alumbramiento de lo nuevo. El cambio cultural (social, económico, político) está en marcha –aun con su contramarchas-, anclado en el protagonismo de sectores históricamente discriminados y marginados, actualmente (auto)reivindicados como ciudadanos de pleno

derecho dispuestos a no ahogar su subjetividad en el mercado y apostar a la vida plena con felicidad. En esta búsqueda, los sujetos sociopolíticos de los procesos revolucionarios en curso, interdefinen claramente como parte de sus tareas:

- Desplegar la *batalla político cultural* en todos los terrenos y dimensiones, atendiendo también a las redes sociales.
- Hacer de las prácticas cotidianas el primer frente de la batalla cultural e ideológica, es decir, desarrollar la *pedagogía de las prácticas*.
- Atender al desarrollo de la *subjetividad y espiritualidad* de los pueblos potenciando sus identidades, culturas, cosmovisiones...
- Desplegar sostenidamente procesos interactivos de *formación política*.
- Abrir cauces a un nuevo *pensamiento crítico* latinoamericano, descolonizado, intercultural y multicosmovisivo, plurívoco, anclado a las prácticas de los pueblos.
- Promover procesos articulados de *descolonización, interculturalidad y despatriarcalización* en la construcción del *poder popular* desde abajo.
- Estar atentos a *construir*, actualizar, promover, fortalecer, en todo momento, *las mayorías populares* que impulsarán y sostendrán los procesos de cambio.
- Desarrollar un nuevo tipo de *intelectual orgánico*, que se integre y descubra, promueva y potencie el pensamiento de los pueblos en toda su diversidad, amplitud y riqueza.

NUDO TEMÁTICO 5:

Apostar a la creación de una nueva izquierda política, social y cultural

Una nueva izquierda emerge entre los sujetos de las luchas sociales populares y sus modalidades de organización, representación y acción políticas

Los sujetos son el eje de todos los procesos, propuestas y proyectos sociales y sociotransformadoras; del modelo de Estado, del modelo de país, de la base constitucional, del derecho, de la economía, de los partidos y, particularmente, en el caso de los sujetos del campo popular, de los partidos de izquierda. Con su organización y participación protagónica en las definiciones de los procesos sociales, marcan el curso, la intensidad de los acontecimientos y su proyección coyuntural-estratégica. Ejemplo: Las luchas piqueteras, en Argentina; el levantamiento zapatista, en México; las llamadas “guerras del agua y del gas”, en Bolivia; el levantamiento indígena, en Ecuador; las luchas de los Sin Tierra, en Brasil... Evidentemente, esos actores sociales y sus luchas, tanto en sus contenidos puntuales como en su cuestionamiento raizal al poder constituido, fueron mucho más allá del esquema del pensamiento político tradicional de las izquierdas que consideraba (y en cierta medida aun considera) a las luchas sociales como un

ámbito donde “las masas populares” materializan ideas de cambio, pero no las generan.

Repensar acerca de la organización política reclama, tanto esclarecer quiénes son los sujetos del cambio a los que responderá y representará, como también cuestionar y cambiar el contenido y los modos de representación y acción políticas. El círculo cerrado del *grupo de sabios* debe romperse.

Es necesario un sacudón raizal en las filas de la izquierda existente; alumbrarse con las nuevas luces de la que va naciendo.

Este es el tiempo de una nueva izquierda, la izquierda de la diversidad: indígena, popular, feminista, intercultural, descolonizada...

El *grito de los oprimidos* es también un llamado a crear y construir un nuevo tipo de organización política (o partido) de izquierda, capaz de ser un instrumento de los pueblos para promover y organizar su protagonismo en la escena política, abriendo cauces a la maduración política de quienes con sus luchas sociales construyen las condiciones políticas para el cambio social democrático-revolucionario y, en ese proceso, van convirtiéndose en actores sociopolíticos plenos (sujetos políticos).

Varias interrogantes rondan esta reflexión: Los partidos políticos de izquierda, hoy, ¿a quién representan?, ¿cómo?, ¿para qué?, ¿por qué de un modo y no de otro? Las respuestas, por muy variadas que sean, necesitan contemplar –entre otros-, los siguientes factores:

Identificar a los sujetos concretos:

--El paradigma de la clase obrera como sinónimo de *sujeto histórico*, en Latinoamérica, se ha desmoronado. Por razones históricas: de negación de las naciones y pueblos indígenas originarios; por la yuxtaposición de diversos modos de producción; por la dependencia; y por b/las nuevas fracturas en tiempos neoliberales, la cual suma nuevas complejidades al concepto “clase obrera” *stricto sensu*.¹

¹ Vale tener presente que: “Las clases sociales del capitalismo (y no en todos los “modos de producción” como se dice en la obra fundamental de los marxismos de

¿Esto indica que *el sujeto* ha desaparecido como afirmaron los posmodernistas? No; en primer término porque *el sujeto* tal y como lo proclamó (teóricamente) la izquierda, nunca existió realmente; en segundo porque las actuales resistencias, luchas, organizaciones y propuestas dejan clara constancia de una diversidad de sujetos sociales y políticos. Se hace cada vez evidente que no se trata de un solo sujeto ni de una sola clase; el *sujeto histórico* se ha diversificado. O mejor dicho, acá, en Latinoamérica, existió siempre en diversidad, antes negada y actualmente llamada a ser reconocida.

Nuestras sociedades complejas desafían nuestra creatividad y, toreando el pensamiento eurocéntrico, llaman a analizar la problemática del sujeto (de los actores-sujetos) dando cuenta —además de nuestra diversidad étnica, socioeconómica y cultural—, de la actual fragmentación social existente.

En ese sentido, está claro que en los debates actuales acerca del sujeto de la transformación social no basta con buscar y encontrar pistas tendentes a subsanar la fractura entre clase obrera y partido de la clase; no basta con proponerse la rearticulación del “brazo industrial” con el “brazo político”. En Latinoamérica los partidos “de la clase” no solo nacieron separados de “la clase”, sino también del pueblo indio, negro, mulato, mestizo, criollo, oprimido, explotado y marginado, todos ellos sujetos potenciales de las transformaciones sociales raizales de las sociedades latinoamericanas. En tal sentido, el desafío actual pasa por eliminar la fractura parti-

la II y III internacionales) no se definen solo por las relaciones de producción (y de repartición de la plusvalía). El capitalismo se basa en la enajenación económica dice Marx (en mi lectura), por oposición a las sociedades anteriores que analizo como basadas en otras formas de aversión (metafísica en mis proposiciones a ese respecto). El trabajo enajenado constituye un elemento no menos fundamental que su aprovechamiento en el análisis del mundo moderno. Dejar atrás el capitalismo es entonces no solo “corregir la repartición del valor” (lo que no produce más que una quimera de “capitalismo son capitalistas”), sino también liberar a la humanidad de la enajenación económica.” Amín, Samir, *Op. Cit.*, pp. 58-59.

do-clase, anudada simultáneamente a la superación de la fractura histórica entre partido-clase-pueblo(s). Ellos se articulan a partir de dos factores fundamentales a tener en cuenta:

- Uno, por la transformación-ampliación del proletariado, que hoy más que nunca antes trasciende las fronteras de la clase obrera industrial.
- En segundo lugar, esto se relaciona de modo directo con las problemáticas y tareas que ese sujeto en proceso de constitución tiene que enfrentar, que lo lleva a tomar conciencia de la necesidad de cambiar integralmente la realidad en la que vive, y a proponer nuevas bases sobre las cuales va a reorganizar la sociedad en la que desea vivir.

Construir en cada momento las articulaciones y convergencias que contribuyan a la formación del sujeto popular colectivo

La diversidad y pluralidad de los actores sociopolíticos, potenciales sujetos del cambio, habla también de su fragmentación. Y ello plantea una nueva y clave tarea política estratégica: promover la articulación de los actores-sujetos populares en aras de su constitución en *sujeto popular colectivo*, tarea que no puede digitalarse ni realizarse desde afuera de los propios sujetos y sus dinámicas de interacción.

Estrictamente hablando, ninguno de los actores sociales o políticos, aisladamente, puede constituirse en sujeto (único) de la transformación del todo social. Ello reclama la articulación de los diversos actores comprometidos en ella (además de las articulaciones que tienen lugar al interior de cada sector social o movimiento); es, por tanto, plural y múltiple. Esto replantea también los criterios tradicionales en cuanto a su organización interna y reclama el desarrollo de nuevas relaciones entre sus miembros: no jerárquico-subordinantes sino horizontales²; exige el respeto

² En este empeño, romper con las interrelaciones jerárquicas y subordinantes entre los actores del campo popular, y avanzar hacia relaciones horizontales es medular.

a las diferencias y, todo esto, la profundización de la democracia sobre la base del protagonismo y participación plena de cada uno. Por ello, lejos de aceptar el divorcio entre lo social y lo político, su configuración afirma su indisoluble nexo, constituyéndose los actores populares en sujeto sociopolítico colectivo.

Cuando se habla de *sujeto popular colectivo* se alude a un sujeto sociopolítico múltiple y diverso, unificado a través de un proceso de articulación (y rearticulación) orgánica que potencia el proceso de constitución de los actores sociopolíticos del campo popular en sujeto colectivo y da cuenta, precisamente, de esa su condición plural (interarticulado).³ Esta es una condición cambiante según los momentos sociales concretos (coyunturas) y las tareas que imponen. Ellas pueden acercar o separar a los actores sujetos, desarmar anteriores convergencias y proponer nuevas. Construirlo reclama, en primer lugar, tomar conciencia de que la constitución del sujeto colectivo es dinámica y cambiante; no se logra de “una vez para siempre”. Y, en segundo lugar, convergentemente con lo expresado, atender permanentemente a los nuevos problemas y sus nexos sociales; en ellos están las bases para nuevas articulaciones acordes con las nuevas condiciones de los tiempos políticos, a partir de las cuales promover las convergencias políticas y construir las subjetividades colectivas que la sustenten.

No se trata de una forma organizativa de las organizaciones sociales o políticas. La *horizontalidad* propone una *lógica diferente* de estructuración e interrelacionamiento social, grupal e individual; nuevas modalidades y nuevos parámetros de reconocimiento de igualdad de derechos y capacidades, abriendo puertas a la aceptación de modos de vidas diversos, de todos los ciudadanos y ciudadanas del planeta. Se trata de una concepción del mundo o cosmovisión de solidaridad y paridad (*horizontal*) entre los seres humanos en interdependencia, interpertinencia e indisolubilidad de lazos con la naturaleza.

³ Para ampliar este tema puede consultarse mi libro *Movimientos sociales y representación política. Articulaciones*, de libre acceso en la Web.

Esto habla también del carácter doblemente heterogéneo del sujeto popular colectivo. Por un lado, en lo que hace a su constitución, sobre la base de la articulación de diferentes actores, clases, sectores sociales; y por otro, porque esa articulación ocurre también —y se asienta— al interior de cada uno de los fragmentos, sectores, clases, etcétera, tal como he explicado, por ejemplo, en el caso de la clase obrera. Esta heterogeneidad no es un fenómeno cuantitativo y formal, al contrario, expresa condensadamente las huellas de la crisis en las subjetividades de cada cual, en sus identidades, llamadas también a ser articuladas. Y esto habla de respeto a las diferencias y de la democracia entendida como pluralidad y —sobre esa base— participación.

Convergentemente con ello, el concepto *sujeto* hace referencia también a lo fundamental, a lo clave, a lo realmente condicionante y decisivo de todo posible proceso de transformación: se refiere a los hombres y mujeres que viven en el pueblo —en sus diferentes micromedios, grupos sociales y contextos—, y sienten la ausencia de la que habla Hinkelammert [2002]; con su participación cuestionadora y enfrentamiento protagónico al sistema decidirán (irán decidiendo) cuáles cambios habrán de hacer, y los llevarán a cabo sobre la base de su voluntad y determinación de participar en el proceso. Ellos intervienen a partir de sus conocimientos y experiencias históricas en igualdad de derechos de participación, de un modo en el que “lo espontáneo” es apenas una magnitud relativa. Y esto será así, en la medida en que sean ellos quienes identifiquen a la transformación como un proceso necesario para sus vidas y —sobre esa base— se decidan a realizarla (decidiéndose a su vez —aunque no se lo propongan así— a constituirse en sujetos).

“En esta perspectiva la liberación llega a ser la recuperación del ser humano como sujeto.” [Hinkelammert, 2002: 348] Y esto implica participar en la definición del rumbo y el alcance de esas transformaciones, y también de las vías y caminos de acercamiento a los objetivos, en la medida en que los sujetos protagonistas

vayan construyendo las soluciones, construyendo y acumulando poder, y organización colectiva capaz de conducir al conjunto a la vez que construyen el proyecto y se autoconstituyen⁴ en sujetos.⁵

⁴ Que no significa que se alcance espontáneamente, es decir, sin mediar procesos de formación y reflexión colectivas impulsados por los propios actores-sujetos, anudados al propio proceso transformador que deviene, en este sentido, un proceso pedagógico político colectivo

⁵ Esta dimensión ha estado presente entre nosotros en la historia. Para recordar una mirada reciente, recuerdo estas palabras de Fidel Castro: “Nosotros llamamos pueblo si de lucha se trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su patria en busca de sustento; a los quinientos mil obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debiera mover más a compasión si no hubiera tantos corazones de piedra; a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrón a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los cien mil agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya, contemplándola siempre tristemente como Moisés a la tierra prometida, para morir sin llegar a poseerla, que tienen que pagar por sus parcelas como siervos feudales una parte de sus productos, que no pueden amarla, ni mejorarla, ni embellecerla, plantar un cedro o un naranjo porque ignoran el día que vendrá un alguacil con la guardia rural a decirles que tienen que irse; a los treinta mil maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones y que tan mal se les trata y se les paga; a los veinte mil pequeños comerciantes abrumados de deudas, arruinados por la crisis y rematados por una plaga de funcionarios filibusteros y venales, a los diez mil profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etcétera, que salen de las aulas con sus títulos deseosos de lucha y llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida, cerradas todas las puertas, sordas al clamor y a la súplica. ¡Ese es el pueblo, el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo el coraje! A ese pueblo, cuyos caminos de angustias están empedrados de engaños y falsas promesas, no le íbamos a decir: «te vamos a dar, sino: ¡aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad!»” [Tomado de versión digital en la página: www.geocities.com/escuelapca/cursoverano2001]

Construir la conducción política colectiva

--Salir del esquema binario: partidos de izquierda o movimientos sociales (y viceversa).

Los movimientos sociales emergieron y se consolidaron en las luchas por sus reivindicaciones, en defensa de la vida de sus protagonistas y, a partir de allí, crecieron en su comprensión de la sociedad, del poder y del mundo, insertando en ello su problemática sectorial. La conciencia política germinó desde abajo y se multiplicó en millones. En las luchas sociales, en la organización y colectivización de lo que aparecía inicialmente como un problema individual o sectorial, se desarrollaron procesos de profundización de la *conciencia en sí a conciencia para sí*, o toma de conciencia política. En corto plazo, en los fragores de las contiendas, los actores sociales populares fueron madurando políticamente y convirtiéndose en actores sociopolíticos. Y no pueden ser omitidos ni rechazados como tales a la hora de pensar el quehacer político en cada país; no por un acto de justicia –que lo sería-, sino porque ellos son parte constitutiva del sujeto social y político del cambio civilizatorio. Toda pretensión de relegarlos o subordinarlos a aparatos partidarios, implica su negación.

Este es un campo todavía invadido por dinámicas difusas entre viejos y nuevos paradigmas que, en algunos círculos intelectuales de las izquierdas partidarias, alimentan temores a perder “el control” del quehacer sociopolítico, mimetizados tras una supuesta firmeza acerca de la importancia de contar con una conducción política. Esta, obviamente, es indispensable. Pero, ¿qué significa “conducir” políticamente?, ¿Qué significa tener una “conducción política”?, ¿acaso es sinónimo de partido político a la vieja usanza de los partidos de vanguardia?

Los partidos de izquierda, cualquiera fueran las razones, en gran medida vieron a los movimientos sociales como competidores, tal vez influenciados por la propaganda *posmo*, pero lo cierto es que terminaron trasladando hacia adentro del campo popular

la contradicciones y fragmentaciones generadas por el sistema incluyendo no pocas veces el personalismo egoísta, en vez de reconocer el grandioso aporte político de los movimientos sociales y buscar –de conjunto- nuevas modalidades de articulación.

Hay indudablemente aún muchos elementos por incorporar al debate, pero lo que está claro es que los movimientos sociales populares no son ni nunca se proyectaron como la alternativa a los partidos políticos de izquierda. No hay que confundir lo que algunos periodistas o pensadores pretendieron hacer de los movimientos sociales, con lo que ellos realmente son.

En defensiva, en las filas de los movimientos sociales también germinaron tendencias que podrían considerarse como “antipartidos”. No es casualidad que el FSM fuera tajantemente excluyente de los partidos de izquierda y sus líderes. Según los argumentos esgrimidos entonces por la coordinación del FSM, no había otro camino si los movimientos sociales querían tener visibilidad, reconocerse y articularse entre ellos, retroalimentarse, fortalecerse... Era eso o quedar invisibilizados y ahogados tras toneladas de horas de discursos políticos acerca del *deber ser*... negando al *ser*.

No vale acusación alguna de sectorialidad o fragmentación a los movimientos sociales, ni al contenido reivindicativo de sus luchas. *La revolución es una reivindicación* de vida, así que es bueno abandonar de una vez por todas las anteojeras del *pensamiento binario* (reivindicativo o político, movimiento o partido...) y retomar la visión integral (articuladora) de la sociedad, sus problemáticas, sus luchas y sus actores protagonistas.

Hoy la fragmentación social es generalizada: en sectores, movimientos sociales, partidos... La tarea política por excelencia es la *articulación*: de sectores, actores, movimientos sociales, partidos... en aras de construir no solo el sujeto colectivo y plural de los cambios, sino –simultáneamente- la conducción política de los procesos socio-transformadores en cada momento. Y ello reclama pensar organizaciones abiertas, que planteen interacciones e interrelaciones horizontales (sin subordinaciones jerárquicas)

entre sujetos diversos, que respeten y consideren validos saberes diferentes, cosmovisiones, experiencias, identidades... y se propongan también interarticularlos en la definición colectiva del futuro en el presente.

La conducción política es sociopolítica

Partidos políticos de izquierda, sin sujeto real, resultan *vanguardias sin base*... Emplearán todas sus energías en legitimarse como partidos de izquierda y no se plantearán siquiera entre sus quehaceres contribuir a la construcción de una fuerza político social de liberación, base para la articulación de una conducción política colectiva del proceso de cambio.

Este debate lo ha colocado la propia vida; no busca poner en entredicho a organizaciones ni mucho menos a personas. Está claro el importante papel histórico que han tenido y tienen los partidos de izquierda en el continente, su pasado y su presente; su perseverancia en la búsqueda de un mundo socialmente justo y equitativo; se trata de poner en debate viejas y nuevas concepciones políticas; así lo demandan las luchas sociales, los procesos populares en curso... y así hay que enfocarlo.

El Foro de Sao Paulo, por ejemplo, que respondió a una realidad continental y mundial en el momento de su creación, requiere –a partir de los grandes cambios ocurridos en este continente-, refundarse, constituirse en Foro Político-social de las luchas y los procesos políticos populares que impulsan cambios raizales en el continente. Últimamente se ha instalado el “capítulo” de los movimientos sociales, pero el debate vivo que tiene lugar en las sociedades va más allá, se refiere a la estructura, contenido y proyecciones sociopolíticas de los procesos. Y ello reclama articulaciones sociopolíticas que van más allá de un “capítulo”, que no fragmenten las reflexiones por sectores, sino que, organizando reflexiones temáticas intersectoriales, incorpore plenamente a los movimientos sociales de la construcción del pensamiento político y las definiciones coyunturales-estratégicas para el cambio.

Atender a las nuevas problemáticas globales que hacen a la supervivencia de la humanidad

Los procesos actuales de resistencia y lucha populares se centran en la defensa de la vida que —en este momento, en este continente—, significa defensa de la tierra, del agua, de los bosques, de las fuentes de carbón, de petróleo, y del aire mismo, y todo esto presupone la defensa-recuperación de la soberanía de la nación y de la nación misma (en el grado y realidad en que estas hayan existido), reinventándola simultáneamente. Tareas del pueblo todo y de la clase, en tanto ello solo será posible de alcanzar y afianzar con la eliminación de la lógica de la reproducción ampliada del capital. Se trata de una tarea de liberación colectiva, humana, sin fracturas. Habrá que ver estar atento, en cada caso, a los ritmos y las dimensiones locales, regionales e internacionales que intervienen en el proceso, y a la profundidad y alcance de sus definiciones y transformaciones.

No se trata de un *desplazamiento* de la *lucha de clases*, sino de dar cuenta de las nuevas dimensiones en que esta se expresa actualmente: la reconceptualización de la naturaleza y su relación con la humanidad, la preservación del medio ambiente, la creación y construcción de un modo de producción que contemple el ciclo reproductivo, además de poner fin a la explotación destructiva de la humanidad y la naturaleza, la lucha contra el hambre, contra las guerras, por la paz, contar enfermedades curables, por el cuidado y la defensa de las fuentes de vida: agua, clima, fuentes de energía, la lucha contra los desplazamientos humanos forzosos...

Construir la hegemonía popular del cambio

--La transformación de las relaciones hegemónicas preexistentes y la construcción de la nueva hegemonía popular revolucionaria, resultan claves. En la disputa anticolonial se produce una interpenetración dialéctica constante entre poder preexistente,

poder apropiado y nuevo poder popular construido. En ese sentido afirmo que *se toma lo que se construye*. Porque la tarea sociotransformadora raizal no consiste en “tomar el poder” que existe, sino en *ocuparlo* temporalmente para transformarlo desde la raíz en la medida que construyen, desde abajo, las bases sociales, económicas, políticas y culturales para ello. En esto radica, precisamente, uno de los grandes desafíos de los actuales gobiernos que impulsan procesos democrático-revolucionarios en Latinoamérica.

Se trata de una revitalización de la política que, anclada en los sujetos, ponga la batalla por la hegemonía en el corazón de la disputa colectiva por el poder popular que se va creando y construyendo, anudando lo social, lo cultural y económico. E implica dar un vuelco a la representación política tradicional todavía encriptada en los partidos.

La construcción de hegemonía popular requiere de un tipo de organización y conducción políticas abierta, capaz de articular y potenciar estratégicamente el protagonismo y la conciencia popular colectivas como sustrato del poder popular, apostando a los valores de la solidaridad y el encuentro, con el reconocimiento y la aceptación de las diferencias, entendiéndolas como riquezas y no como “defecto”, apostando a la complementariedad y la búsqueda de espacios donde la diversidad sea cada vez más naturalmente incorporada -aunque con conflictos y debates-, propiciando el trabajo interarticulado, intercultural, de lo diverso.

Es vital dar cuenta de las nuevas realidades y sus nuevos sujetos/as: los/as desplazados/as de diversos orígenes, los/as precarizados/as permanentes, los LGTB... así como también de los viejos sujetos negados: los movimientos indígenas, las mujeres, los/las jóvenes, los niños y las niñas, los y las adultos/as mayores... abrir espacio a las diversas identidades, cosmovisiones, saberes, sabidurías y corrientes de pensamiento: los saberes originarios y sus cosmovisiones, los saberes ecológicos, la biopolítica, la bioética, el feminismo político y la despatriarcalización como crítica raizal del poder del capital.

Incorporar la perspectiva de género

Pensar el poder y los caminos de su transformación desde abajo conlleva rechazar la supuesta neutralidad de la ciencia política que, en algunos casos, no expone sus presupuestos reales de partida o, en otros, aunque lo haga, no logra superar el horizonte abstracto liberal burgués al no dar cuenta de los fundamentos últimos de la discriminación y subordinación mujer-hombre, débil-fuerte, sobre los que se asienta el poder desnudando su contenido patriarcal-machista. Además de estar al servicio de una determinada clase: la del capital, y de los hombres de esa clase: los capitalistas, el poder discriminador, explotador y excluyente del capital para afianzar su hegemonía necesita mimetizarse socialmente, invisibilizar su contenido de clase y presentarse como un componente “natural” de la vida social y por tanto, eternizable. Para ello, además de apelar a todo el aparato político, ideológico, religioso y cultural, requieren de la complicidad –no necesariamente intencional- de todos los hombres.

La generalización de los privilegios de los hombres de las clases capitalistas -y antes señores feudales, etc.-, como si fueran características naturales propias de todos los hombres, le garantiza al poder machista del capital, por un lado, el ocultamiento de su origen, contenido y pertenencia de clase y, por el otro, la permanencia de su brutal autoritarismo subordinante, discriminante y explotador de los seres humanos. Es aquí donde género y clase se dan la mano, y lejos de contraponerse y excluirse logran desentrañar el contenido del poder patriarcal machistas poniendo al descubierto su pertenencia de clase. La de los que detentan el poder en lo económico, político, jurídico, ideológico, religioso, cultural.

Perfeccionando viejos mecanismos y modelos de subordinación de la mujer al hombre, el capital ha acondicionando el funcionamiento de la vida social pública y privada y los roles de hombres y mujeres en ellas, acorde con el funcionamiento del mercado y las necesidades de la compleja producción y reproducción de

su hegemonía económica, ideológica, política y cultural. Las consecuencias deshumanizantes que ello acarrea en la vida familiar de millones de seres humanos empobrecidos, despojados de sus trabajos, de sus tierras, de sus casas, de su país, representa una sobrecarga económica, física y espiritual para las mujeres y alcanza hoy niveles antes insospechados.

Todos los sectores empobrecidos y excluidos lo sufren en carne propia, pero doble o triplemente las mujeres del pueblo que suman jornada tras jornada mal remunerada a su de por sí agotadora jornada laboral doméstica. Ellas en primer lugar –y sus hijos-, resultan los soportes humanos de la criminal y gigantesca nueva etapa de acumulación del capital a escala global.

El silenciamiento y ocultamiento de esta realidad de asimetría, subordinación y discriminación contribuye siempre y en cualquier caso a excluir más a los excluidos y sus realidades de exclusión, en primer lugar, a las mujeres.

En tanto nuevas actoras sociales, las mujeres resultan fuera de los paradigmas del pensamiento político tradicional. Este las considera apáticas, apolíticas e incapaces de pensar más allá del horizonte de lo cotidiano, es decir, incapaces de tener pensamiento estratégico, de trazarse planes y actuar en función de alcanzarlos. La política también es considerada parte del espacio abierto y exterior, escenario complejo y diversificado de disputa de fuerzas, propio del espíritu masculino.

El enfoque de género propone una profundización inexcusable de la democracia (en la práctica y en su contenido político-social), incluyendo las relaciones hombre-mujer fuera y dentro del hogar, incluyendo la diversidad de identidades sexuales y de géneros. Resulta por ello enriquecedor de los procesos de transformación social y de los pensamientos sociopolíticos que los alimentan.

Esto alude a tres elementos importantes de tener en cuenta:

- El mundo de lo privado es parte del político (aunque más no fuese como condición de su existencia) y como tal, susceptible de convertirse en político.

- Las luchas por la democratización de las sociedades, para ser verdaderamente populares, equitativas y revolucionarias, deben incorporar la democratización de las relaciones hombre-mujer y las de todas las identidades de género en lo público y en lo privado. En consecuencia:
- Las luchas de género en contra de la discriminación y marginación no son exclusivas de las mujeres, atañen a la democratización de toda la sociedad.⁶ Esto supone la transformación radical del poder, por lo que es, a la vez que una reivindicación “sectorial”, una lucha política.

Es fundamental edificar nuevos marcos conceptuales, referentes teóricos integrales, visiones del mundo que ayuden a superar la fragmentación del pensamiento y a reflexionar con lucidez sobre los procesos de emancipación social y los modos de producir subjetividades acordes con estos retos.

La deconstrucción está hecha, la tarea es, en ese mismo sentido, desde abajo, desde adentro, integral y articuladamente, la reconstrucción. En este sentido traigo aquí las siguientes reflexiones de Ivone Gebara:

Un nuevo mundo a partir de una perspectiva igualitaria entre el género femenino y el masculino, debe tener como respaldo un grupo constituido por nosotras/os mismas/os, capaz de evaluar nuestra comprensión del mundo y ayudarnos a dar nuevos pasos en el claroscuro de nuestra historia. [2004]

⁶ Considerando que somos la mitad o un poco más de la mitad de los habitantes del planeta-, incluso si fuera un asunto sólo de mujeres, sería muy importante su incorporación al debate y a las propuestas sobre la democracia en nuestras sociedades, con igual centralidad que otros problemas sociales. Pareciera que hay que recordar siempre que todos y cada uno de ellos comprende a las mujeres, quienes –al interior de cada problema-, resultan doblemente afectadas: por el problema y por los maridos, padres, hermanos, religiosos o compañeros del problema.

Construir la ofensiva estratégica popular

Una de las resultantes más recurrentes de la *división del campo popular*, particularmente entre la izquierda latinoamericana, es que las protestas y luchas sociales terminan siendo funcionales a los intereses de los poderosos. Marcado el campo popular por disputas internas de “poder”, por divisiones multicolores de todo signo entre las fuerzas políticas y su correlato en los movimientos sociales populares, los conflictos sociales terminan *subordinados a los intereses intestinos del poder* fortaleciendo a sus representantes, en vez de lograr –colectivamente- subordinar a los poderosos a los intereses del pueblo y proponer una agenda política para concretar los objetivos populares (ofensiva). Así ocurrió, por ejemplo, en la experiencia boliviana en años previos a la llegada de Evo Morales al Gobierno. En 2003-2004, se llevó a cabo el Diálogo Nacional Bolivia Productiva (DNBP)⁷, convocado desde el Gobierno neoliberal. Bajo ese paraguas la mayoría de movimientos y organizaciones sociales elaboraron una propuesta articulada de lucha contra la pobreza como salida a la crisis que vivía el país.

El gobierno neoliberal de entonces buscaba lograr consenso con las organizaciones sociales participantes para lograr la “paz social” en el país. Pero, por otro lado, las organizaciones sociales y los movimientos sociales indígenas, campesinos y de trabajadores, muchos de ellos integrantes de la base del MAS, con su fuerza y potencialidad, fueron quienes definieron la agenda. Desde el Directorio Nacional del Diálogo (DND) trabajaron con autonomía; formularon y construyeron propuestas desde sus realidades y fueron, al mismo tiempo, protagonistas de manifestaciones, protestas y bloqueos a lo largo de todo el territorio boliviano. Entre ellos pueden destacarse tres bloques:

⁷ El Diálogo Nacional Bolivia Productiva (DNBP) tuvo como finalidad principal realizar una revisión/actualización de la Estrategia Boliviana de Reducción de la Pobreza (EBRP; 2000-2001). Se llevó a cabo a fines del 2003 y en el 2004, luego del estallido social de octubre de 2003.

- Bloque Indígena Campesino, que agrupa a la mayor parte de las asociaciones rurales, CONAMAQ, CSUTCB, FNMCB-BS, CIDOB, y CSCB
- Comité de Enlace, el cual agrupa a los principales micro y pequeños productores del país CSTAB, CIOEC, CONAMYPER y FENCOMIN.
- Asociativismo municipal, principalmente la FAM, ABM que fueron protagonistas principalmente en el proceso municipal.

La participación tanto urbana como rural superó las cien organizaciones sociales en la Mesa Nacional, incluyendo federaciones sindicales, organizaciones de control, asociaciones de productores tanto urbanos como rurales, representaciones del empresariado, asociaciones no relacionadas con el tema productivo (desocupados, medioambientales, protección al patrimonio histórico, etc.) y universidades, entre otros.

Es por ello que puede decirse que la agenda temática elaborada en aquellos Diálogos fue un camino de articulación programática y definición de un horizonte concreto para anudar la convergencia de las luchas sociales hacia un objetivo común, saliendo del cerco del poder. No fueron funcionales a los intereses gubernamentales neoliberales; empearon los espacios que se abrían –forzados por las luchas sociales–, a favor de sus intereses, logrando subordinar al poder. Fue así que la agenda programática que resultó de los Diálogos pudo ser una bandera de lucha y constituyó un antecedente político social importante que sirvió de base a la campaña presidencial de Evo en 2005 y luego devino en fundamento para la elaboración del Plan de Desarrollo Nacional (2006)

Vele recordar que, en un primer momento, el gobierno adoptó dos medidas, consideradas herramientas básicas para llevar adelante los objetivos de erradicación de la pobreza: la nacionalización de los hidrocarburos y la convocatoria y realización de una Asamblea Constituyente. Ambas propuestas fueron parte del pro-

grama construido por los movimientos sociales como parte del Diálogo Nacional Bolivia Productiva (2003-2004).

La experiencia de Argentina también es muy elocuente al respecto, pero en sentido inverso. Las luchas sociales frecuentemente han sido neutralizadas, absorbidas o destruidas por el círculo de poder y sus tentáculos políticos y mediáticos. Esto es visible tanto en los acontecimientos recientes como en la trayectoria histórica de las izquierdas. Se desprende entonces que salir del circuito de subordinaciones reiteradas de las luchas sociales a los intereses, funcionamiento y reproducción del poder, es parte de los desafíos del presente.

De conjunto, la falta de unidad del campo popular que debilita o impide la construcción de su capacidad ofensiva colectiva, se articula con otra debilidad política y cultural: la instalación de un *pensamiento binario* (lo uno o lo otro, blanco o negro...), el desarrollo de la *guerra mediática* para conquistar y anestesiar las mentes del “gran público”, sin que las organizaciones políticas y sociales –ocupadas en sus peleas internas–, asuman la *batalla de ideas* como una de las disputas centrales de las luchas político-culturales de nuestro tiempo.

La falta de convergencia y unidad de los diversos actores sociales y políticos, aunada con la escasa formación política, la sectorialización y el corporativismo... coloca a las organizaciones sociales y políticas de los pueblos en situación de subordinación a los intereses de los poderosos. En función de ello, estos pueden manipularlos para alcanzar sus propósitos, debilitando y resquebrajando la base social de los gobiernos populares para reagruparse como bloque de poder opositor con capacidad de recuperar su hegemonía. Esta recuperación es en realidad una nueva toma de posiciones de los poderosos quienes -haciéndose cargo de las nuevas realidad políticas recientemente vividas con los gobiernos populares-, una vez en los gobiernos, buscarán destruir las bases democráticas de las sociedades para impedir cualquier intento futuro de reeditar gobiernos progresistas, populares o revolucio-

narios en el continente. Y para ello no están solos, cuentan con el apoyo imperial del Norte, de las instituciones del poder global del capital y de sus cañoneras mediáticas locales y globales.

El arribo de gobiernos de derecha en la región no es una simple “vuelta al pasado”, tampoco responde a una “enriquecedora alternancia” de gobiernos y gobernantes. Se trata de una vuelta de hoja, un giro raizal en la orientación de los procesos emprendidos, que se produce para articular los procesos locales con las necesidades hegemónicas y lógicas del poder global del capital: saqueo, dominación y muerte... Es importante no subestimarlos. Y preparar las nuevas resistencias populares anclándolas en la coordinación y unidad a partir de la participación articulada social y política de los sectores populares en su diversidad. A ello va encaminada la formación política y los procesos orgánicos de convergencia colectiva de organizaciones sociales y políticas tras objetivos comunes, enmarcados en la creación y construcción colectivas de un *nuevo horizonte civilizatorio*.

Reflexiones a modo de cierre

Repensar la transición...

Para Marx el socialismo abría un período de transición al comunismo, meta estratégica de la revolución social prevista por él. Con las reconsideraciones de Lenin luego de su análisis sobre el imperialismo –fenómeno que no alcanzó a conocer Marx-, la propuesta y concepción de la transición se reformuló de raíz y –con ello- se distorsionó, abriendo cauces, por un lado, para “olvidar” el sentido último de toda revolución: la liberación humana de las cadenas del capital y, por otro, para transformar al socialismo en meta estratégica que dependería entonces de la apertura de un *período de transición al socialismo* post “toma del poder”. Esta transición respondía a la necesidad –según las premisas señaladas por Marx-, de construir las bases materiales necesarias para el socialismo (desarrollo pleno del capitalismo, socialización generalizada del trabajo y la riqueza).

¿Qué ocurrió?

La transición al socialismo fue –de hecho- una variante de la propuesta reformista que planteaba la revolución “por etapas”: primero una parte, después otra... también sobre la base de aceptar como válida las premisas expuestas por Marx para la posibilidad del socialismo. En el caso de los reformistas, esta fue una buena de excusa que terminó en su renuncia a lo que se denomi-

naba *leninismo*, considerado por la URSS y sus seguidores como el *marxismo* de nuestro tiempo. En consecuencia, la renuncia al leninismo fue entendida como renuncia al marxismo y sus seguidores considerados desafectos de la propuesta socialista revolucionaria.

La línea marxista-leninista que propugnó un período de transición al socialismo a partir de la “toma del poder”, se vio obligada a resolver problemas de desigualdad social, analfabetismo, enfermedades, y hacer grandes esfuerzos por desarrollar simultáneamente las fuerzas productivas, condición central, según esta propuesta, para construir las premisas para “pasar” al socialismo. En general y en un resumen esquematizado de esa propuesta, puede decirse que la centralización del poder económico y político como condición para tales propósitos, terminó ahogando el proyecto original en una variante de capitalismo de estado sin capitalistas. La profundización de la democracia, la participación, el empoderamiento colectivo como vía para abrir cauces a la construcción del poder popular quedaron fuera de tales procesos; el distanciamiento, avenimiento, de las decisiones programáticas y el funcionamiento del Estado y el gobierno fue transformando al sujeto histórico de la revolución y el pueblo todo, es decir, a los otrora protagonistas, en espectadores de lo que debió (y pudo) haber sido su historia. En tanto fue la historia de “otros”, contemplaron su derrumbe sin mayor agitación ni dolor. Esto, más allá de la relecturas que una parte de la población que vivió aquellos años se hace *a posteriori*, manifestando cíclicamente cierta nostalgia, obviamente, mirando y evaluando hoy aquellos tiempos desde las fauces del capital. La gran epopeya iniciada en Octubre del 17 quedó así atrapada en una nebulosa economicista, burocrática, separada cada vez más de sus pueblos y sus aspiraciones de liberación.

Recuperando principios del socialismo y comunismo, asimilando las experiencias del socialismo del siglo XX, en la actualidad va creciendo la convicción de que el mundo del capital será

transformado desde su interior por el protagonismo consciente de los pueblos, particularmente, impulsando procesos revolucionarios democráticos, participativos, descolonizadores e interculturales. Y esto anuncia -y reclama- una nueva concepción acerca del poder y de la transición, no ya encaminada a un tipo predeterminado de sociedad, sino hacia una nueva civilización que abra cauces al *buen vivir y convivir*, a la solidaridad, la justicia social y la complementariedad intercultural, a partir del reencuentro de la humanidad con la naturaleza, es decir, consigo misma. No se trata pues, ni del *socialismo como transición*, a la usanza de Marx, ni de *la transición al socialismo*, según la propuesta de Lenin.

¿Entonces?

La construcción de una nueva civilización superadora de la dominación y hegemonía global del capital desde el interior del capitalismo recupera la noción de proceso abierto y en revolución permanente, en larga marcha de la humanidad hacia su liberación, embanderada por los pueblos explotados, oprimidos y excluidos del mundo. Es con la fuerza de las luchas sociales y de las iniciativas concretas de los pueblos que se inscriben en una lógica poscapitalista, que se pueden tener resultados reales encaminados a traspasar los límites de la civilización regida por el capital.

Pero apostar a construir el nuevo mundo desde el interior del capitalismo, no significa que se hará con las “armas melladas del capitalismo”. Pensar que se puede construir la nueva civilización -que algunos identifican como “socialismo del siglo XXI”-, apelando a modernizar o re-humanizar el capitalismo del siglo XIX y actuar como si ello fuera posible, es -cuando menos-, una ilusión y la proclamación anticipada del fracaso de tal propuesta de liberación.

La nueva propuesta de transición revolucionaria que nace desde el interior del capitalismo y desde abajo, dirige las reflexiones directamente a la cuestión de los sujetos y del poder (en sentido gramsciano). Es decir, no hace hincapié en la vieja cuestión de la

“toma del poder”, sino en la vital y medular capacidad de acción de los pueblos para crear, construir y desarrollar nuevas experiencias (alternativas) de producción y reproducción de la vida, es decir, enmarcadas en lógicas poscapitalistas, como camino creador, constructor y afianzamiento de un poder diferente, popular, revolucionario, ecológico, democrático, intercultural, descolonizado, por parte de los sujetos. Esto define al nuevo poder como poder popular (comunal, comunitario, autogestionario...).

Se trata de un poder otro, raizalmente creador y constructor de otra geometría del poder, un poder de los pueblos, diferente del hegemónico del capital que, simultáneamente con su creación y fortalecimiento, tenderá a su debilitamiento y extinción, reencontrándose y recuperando los sujetos su capacidad de *poder producir y reproducir la vida* en comunidad, de un modo autogestionario, como sujetos libres pero interconectados.

Y ese nuevo mundo se anuncia ya como posible en las luchas, resistencias y creaciones colectivas de los pueblos en el presente. En el decursar histórico de su búsqueda, en un proceso global de empoderamiento de los pueblos, el “abajo” y el “arriba” irán borrando y fundiendo sus fronteras, abriendo horizontes hacia la plenitud humana. “En este proceso la dimensión ética es fundamental y el papel de las espiritualidades de varias orientaciones (pienso en la teología de la liberación, entre otras, o al *sumak kawzai*) es también importante.” [Houtart, 2016]

Crear y construir otra geometría del poder anclada en la participación de los pueblos

Ni “tomar el poder” ni ganar elecciones garantizan un proceso revolucionario

Si la “toma del poder” no se tradujo necesariamente en *revolución social*, ello tampoco ocurrirá a consecuencia de los triunfos electorales con la instauración de gobiernos populares. La lucha

de clases toma los cauces de la lucha política en democracia, y en ella los sectores desplazados del ejercicio político del poder, disponen de toda la artillería que les confiere el poder financiero articulado con el poder empresarial comunicacional local e internacional para bombardear sistemáticamente los procesos, desarrollando una *guerra cultural, simbólica* y de resignificación de sentidos contra los procesos en curso, como nunca antes.

- Quienes pretendan que parapetándose en las instituciones estatales y el gobierno, podrán hacer frente a tales bombardeos continuos sobre la población, se engañan y dejando a los pueblos a merced de las fauces del poder, abonan el fracaso de los procesos iniciados.
- Quienes basados en tales hechos históricos centran sus energías intelectuales, políticas e ideológicas en proponer la “toma del poder” como *el único* camino revolucionario, omiten las irrefutables lecciones de la historia: se puede tomar el poder y no hacer una revolución social.

¿Por qué se derrumbó el poder soviético? ¿Se puede reducir todo el proyecto sociotransformador a su modelo de socialismo estatista, a la burocracia enquistada y a la fractura entre pueblo y poder? Esto indudablemente existió, pero hay también otras razones de fondo para que dicho modelo se haya impuesto.¹

Tomar el poder y proclamar el socialismo no garantiza el cambio de sistema, no implica la ruptura raizal con el capital, ni propicia automáticamente la liberación de la humanidad, objetivo

¹ La Revolución de Octubre tuvo muchos momentos decisivos en los que la voluntad del sujeto determinó los cambios y el curso de los acontecimientos. Ese tiempo liberó enormes energías sociales, que finalmente no fueron encauzadas hacia la construcción de un protagonismo colectivo. Pero pudo haberse hecho, si las prácticas políticas y organizativas revolucionarias hubieran sido participativas, impulsando la participación y apostando a ella, y se hubiera tenido clara una estrategia económica revolucionaria. Pero no puede excluirse de la historia que se produzcan sucesos como aquellos, que hacen a la dialéctica real de las dinámicas sociales.

central y último de la propuesta revolucionaria socialista. Precisamente, por dejar de lado el sentido liberador y de liberación -nudo vertebrador medular del quehacer revolucionario-, la maravillosa epopeya de Octubre del 17 perdió su rumbo y pereció ahogada por la burocracia, la fractura entre pueblo trabajador y estructuras del poder -con la consiguiente suplantación del protagonismo popular por las directivas provenientes del aparato de cuadros del partido-, y el desarrollo de una estéril competencia con el capital, ajustándose a sus reglas.

En ese sentido, la ilusión era llegar a “ser superiores” al capitalismo, pero al tratar de hacerlo siguiendo las reglas del mercado, la apuesta socialista terminó aprisionada por el capital. Ciñéndose a las normas del metabolismo social creadas y afianzadas por el capital, las jóvenes experiencias revolucionarias quedaron atrapadas por las tenazas de la cultura productiva y reproductiva social del capital. Como asegura Mészáros:

El fracaso de las sociedades post-capitalistas fue haber intentado equilibrar la determinación estructuradora centrífuga del sistema heredado a través de la imposición, sobre sus componentes fuertemente antagónicos, de la *estructura de comando extremadamente centralizada* de un Estado político autoritario. Fue lo que hicieron, en vez de atacar el problema crucial de cómo *remediar* -por medio de la reestructuración interna y de la institución de un *control democrático sustantivo*- el carácter antagónico y el simultáneo modo centrífugo de operación de las unidades distributivas y reproductivas particulares. La remoción de las personificaciones privadas del capital fue por tanto incapaz de cumplir lo que de ella se esperaba, ni siquiera como primer paso en el camino de la prometida transformación socialista. Pues la naturaleza antagónica y centrífuga del sistema negado fue mantenida a través de la superposición de un control político centralizado en perjuicio del trabajo. De hecho, el sistema metabólico social se hizo más incontrolable

que en cualquier época anterior, como resultado de la incapacidad de sustituir productivamente la “mano invisible” del antiguo orden reproductivo por el autoritarismo voluntarista de las nuevas personificaciones “visibles” del capital post-capitalista. [Mészáros, 2005: 70]

El centro de la cuestión no estaba ni está en la “toma del poder”, sino en tener capacidad de construir y ejercer un poder propio, popular, revolucionario, diferente del heredado del capital. Y esto no se logra en un acto, no es mágico ni espontáneo.

El poder popular se construye desde abajo

Se trata de un poder diferente al del capital y sus lógicas jerárquicas, autoritarias, excluyentes y discriminatorias. En caso contrario, no hay revolución social aunque haya “toma del poder”.

Vale recordar que tanto Marx como Engels advirtieron en varios de sus textos que no necesariamente habría que “tomar el poder” para producir los cambios sociales buscados. Quiero recordar aquí, por ejemplo, la intervención de Marx en el Congreso de La Haya:

El obrero deberá conquistar un día la supremacía política para asentar la nueva organización del trabajo; deberá dar al traste con la vieja política que sostienen las viejas instituciones, so pena, como los antiguos cristianos –que despreciaron y rechazaron la política-, de no ver jamás su reino de este mundo. Pero nosotros jamás hemos pretendido que para lograr este objetivo sea preciso emplear en todas partes medios idénticos. Sabemos que hay que tener en cuenta las instituciones, las costumbres y las tradiciones de los diferentes países; y nosotros no negamos que existan países (...), en los que los trabajadores puedan llegar a su objetivo por medios pacíficos. [Marx, y Engels, 1973: 312]

En otro momento, Engels abordó el tema, señalando que:

Se puede concebir que la vieja sociedad sería capaz de integrarse pacíficamente en la nueva en los países donde la representación popular concentra en sus manos todo el poder, donde se puede hacer por vía constitucional todo lo que se quiera, **siempre que uno cuente con la mayoría del pueblo** (...). [Engels, 1974: 455] (Negritas mías)

Las experiencias de las revoluciones socialistas ocurridas en el siglo XX han permitido crecer en madurez política y, en virtud de ello, han evidenciado que la transformación de la sociedad (de los hombres y las mujeres que la constituyen y de los fundamentos de sus interrelaciones), nunca será posible si no comienza a impulsarse y construirse (realizarse) integralmente desde el presente en todos los ámbitos de la vida social, comunitaria, familiar e individual. En ese proceso, tomar el poder y transformar la sociedad creando y construyendo las alternativas concretas en cada territorio o ámbito de la vida social, se presuponen mutuamente, un camino implica el otro.

La pregunta es, ¿cómo crear, construir y acumular poder propio? Y la respuesta no puede ser exclusivamente política, o económica; hace falta abordarla integralmente: en lo político, económico, ético y cultural.

No se trata de diseñar (y transitar) primero una etapa dedicada a construir las bases económicas, luego otra destinada al cambio cultural... No hay etapas separadas entre sí que luego de transcurridas -en sucesión temporal-, den como resultado la nueva sociedad. Quedó demostrado que posponer la transformación de la sociedad a un tiempo posterior a la “toma del poder” y el logro de determinadas metas económicas socialistas, conllevó a la tergiversación de los objetivos liberadores. La toma del poder, ni es “condición para” desencadenar la transformación social, ni es consecuencia de su desarrollo (gradualismo). El proceso de trans-

formación y transición comienza dentro del sistema del capital y se desarrolla como un complejo proceso de revolución permanente, sin etapas ni tareas absolutamente delimitadas y separadas en el tiempo.

En nuestras tierras, hoy, la experiencia comunera bolivariana que tiene lugar en Venezuela resulta, en este sentido, de alto interés pues es un antídoto para quienes pretenden reducir mecánicamente la apuesta estratégica de la construcción de poder popular desde abajo a un supuesto camino de modificaciones graduales y acumulativas que –como un método *puzzle*–, permitiría “pasar” de un sistema social a otro, sin conflictos, ni saltos, ni rupturas, ni marchas y contramarchas. Del mismo modo, lo es también para quienes pretenden apoyarse en las dificultades que existen o errores cometidos para justificar la inviabilidad del tránsito democrático-electoral hacia una nueva civilización y sociedad.

No todo gobierno popular es una democracia popular, no todos tienen vocación y orientación revolucionarias

Sin abrirse a la interarticulación con los sujetos protagonistas del proceso en la definición, gestión y funcionamiento de lo público, la reubicación del Estado como centro del quehacer socioeconómico del proceso de cambios poco aporta a los cambios raizales que requiere un proceso revolucionario, al contrario, termina erigiéndose en un obstáculo creciente al vital protagonismo de los actores sociopolíticos populares, a la profundización revolucionaria raizal de la democracia construida -y en construcción- por estos actores; un obstáculo para la transformación –de raíz- del propio Estado.

En tal caso, en vez de abrir sus compuertas y promover participación, en vez de alentar los procesos de empoderamientos locales y transferir cada vez más hacia ellos funciones, responsabilidades que hasta ahora eran facultad del viejo Estado, termina frenándolos, frustrándolos o incluso hostigándolos... Entonces el

circuito hegemónico del capital está cumplido; su sistema de metabolismo social ha minado el proceso revolucionario naciente, anulándolo desde dentro.

En síntesis, ¿es posible impulsar procesos revolucionarios siguiendo un camino democrático electoral?

Las propuestas populistas, reformistas o revolucionarias no tienen una única dimensión; sus complejidades se han incrementado y hoy se han puesto de manifiesto los intrincados nexos que las articulan a través de las concepciones superestructurales compartidas, en lo referente al quehacer político y económico y a sus actores protagónicos. En tales casos, no causa extrañeza que gobiernos populares configuren una suerte de *neoreformismo*, bañado de retórica revolucionaria pero defensor del *estatus quo*, anclado en las viejas instituciones del Estado, el gobierno, los partidos políticos, y sus tentáculos de funcionamiento.

- El poder del capital se genera y reproduce a partir de la economía, que es un prisma de enfoque de la sociedad que –en función de ella– se organiza, ordena y reproduce. Esto se resume en el *modo de producción* y en el *mercado*, realidad que tradicionalmente la izquierda identifica como la “base” de la sociedad, y que se expresa “arriba”, en las instituciones y en lo jurídico. Desde allí se produce y reproduce en cualquiera de sus variantes, unas veces más cómodo (gobiernos neoliberales) y otras, incómodo (gobiernos populares neoreformistas), pero en cualquier caso, el capital defiende sus posiciones sin titubear. Y para ello cuenta con la tríada de poder: las empresas de comunicación masiva, el capital financiero y la banca, el sistema jurídico y sus representantes políticos.
- El otro poder, el poder popular, el que defiende la vida y pugna por crear una civilización que supere la producción de muerte del capital, germina y se construye abajo, por los de abajo y desde la raíz de los problemas y realidades que se busca transformar, para desde ahí cambiar, crear lo nuevo y reemplazar las viejas institucionalidades por el (nuevo) po-

der popular constituido y sus nuevas formas de existencia y funcionamiento institucionales y jurídicas. Supone una disputa constante con el poder dominante y con sus ramificaciones y personeros de dentro y fuera del proceso.

- No son los cambios económicos, ni sociales, ni culturales o ideológicos por separado los que desencadenarán las transformaciones en la sociedad. Si economía es sociedad, la sociedad también es su economía, su *modo de producción* (y reproducción). De conjunto configuran un *modo de vida* y una cultura de convivencia a través de los cuales se moldea e impulsa la producción y reproducción de la sociedad y se regula su metabolismo (y viceversa). Aquí radica el poder que se irradia, se reafirma a sí mismo y se amplía a través de los aparatos institucionales propios de la superestructura política, jurídica e ideológica que defiende los intereses de la clase que los ha constituido: la de los capitalistas.
- No es con resoluciones y decretos como se impulsan procesos democráticos culturales en revolución permanente, la clave está en promover la participación popular. Anclar los procesos democráticos de los gobiernos populares a la participación popular constituye uno de los pilares para su continuidad y, en tal sentido, uno de los mayores desafíos políticos y culturales para quienes ocupan lugares de conducción política. En tanto sean partidos políticos constituidos bajo la forma tradicional los que ganen elecciones y se constituyan en gobierno, organizarán la gestión gubernamental estatal sobre las mismas bases con las que piensan y ejecutan la política: del partido “hacia las masas”, nunca “con las masas” ni “desde las masas”. Las viejas anteojeras culturales que separan lo político de lo social y sus protagonistas, se revelan en las modalidades de gestión gubernamental-estatal.

Los pueblos no están solo para aceptar, apoyar, convalidar o materializar (ejecutar) ideas y decisiones, sino ante todo para protagonizarlas. Y esto no ocurre porque “alguien” les da el derecho

a ser protagonistas. Se han constituido en protagonistas de su historia en siglos de resistencias y luchas; han sido ellos, los pueblos organizados y luchadores, los que han construido las coyunturas políticas que posibilitaron el triunfo electoral de partidos progresistas, populares o de izquierda. ¿Por qué renegar de ese protagonismo una vez en el gobierno?

Apostando a la consulta y participación de *los de abajo*, ciertamente el camino puede ser más largo y los ritmos más lentos, pero a la larga será más efectivo, profundo, radical y sostenible. Esta sabiduría se forjó en la experiencia de lucha de los pueblos. En sus prácticas ellos han delineado y construido las nuevas lógicas de la transformación social *desde abajo*, es decir, de las revoluciones democrático-culturales caracterizadas por apelar interarticuladamente al desarrollo de la conciencia, la organización y la participación de los de abajo de modo permanente en todas las dimensiones de la vida social.

El proceso de cambios, desde el diagnóstico y las definiciones hasta la implementación y el control (y evaluación) de las decisiones no es tarea ni responsabilidad aislada de un grupo de dirigentes sino responsabilidad compartida de todo el pueblo, interarticulado en sus distintas manifestaciones (institucional y no institucional); él es el creador-constructor central de lo nuevo y el desafiante crítico-práctico de lo viejo en todas sus manifestaciones.

- La combinación *gobierno popular-pueblo organizado participante*, como estructura sociopolítica de la herramienta ejecutiva de un *gobierno popular* en transición a un nuevo Estado –*Estado comunal*, por ejemplo–, conforma una tríada: social, político-institucional y jurídica que, anclada en el protagonismo y la participación de los de abajo, es -a la vez- cimiento y fuerza vital para crear, construir, instituir el *nuevo poder popular*, capaz de proponer, impulsar realizar o potenciar cambios sociales raizales en los ámbitos local, nacional, y regional latinoamericano encaminados a la ruptura y salida de la lógica del capital.

- La búsqueda y creación-construcción de una civilización a favor de la vida, superadora de la que está regida por los intereses del capital, se corresponde con los intereses de las clases trabajadoras, oprimidas y excluidas; las que apuestan a crear, construir y sostener otra economía, otro modo de producción y reproducción de la vida social, otro metabolismo social, otro modo de vivir y convivir (el *buen vivir*). Y todo esto reclama también otro modo de organización y representación institucional y política, incluso en tiempos de transición hacia la sociedad sin Estado (tal como hoy conocemos y conceptualizamos a este).

El *Estado comunal* propuesto por la revolución bolivariana y chavista, nunca podrá materializarse si se mantienen intactas las estructuras y el funcionamiento burocrático del viejo aparato estatal. Hace falta, con mayor razón en tiempos de creación y construcción revolucionaria de lo nuevo en tránsito hacia la nueva civilización, construir estructuras también en transición, abiertas, participativas, cambiantes, revolucionarias. En este sentido, el Presidente Hugo Chávez abrió las compuertas del pensamiento y las prácticas políticas y demostró que en un proceso de cambios revolucionarios no hay fronteras al *protagonismo de los pueblos* como no sea las que ellos mismos coloquen a su quehacer.

- Resulta central tender puentes que articulen las prácticas cotidianas de *construcción de poder popular desde abajo* de los sujetos en sus territorios, con procesos político-pedagógicos de recuperación crítica de las mismas encaminadas al fortalecimiento de la capacidad colectiva y cohesión de su proyección estratégica hacia la nueva civilización. Ello constituye un pilar fundamental en la formación/fortalecimiento de la fuerza social y política de liberación, profundizando su democratización y descolonización.
- Un proceso revolucionario no se define como tal por el hecho de que militantes de izquierda ocupen cargos en el Estado y el gobierno, sino por abrirse hacia la *democracia*

popular (participativa) para avanzar en la creación construcción colectiva de las nuevas vertientes del nuevo poder, el poder popular, desde las comunidades, las comunas, los movimientos indígenas, barriales, de campesinos, de mujeres, ecologistas, LGTB, etc...

- La democracia no se circunscribe a lo electoral; es parte del sistema jurídico, político, económico y cultural del capital al que pertenece y tributa. Es parte de una red constructora de los concesos sociales que garantizan la repetición de los ciclos electorales, acorde con los intereses de las clases a las que responde. Creer que el apego a la ley electoral (del capital) es garantía de estabilidad y continuidad de los procesos populares sociotransformadores en “democracia” es fuente de grandes confusiones y errores políticos.
- Desaparecer el Estado como institución no es un objetivo de la transición, abrir procesos para ir transformándolo de raíz, sí. Y para ello, la construcción de una *democracia popular* anclada en la participación del pueblo organizado y no organizado, en proceso de empoderamiento popular, constituye –articulada con las transformaciones en el modo de producción, la educación y la cultura-, la base sobre la cual germina la posibilidad de que un Estado -en el sentido gramsciano del concepto-, se encamine estratégicamente hacia su negación histórica en la conformación de un *Estado comunal o comunitario*. Esto abre las puertas a la construcción de una civilización basada en la unión de productores libres asociados, sin tener un aparato estatal regulador (tal y como existe hoy: superestructural, elitista, jerárquico, burocrático, monocultural, separado de los pueblos y su quehacer cotidiano), sino autorregulado en los territorios comunales o comunitarios, articulados orgánicamente desde abajo.
- Si la cuestión es administrar, los sectores del poder económico histórico apelarán a todos los medios para presentarse

ante la ciudadanía como los técnicamente más capacitados para hacerlo. Combinarán argumentos verdaderos y falsos para descalificar a los gobernantes y sus funcionarios, con el fin de –nuevamente- desacreditar a la política y sus actores, y se abocarán a lograr consenso a través de una creciente y despiadada guerra cultural mediática, donde –como mínimo, siembran confusión entre los seguidores de los gobiernos y alimentar el espíritu de revancha en todos aquellos que –por esta vía, se consideran “perjudicados” por las políticas populares. La paradoja política cobra realidad en el continente: El histórico adversario político derrotado y despreciado por los pueblos hace más de una década, renace entre sus cenizas con renovado ropaje.

Cuando no media la participación protagónica de los pueblos en la definición, ejecución y control de las políticas públicas, cuando no se toma en cuenta a la creación popular colectiva de lo nuevo como sustrato del proceso de cambio, promoviendo la apropiación de ese nuevo modo de vida creado y construido, su pertenencia identitaria, cultural y política que hace al empoderamiento de los sectores populares y su constitución en sujetos sociopolíticos de los cambios, por muy buenas intenciones y propósitos que tengan quienes gobiernan, terminan construyendo nuevas modalidades de prebendismo, asistencialismo y clientelismo. No es de extrañarse luego si los “clientes”, una vez que satisfacen sus necesidades urgentes o vitales, se dejan embaucar y atraer por quienes les brindan “mejores ofertas”... aunque estas sean engañosas.

No se trata de rechazar la práctica de fórmulas de redistribución en áreas como, por ejemplo, salud, educación, que dignifican a los sectores populares y crean mejores condiciones para la participación popular, sino de confiar en la participación protagónica de los pueblos, construir colectivamente las decisiones y sujetarse al control popular.

Conservar lo logrado exige fortalecer el poder popular para profundizar el proceso de cambios en una orientación raizalmente poscapitalista

La consolidación de actores de oposición política de signo neoliberal colocó a algunos gobiernos a la defensiva. **Conservar los logros** se convirtió entonces en una prioridad del accionar político en la actual coyuntura. Pero lo que no estuvo -ni está- claro es que para conservar las conquistas y sostener los procesos de cambios es necesario **profundizarlos**, radicalizarlos, es decir, anclarlos a un horizonte poscapitalista. Y esto no se logra con acuerdos de cúpulas ni buscando alianzas con sectores del poder opuestos a los cambios; lo ocurrido en Brasil es muy elocuente al respecto.

Conservar lo logrado requiere profundizarlo, radicalizarlo, construyendo puentes que articulen las tareas del presente con una orientación poscapitalista que haga visible para los pueblos la posibilidad de continuidad y sostenibilidad de los procesos de cambio iniciados, esto es: ampliar el protagonismo de los pueblos en la toma de decisiones, transformar la institucionalidad del capital reemplazándola por otra -creada por los pueblos-, que responda a los intereses populares... No hay otra posibilidad en Latinoamérica, territorio azotado secularmente por la dependencia, la colonización, la corrupción y el sometimiento de las élites locales a los designios del poder imperialista.

La clave radica en **anclar los procesos de cambio y sus horizontes estratégicos a la participación protagónica de los pueblos**. Hoy se vive un nuevo tiempo social, político, económico y cultural. Y este trae consigo nuevas exigencias y tareas cuya realización está anudada al protagonismo popular. Esto implica también fortalecer los procesos de concientización y organización colectiva que vigoricen la determinación de los pueblos para sostener los logros alcanzados y traccionar el proceso hacia mayores transformaciones. Y esto no puede ser espontáneo; librados los acontecimientos a la “espontaneidad” no hay que sorprenderse ante el advenimiento de sucesiones políticas de derecha. Es una

compleja realidad que hay en asumir y enfrentar creadoramente desde abajo.

No hay dudas que hay que atender en todo momento a la “correlación de fuerzas” para construir un balance social favorable a la creación y construcción de una sociedad nueva, diferente a la del capital, pero no hay duda tampoco de que ella no caerá del cielo ni será una concesión o dádiva realizada por funcionarios “buenos”; la lucha político-cultural es parte de la construcción del poder popular interactuando articuladamente en todas sus dimensiones.

La sustitución por derecha de los gobiernos populares no es un futuro inevitable. Hay o habría otras posibilidades, otras tendencias que, tal vez, en algunos procesos no pudieron expresarse o desarrollarse en toda su potencialidad. En cualquier caso, está claro que los caminos de la sostenibilidad y profundización de los procesos políticos populares de cambio reclaman de gobernantes y líderes políticos, disminuir -hasta eliminar- aquellas políticas públicas propias del asistencialismo y clientelismo político destructor de sujetos. Es vital apostar a la movilización de los pueblos y sus organizaciones locales, territoriales... promover su participación política plena y su empoderamiento, habilitando y propiciando la búsqueda y construcción de iniciativas concretas encaminadas al desarrollo de una lógica poscapitalista en lo económico, político, social y cultural.

Desde las comunidades indígenas, desde las comunas bolivarianas, desde los campamentos y asentamientos de los *sin tierra* brasileños, se trabaja palmo a palmo en cada ámbito -orgánico y territorial-, sea político partidario o en los movimientos sociales, mostrando y demostrando en las experiencias concretas que existe otro modo de vivir y convivir, solidario, basado en la complementariedad y la cooperación colectivas y no en el sectorialismo e individualismo egoísta, consumista, corruptor y destructivo. Mostrando y demostrando que en la producción y reproducción de la vida cotidiana residen las claves del poder de dominación-suje-

ción del capital sobre los “sujetos” y, por ende, también, en otro sentido, las de su liberación.

De poder (capitalista) es el problema; de poder (popular) debe ser por tanto la solución. Con esta claridad han de enfocarse los análisis y las reflexiones en torno a las posibilidades, tareas, desafíos y actores sociopolíticos de las actuales democracias populares en Latinoamérica.

No hay manuales para hacer las revoluciones perfectas; hemos de nutrirnos y aprender de nuestras experiencias, laboratorios vivos de la creación de nuevo mundo.

La verdad es revolucionaria, dijo Marx. Y actuó siempre en pos de ella, buscando descubrirla y exponerla argumentadamente. Y hoy podríamos añadir que, además de ello, es imprescindible para pensar las revoluciones en este tiempo, en un sistema-mundo que ya no es aquel que dio sustrato material a las concepciones políticas construidas por las derechas y por las izquierdas en los siglos XIX y XX.

El cambio político-cultural se impone.

ANEXO

Proyecto estratégico y programa político¹

Teniendo en cuenta que en la etapa actual se abren, a menudo situaciones políticas intermedias, producto del desencadenamiento de crisis sociales agudas o del derrocamiento de gobiernos, sin que existan aún entre los actores sociales, propuestas alternativas capaces de encauzar las luchas y la crisis social hacia una superación radical de la situación. En tales condiciones, si el proyecto estratégico no está aun mínimamente elaborado, si no han cuajado aún todos los factores que lo harían factible, sería posible, sin embargo, actuar de modo tal que el período abierto en la crisis resulte convergente (parte) con el proceso de acumulación y avance hacia una transformación radical de la sociedad.

La posibilidad de ello radica en construir –a partir de las propuestas concretas- un programa político alternativo, plataforma de oposición, construcción y acumulación políticas, y base para un posible gobierno propio.

La vida se juega ahora y es ahora cuando hay que responder por ella. Esto obliga a pensar estratégicamente en la sobrevivencia y a sobrevivir estratégicamente (no es un juego de palabras). En ese

¹ Fragmento tomado del capítulo 3, del libro *Sujetos políticos*, de mi autoría. (2006) Ediciones Desde Abajo, Bogotá; pp.: 101-106.

sentido, atender los problemas urgentes de sobrevivencia, supone buscar los elementos comunes que permiten articular actores sociales con problemáticas y propuestas diversas y coordinar acciones concretas, combinando la resistencia, la lucha por la sobrevivencia y por sus reivindicaciones inmediatas, con la defensa de la soberanía nacional. Tales coordinaciones podrían ser un paso hacia la constitución de *frentes nacionales populares*: a favor de la vida, por el derecho al trabajo, a la educación, a la producción de alimentos, a la protección de la naturaleza, etcétera.

Diferenciar entre proyectos de entrada y proyectos “de salida”

Proponer políticas para ello, implica construir alternativas programáticas, organizativas y políticas, que cristalizarían en lo que denomino, coincidiendo con Dieter Klein, *proyectos de entrada o de partida*. Se trata de proyectos que se construyen poniendo el énfasis político en solucionar o paliar la problemática social, política, económica y cultural de la coyuntura en la que intervienen; resultan enmarcados por los condicionamientos de la correlación de fuerzas existente en los ámbitos local e internacional, y –a la vez- estimulados por las posibilidades que este “escenario” les brinda.

Pensar en primer lugar en los *proyectos de entrada*, llama a concentrar los esfuerzos colectivos en la construcción del programa político (de oposición y/o gobierno) a partir de las propuestas programáticas alternativas.

En interacción dialéctica con ellos, el proyecto estratégico podría considerarse como un *proyecto de salida*. Los *proyectos de entrada* solo pueden constituirse como tales, articulados a un proyecto estratégico que los incluya y proyecte como parte de un –prolongado- proceso histórico de transformación de la sociedad, dotándolos de un sentido y una perspectiva de continuidad, constituyéndolos –de ese modo- en un escalón del proceso socio-hu-

mano-transformador, desafiando a sus creadores y protagonistas a buscar y explorar caminos hacia metas superiores.

En tal sentido, los “proyectos de entrada” constituyen (la posibilidad de dar) un paso en dirección a los objetivos estratégicos, y (la posibilidad de ser) un puente en transición hacia ellos. Atravesar dicho puente no es algo que ocurrirá inevitablemente, dependerá de muchos factores, por ejemplo, de la modificación favorable de la correlación de fuerzas internas y externas, de la voluntad política (conciencia, capacidad de comunicación, de organización, de participación, de resistencia y de lucha) de las amplias mayorías populares y sus organizaciones (socio)políticas, de su capacidad para constituir y reconstituir permanentemente la dirección política colectiva-plural del proceso, también sujeta a las –cambiantes- necesidades políticas de las coyunturas sociohistóricas y sus requerimientos.

Estar atentos al advenimiento de la posibilidad u oportunidad

Los acontecimientos políticos internos y externos, el curso de la lucha de clases puede desencadenar sucesos político-sociales imprevistos y modificar repentinamente y temporalmente la correlación de fuerzas. Esto podría resultar favorable para iniciar procesos que posiblemente abran puertas para una posterior transición hacia la implementación de un *proyecto de entrada*.

Se trata de sucesos cuya ocurrencia no ha sido planificada por algún actor político-social. Son situaciones que se presentan, por ejemplo, luego de un estallido social como el ocurrido en Argentina, en diciembre de 2001, o en Bolivia –aunque de modo menos espontáneo e imprevisto- con la expulsión de Sánchez de Losada, en 2003. Ellas modifican repentinamente, por un lado, las relaciones de fuerza (y de poder) entre los sectores del poder en conflicto y, por otro, la relación de fuerza entre el sector o bloque de poder con los sectores sociales populares y sus luchas, inclinando –temporalmente o, a veces incluso, fugazmente- a favor de ellos la balanza política de las fuerzas sociales enfrentadas.

Es el momento en que se abren posibilidades para que las luchas sociales, con sus propuestas concretas, se impongan por sobre los conflictos internos del poder, es decir, se abren posibilidades concretas para un accionar más abiertamente político.

Repentinamente se abre un período muy favorable para que las fuerzas populares en lucha puedan colocar, por ejemplo, en el mejor de los casos, sus propuestas programáticas concretas como alternativa de gobierno nacional, o –en caso de no estar en condiciones para ello- para aliarse o apoyar a una fuerza política de avanzada que –en ese momento- tenga capacidad para asumir el control de la crisis sociopolítica nacional. Se trataría de un sector político que estará jaqueado por la sociedad que le reclama soluciones, y por la presión que sobre él ejercerán los fragmentos más reaccionarios del bloque del poder, ansiosos por recuperar su hegemonía dentro del bloque de poder y en la sociedad.

Aún en tales condiciones, no es conveniente subestimar ni simplificar la situación y desechar las oportunidades que pudieran presentarse para consolidar y fortalecer la fuerza propia. Dichos gobiernos pueden abrir procesos que signifiquen una posibilidad hacia la transición, creando condiciones para un posterior advenimiento de gobiernos nacional-populares. Es decir, serían *una oportunidad* para *crear las condiciones para caminar hacia* una perspectiva de transición, hacia la instalación de un gobierno propio.

Dicha oportunidad, a diferencia de la que emerge como resultado de la acumulación política orgánica –como sería el caso, por ejemplo, de la llegada de Lula a la Presidencia de Brasil-, es simplemente *algo que sucede*. Es un producto de la crítica social que, por acumulación, en medio (del caos) de innumerables luchas y tendencias en disputa, sin que maduren todas las fuerzas que se forman en su seno, transforma la tendencia o fuerza predominante en *oportunidad* histórica para la concreción de la posibilidad.

La coyuntura que allí se conforma, abre al campo popular las ventanas hacia la posibilidad de imprimirle un sentido propio al curso de los acontecimientos, orientándolo hacia posibles proce-

sos posteriores de transición. Pero ello no afirma que esa posibilidad sea factible de alcanzarse; indica solo que la disputa tiene un terreno favorable para desplegarse.² Señala la apertura de un período en el que es posible robustecer las fuerzas propias, ampliar la capacidad de comunicación y diálogo con las mayorías, consolidar las organizaciones, y construir propuestas concretas que favorezcan la profundización de la posibilidad hacia la apertura de un proceso más claramente orientado hacia la concreción de un programa de liberación nacional (*proyecto de entrada*), estratégicamente articulado al proyecto alternativo (*de salida*).

No existen garantías de éxito. La ambivalencia de las oportunidades que se abren o que podrían abrirse indica precisamente que los resultados pueden conducir a situaciones mucho peores que las iniciales, pues las variables que intervienen son múltiples y dinámicas: económicas, políticas, culturales... y los desafíos enormes. Pero habrá que aprender a convivir con la incertidumbre, las ambivalencias y los riesgos, y avanzar en medio de ellas.

En el pensamiento político, esto exige superar los conceptos finitos, acabados y cerrados, trabajar con conceptos abiertos, no terminados, transformar -de última- la concepción reduccionista positivista acerca de la verdad y la práctica. Pero resulta que nuestra estructura de pensamiento fue construida con fundamentos lineales, unidireccionales y unidimensionales, estáticos y dicotómicos. Tomemos, por ejemplo, el concepto de estrategia: En los años 60-70, parecía que de la definición de una estrategia correcta (científicamente argumentada) dependían -en lo fundamental- los aciertos políticos y el logro de la victoria. Sin embargo, la experiencia demostró que ello no era razón suficiente... Porque las estrategias no son en sí mismas la posibilidad del cambio, sino una puerta (semiabierta, abierta, o cerrada) hacia ellas.

² La presencia de una posibilidad no implica que “lo posible” llegue a ser necesariamente realidad; no define una situación, sino lo que esta podría llegar a ser. Abre puertas, sin garantías.

Las estrategias solo pueden ser tales, concebidas como proyectos en construcción, como insinuaciones prácticas que contribuyen a impulsar procesos, a orientar nuevos pasos, que hay que actualizar y enriquecer constantemente abriéndolas a las experiencias y posibilidades de la vida, de las luchas, de las construcciones y la creatividad sociales.³ El proceso de lucha, transformación y construcción de la sociedad reclama como imprescindible poder ultrapasar constantemente sus propias fronteras, en caso contrario irá enflaqueciendo y terminará ahogado por ellas.

Los caminos son abiertos; tenemos que estar abiertos y dispuestos también a comprender los procesos que los pueblos inventan y construyen a partir de su imaginación, con su empeño, su fuerza y su voluntad. Asumir esto es parte de las tareas fundamentales que es necesario encarar en el orden cultural y, en particular, en el pensamiento para y de la transformación. Sin ello, hablar de nuevo pensamiento estratégico sería pura retórica, incapaz –como toda retórica– de trascender el ámbito de las poses revolucionarias.

³ Se trata de pensar colectivamente la transformación, los actores sociales y políticos actuantes hoy, con los intelectuales, para –en franco y fértil diálogo de saberes–, ir democratizando también el pensamiento estratégico desde el presente y de modo permanente.

Bibliografía citada

- AMÍN, SAMIR, 2001. *Crítica de nuestro tiempo*, Siglo XXI, México.
- 2009. “¿Salir de la crisis del capitalismo o salir del capitalismo en crisis?” *Pasado y Presente 21*, La Habana.
- 1997. *Los desafíos de la mundialización*, Siglo XXI, México.
- BRITO GARCIA, LUIS. (27/08/2016), “Disparen contra los progresistas”, Caracas.
- COOKE, JOHN WILLIAM. 1964. *Apuntes para la militancia*. Buenos Aires
- ENGELS, F. Y MARX, C., 1976. *Obras Escogidas* en 3 Tomos, Tomo I. Ed. Progreso, Moscú.
- GEBARA, IVONE. 2004. “Unas nuevas relaciones de género son posibles.” En: www.latinoamerica.org; acceso: 31-03-05.
- HINKELAMMERT, FRANZ (1990). *Crítica de la razón utópica*. DEI, San José (2da edición)
- 2002. *El retorno del sujeto reprimido*, Universidad Nacional de Colombia, Colombia.
- HOUTART, FRANÇOIS. 2008. “Las teologías de liberación” Videoconferencia. Colección *Pensar el Siglo XXI*, Pasado y Presente 21, La Habana.
- 2016. Carta a Marta Harnecker, compartida conmigo (4/10/16)

- MACHADO, RICARDO. 2016. "O Brasil na era dos esgotamentos da imaginação política. Entrevista com Vladimir Safatle", IHU, ADITAL, Unisinos. Tomado de: <http://site.adital.com.br/site/noticia.php?lang=PT&cod=89106>
- MARTÍ, JOSÉ (1895). Periódico Patria, 10 de Abril. Cabo Haitiano.
- MARX, CARLOS. 1973. *El capital*. La Habana. Editora política.
- MÉSZÁROS, ISTVÁN. 1978. *La teoría de la enajenación en Marx*. México. Ediciones Era.
- _____. 2001. *Más allá del capital*. Vadell. Caracas.
- _____. 2005. *Socialismo o barbarie. La alternativa al orden social del capital*. Pasado y Presente XXI-Paradigmas y Utopías. México.
- _____. 2008. *El desafío del tiempo y la carga del tiempo histórico. El socialismo en el siglo XXI*. Vadell Hermanos Editores, Caracas.
- _____. 2009. *La crisis estructural del capital*. Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información. Caracas.
- RAUBER, ISABEL. 1990. *El rostro hegeliano de Carlos Marx*. Lima. Debate popular.
- _____. 2000. *La construcción de poder desde abajo. Claves para una nueva estrategia*. CIPROS, Santo Domingo.
- _____. 2003. *Movimientos sociales y representación política. Articulaciones*. Desde Abajo; Bogotá.
- _____. 2006. *Sujetos Políticos*. Desde Abajo; Bogotá.
- _____. 2012. *Revoluciones desde abajo*. Continente-Peña Lillo. Buenos Aires
- ZAVALETA MERCADO, RENE, 1986. *Lo nacional-popular en Bolivia*. Siglo XXI Editores; México.

Esta tercera edición de
REFUNDAR LA POLÍTICA
Desafíos para una nueva izquierda indoafrolatinoamericana,
de Isabel Rauber, consta de una tirada de mil ejemplares
y se terminó de imprimir
en julio de 2018 en los talleres gráficos
de Editora Búho SRL, Santo Domingo,
Distrito Nacional, República Dominicana.

